

Sociolugares públicos

Pablo Páramo, Ph.D



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de educadores

Colección Educación, Cultura y Política

Sociolugares públicos

Pablo Páramo, Ph.D



**UNIVERSIDAD PEDAGOGICA
NACIONAL**

Educadora de educadores

Catalogación en la fuente - Biblioteca Central de la Universidad Pedagógica Nacional.

Páramo, Pablo

Sociolugares públicos / Pablo Páramo. – 1.ª ed. – Bogotá :

Universidad Pedagógica Nacional, 2017

188 páginas: Figuras. — (colección Educación, Cultura y Política)

Incluye: Referencias bibliográficas.

ISBN: 978-958-5416-13-0 (Impreso).

ISBN: 978-958-5416-14-7 (PDF).

1. Espacio Público. 2. Urbanismo. 3. Espacio Público – Uso. 4. Espacios Urbanos. 5. Desarrollo Sostenible. 6. Sociología. 7. Espacio Público – Riesgo. 8. Arte y Sociedad. 9. Obras Públicas. 10. Espacio Público – Aspectos Culturales. 11. Espacio Público – Aspectos Sociales. 12. Rehabilitación Urbana. I.Tít. 711.4. Cd. 21 ed.

Universidad Pedagógica Nacional

Primera edición, Bogotá, 2017

© Universidad Pedagógica Nacional

© Pablo Páramo, Ph.D

ISBN IMPRESO: 978-958-5416-13-0

ISBN PDF: 978-958-5416-14-7

Adolfo León Atehortúa Cruz

Rector

Sandra Patricia Rodríguez Ávila

Vicerrectora de Gestión Universitaria

Mauricio Bautista Ballén

Vicerrector Académico

Luis Alberto Higuera Malaver

Vicerrector Administrativo y Financiero

Helberth Augusto Choachí González

Secretario General

Nydia Constanza Mendoza Romero

Subdirectora de Gestión de Proyectos - CIUP

Preparación editorial

Grupo Interno de Trabajo Editorial

Alba Lucía Bernal Cerquera

Coordinación

Catalina Moreno Correa

Edición

Mauricio Esteban Suárez Barrera

Diagramación y diseño de carátula

Johny Adrián Díaz Espitia

Finalización de artes

John Machado

Corrección de estilo

Impreso por

Javegraf

Bogotá, 2017

Esta obra fue aprobada para publicación como Libro resultado de investigación en la Convocatoria para publicación de libros 2016-II.

Fechas de evaluación:

23-02-2017 / 21-03-2017

Fecha de aprobación:

04-04-2017

Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de 1993 y el decreto reglamentario 460 de 1995.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso escrito.



**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL**
Educadora de educadores

Contenido

Agradecimientos	9
Prólogo BERNARDO JIMÉNEZ-DOMÍNGUEZ	11
Capítulo 1. La socialización en el ambiente urbano	15
Sociolugares públicos	19
Capítulo 2. Historia de los sociolugares públicos	25
La plaza	27
Las calles	33
Las alamedas	36
Capítulo 3. La caracterización de los sociolugares públicos en la actualidad	41
Sociolugares públicos en Bogotá	45
Intercambio de figuras del mundial de fútbol PABLO PÁRAMO	45
Ventas ambulantes YELITZA KATIE TORRADO NAVARRO	47
Venta diurna ambulante de tintos: el puesto de “don Jorge” KEVIN ROZO	53
Septimazo mágico ELKIN MARTÍNEZ	58
Músicos de carranga en la carrera Séptima CAROLINA ARIZA	61

Risas en la calle: artistas callejeros, payasos DAVID PÉREZ	68
Discotecas ambulantes haciendo uso de vehículos con amplificación en espacios públicos KEVIN ROZO	71
Estatua humana CAROLINA ARIZA	76
Juegos con animales: los cuyes DAVID PÉREZ	83
La venta nocturna ambulante de tintos KEVIN ROZO	87
Parque infantil DANIELA AGUILAR	93
El parque Nuestra Señora de las Lajas: entre el saltarín y la pintura ELKIN MARTÍNEZ	97
Encuentros deportivos VÍCTOR ALFONSO SOCHA BÁEZ	100
Juegos de mesa en la avenida Caracas DIANA MARCELA FERNÁNDEZ LONDOÑO	102
Skaters en el parque Santander CAROLINA ARIZA	106
Ciclistas bajo la lluvia DANIELA AGUILAR	112
Carreras prohibidas PABLO PÁRAMO	116
Sociolugares públicos en Villavicencio y Pereira	119
El culebrero o propagandista NÉSTOR SAÚL SARAY LEGUÍZAMO	119
Significado de la plaza de Bolívar de Pereira ORLANDO BEDOYA GIRALDO	125

Sociolugares públicos de Guadalajara 130

Parque canino La Calma 130

IGNACIO TORRES

Gimnasia y tercera edad en el parque de La Estancia 134

BERNARDO JIMÉNEZ

El parque amarillo 139

OLGA BECERRA

Paseo Chapultepec 145

TANIA FLORES

Skaters, rollers y bikers en la unidad deportiva
de la antigua Penal de Oblatos 149

TONATZIN CASILLAS

Paseo de los filósofos 155

VERÓNICA BARRIOS

Capítulo 4.

**Las cualidades de los sociolugares públicos
y su valor para la recuperación del espacio
público como escenario de encuentros sociales 161**

Importancia de la recuperación del espacio público
para la cohesión social 168

Referencias 171

Autor 177

Índice temático 179

Índice onomástico 183

Agradecimientos

Este libro, resultado de un trabajo de investigación¹, ha sido escrito como un pequeño homenaje a todos aquellos habitantes anónimos de la ciudad que le dan vida a los espacios públicos y que se resisten a aislarse en sus hogares o a tener una vida pública únicamente en lugares mediados por el consumo económico.

El trabajo de recolección de información no hubiera sido posible sin la participación de Kevin Rozo, Elkin Martínez, Carolina Ariza, David Pérez y Daniela Aguilar, quienes bajo la coordinación de Mónica Cely adelantaron el trabajo de observación y narrativa como parte de las monitorías de Investigación en Educación. Mónica realizó una gran labor de capacitación y monitoreo sobre los estudiantes. Hicieron igualmente parte de este equipo Víctor Socha, Diana Fernández, Nestor Saray, Yelitza Torrado y Orlando Bedoya, estudiantes de Maestría en Gestión Urbana de la Universidad Piloto de Colombia en el momento de adelantar este trabajo. Se contó igualmente con la colaboración de Olga Becerra, Tania Flores, Tonatzin Casillas, Verónica Barrios e Ignacio Torres, vinculados a la Universidad de Guadalajara (México). Estoy en deuda principalmente con mi colega y amigo Bernardo Jiménez-Domínguez por su valiosa contribución al escribir el prólogo de este libro, orientar el trabajo de recolección de información de los sociolugares de Guadalajara y por escribir una de las narrativas.

Finalmente, pero no menos importante, mi gratitud con la Universidad Pedagógica Nacional, su Centro de Investigaciones y el Grupo Interno de Trabajo Editorial por su decidido apoyo a la producción intelectual de los profesores de la universidad.

El autor

¹ Título del proyecto: *Prácticas culturales situadas en el espacio público de ciudades latinoamericanas: implicaciones para la ciudad educadora*. Centro de Investigaciones (CIUP) de la Universidad Pedagógica Nacional, Colombia.

Prólogo

Escuchamos con frecuencia, en los medios y en los debates académicos, las memorias de otro tiempo, las quejas sobre el presente, los reclamos de un lado y las promesas del otro, pero en especial, las referencias a una ciudad con espacios y geografías que posibilitaban los trayectos integrados y la convivencia pública en los barrios con un sentido de identidad y de casa grande. El espacio público deseado de esta forma parece referirse a una ciudad caminable que fue desplazada por la urbanización especializada y extendida, por la movilidad motorizada masiva y por la velocidad consecuente, en la que el tiempo se agota en la sucesión de los recorridos cada vez más extensos, pero también cada vez más lentos, que agotan (por agotamiento) la posibilidad misma de la convivencia. Ese espacio público establecido, deseado y al mismo tiempo extrañado, es un espacio fluido entre lo público y lo privado, lo individual y lo colectivo, compartido, aunque sin propietarios fijos, en igualdad de acceso, pero también de riesgos. La ciudad como espacios practicados, ya sean públicos como la calle que la define y a la que se hace equivalente, las plazas, los parques, los espacios abiertos y los no tanto o semipúblicos, como los cafés, los bares. Asimismo, los espacios que la copian y la sustituyen, que prometen seguridad a cambio de consumo, sustituyen también la forma de nombrarla al definirse como las plazas o los centros comerciales.

Por contraste, el espacio pragmatizado unilateralmente por el poder y la gestión urbana oficial y privada mira al espacio público con codicia, lo ve como un espacio vacío y su deseo es llenarlo en asociación con los intereses especulativos de los promotores inmobiliarios. El conflicto se hace inevitable en esos espacios en apariencia vacíos cuando se definen y se defienden públicamente, se expresan identidades anteriores y se reflejan tradiciones y se generan resistencias que además resultan impredecibles. Por eso, también se escucha hablar de la privatización y el estrechamiento del espacio público, que implica la situación absurda de la expropiación de la polis, en su sentido público, participativo, ciudadano, democrático. A lo que se antepone legalmente la obligación de generar lo público en el espacio urbanizado o los planes de ordenamiento que lo tematizan como compensación y autopromoción política.

Por todo lo anterior, este libro destaca la importancia de la cohesión social como componente esencial para recuperar la habitabilidad del espacio público y satisfacer una necesidad humana, la socialización. Se describen ciertas formas de apropiación ejercidas por algunos grupos de personas de manera temporal, con la mediación de elementos espaciales y culturales que sirven como oportunidades u oferentes para facilitar los encuentros sociales y el aprendizaje de la convivencia en los espacios públicos urbanos. Igualmente, se refiere a aquellos lugares que se crean por coyunturas particulares en periodos cortos de tiempo y, en buena medida, de manera espontánea en los espacios públicos urbanos a cielo abierto en los que se manifiestan distintas formas de sociabilidad. Además de recoger diversas narrativas que caracterizan estas experiencias en distintos grupos de población, se destacan algunas condiciones que contribuyen a que se den estos encuentros sociales y se reflexiona acerca de su importancia para recuperar la vida en público y en general, para mejorar la calidad de vida de las personas en la diversidad que define la ciudad democrática. Por eso, si la política urbana se planteara de manera democrática y desde la diversidad, todos los grupos que la habitan serían tomados en cuenta, tendrían voz sin que necesariamente conformen una comunidad. Los habitantes del espacio público ya no serían comunidades homogéneas sino, como se cita en el libro, parte de una alteridad que se extiende, peatones, paseantes, ciudadanos de origen diferente, vividores diversos de la calle, usuarios múltiples del transporte público.

El concepto de *sociolugar público* que se expone en este libro remite en su origen al de *tercer lugar*, entendidos el hogar y el trabajo como el primero y segundo, respectivamente. Son lugares en los que la gente se reúne a conversar o simplemente a estar entre otros que van a estos sitios sin un propósito definido. Tradicionalmente, eran conocidos como espacio público, la calle, la plaza, el parque, que en el contexto actual y más en nuestras ciudades fragmentadas y asimétricas, ya sea por su atomización o ausencia, por un lado, o por su deterioro e inseguridad incrementada, por otro, son sustituidos, o en los mejores casos como en las ciudades tradicionales, solo complementados, por espacios comerciales en los que los encuentros y la interacción están mediados por el consumo: cafés, restaurantes, bares, cantinas, etc. No obstante, en nuestros contextos sociourbanos, las interacciones y los encuentros también se dan en espacios públicos abiertos, a los que, por sugerencia del autor de este libro, se designan como *sociolugares*

públicos. En estos sitios ocurren encuentros efímeros, no mediados por el consumo, sino generados a partir de actividades comunes, espontáneas, practicadas por personas que diversifican los usos establecidos de dichos espacios de forma impredecible.

Otros conceptos cercanos que complementan y explican el de sociolugares y se mencionan en el libro son, entre otros, los de *espacios sueltos o flexibles*, en oposición a los *espacios fijos*, espacios públicos susceptibles de ser apropiados por la gente de forma variada y distinta a la planificada, y espacios fluidos en cuanto que las personas les otorgan posibilidades de acuerdo con los fines y prácticas que realizan, aunque ello suponga correr riesgos. Dichas actividades no resultan productivas o reproductivas, no están, como los sociolugares descritos, mediadas por el consumo, sino que son de carácter lúdico, identitario o político. Todo lo cual deriva en riesgos y beneficios que giran en torno a sus posibilidades, diversidad, desorden y resistencia.

En este sentido, se abordará también el potencial del juego en el espacio público, el juego entendido como producto de la posibilidad que actúa en la práctica social, cuando la gente va más allá del instrumentalismo, la compulsión, las convenciones, la seguridad y la predictibilidad en búsqueda de nuevas perspectivas de relación socioespacial. Transgredido control prescrito, se genera una dialéctica impredecible entre los fines convencionales y la creatividad espontánea de la gente en el espacio urbano. Otro concepto para los usos inesperados del espacio público, y este referido a los mismos espacios de consumo por excelencia, los centros comerciales, es el de *espacios sustitutos*, que se menciona en el libro como un proceso espontáneo de rediseño participativo por parte de los usuarios, no necesariamente consumidores pero sí paseantes asiduos al vitrineo, en particular jóvenes, que se las ingenian para generar espacios de encuentro a pesar de la vigilancia que les recuerda que estos son espacios comerciales privados.

Bernardo Jiménez-Domínguez
Guadalajara, México

Capítulo I

La socialización en el ambiente urbano

Si bien en la ciudad contemporánea es posible observar gran cantidad de lugares o equipamientos que facilitan los encuentros sociales, como los que ocurren en iglesias, cafeterías, clubes nocturnos, galleras, discotecas, a los que se ha llamado en otra publicación *Sociolugares* (Páramo, 2011), este texto se refiere a aquellos lugares que se crean por coyunturas particulares en periodos cortos de tiempo y en buena medida de manera espontánea en los espacios públicos urbanos a cielo abierto en los que se manifiestan distintas formas de sociabilidad. Además de recoger diversas narrativas que caracterizan estas experiencias en distintos grupos de población, se muestran algunas condiciones que contribuyen a que se den estos encuentros sociales y se reflexiona acerca de su importancia para recuperar la vida en público y en general para mejorar la calidad de vida de las personas en la ciudad.

La socialización ha sido estudiada desde distintas disciplinas y teorías, entre las que se incluyen: la biología, desde la sociobiología (Wilson, 1980; Alcock, 2001), en la sociología, desde los trabajos de Goffman (1971); la psicología, a partir del aprendizaje por modelamiento como mecanismo que contribuye a su adquisición (Bandura, 1977); desde la psicología educativa, a partir de la teoría del desarrollo de la zona próxima de Vygotsky (Yasnitsky, van der Veer, Aguilar y García, 2016) y del papel que cumple la socialización como parte importante de los procesos de desarrollo de los individuos (Gauvain, 1998; Arnett, 2007; Shaffer y Kipp, 2009). Para los propósitos de este libro, nos centraremos en otra perspectiva, la del contexto socioespacial de carácter público y abierto en donde ocurre la socialización.

Una de las principales teorías que permite comprender el papel del entorno en el desarrollo psicosocial de las personas es la teoría ecológica del desarrollo humano, de Bronfenbrenner. Esta enfatiza sobre los contextos sociales o microsistemas en donde se da el desarrollo del niño, en los que se articulan un patrón de actividades, roles, y relaciones interpersonales que experimentan las personas a lo largo del tiempo y que se sitúan en un escenario determinado con características físicas y materiales. Este escenario es un lugar en el que la gente puede ocuparse en interacciones sociales cara a cara como suele suceder en el hogar, la escuela, el lugar de juego, el salón de clase o el lugar de trabajo (Bronfenbrenner y Crouter, 1983; Bronfenbrenner y Morris, 1998). Pero, el estudio de estos microsistemas se ha centrado principalmente en lo que sucede dentro de la familia y la escuela, más que fuera de ellas (Burns, Warmbold-Brann y Zaslofsky, 2015;

Grusec y Hastings, 2007). Otros escenarios de encuentro social externos a estos a los que las personas les atribuyen gran significado en el momento de valorar la calidad de vida en la ciudad son los que han sido llamados: *Tercer lugar* (Oldenburg, 1989) o *Sociolugares* (Páramo, 2011).

El tercer lugar está en el intermedio entre el hogar y el trabajo y se caracteriza por su ambiente de diversión y socialización, lo cual contrasta con el involucramiento formal que tiene la gente en los otros dos escenarios. Aunque radicalmente inapropiado para una casa, el tercer lugar es parecido al hogar en cuanto al bienestar psicológico y condiciones que ofrece. Es un hogar fuera del hogar, afirma Oldenburg. Este tipo de lugares conforman el corazón de la vitalidad social de la comunidad y sirven de soporte especial para la democracia. Los terceros lugares se identifican por su terreno neutral donde la gente se puede reunir e interactuar. En contraste con los primeros lugares (casa) y segundos (de trabajo), el tercer lugar permite a las personas dejar de lado sus preocupaciones y tan solo disfrutar de la compañía y la conversación a su alrededor, no necesariamente con la familia y sobre todo con amigos o conocidos. Son informales, no hay una agenda establecida sobre lo que debe hacerse allí, no hay que vestir de una manera específica.

El tercer lugar promueve la igualdad social por la nivelación de la situación de los clientes, proporciona una base para la política, crea hábitos de asociación pública, y ofrece apoyo psicológico a las personas y las comunidades. En este sentido, los terceros lugares son el corazón de una vitalidad social de la comunidad y el soporte de una democracia en funcionamiento. Está por lo general cerca del hogar, por lo que es fácil llegar caminando, idealmente. Oldenburg sugiere que tanto los bares, cafeterías, cafés, oficinas de correo, al igual que los espacios públicos: calles, aceras y parques, son terceros lugares; sin embargo, dada sus condiciones espaciales y sociales, estos dos tipos de escenarios requieren ser diferenciados en sociolugares y sociolugares públicos.

Como variante del tercer lugar, el sociolugar se circunscribe a los lugares privados de vocación colectiva que facilitan la socialización. Apareció como un lugar especializado, en el que las personas buscaban socializar, ante la pérdida de la función que cumplía el espacio público en el pasado, aunque mediado ahora este proceso por el consumo, lo que limita las posibilidades para quienes por su nivel de ingresos no pueden acceder a este tipo de lugares. De esta manera, la socialización se desplazó hacia la esfera de lo privado. En ausencia de la vida pública informal, la vida se

volvió más cara. Cuando los medios e instalaciones para la relajación y el ocio no son de acceso libre, se convierten en objetos de propiedad privada y consumo, lo cual afecta distintas dimensiones de la vida de las personas, principalmente la vida en sociedad (Morris, Snow y White, 2005).

Por otra parte, el sociolugar es una entidad psicológica más que la sociológica que presenta Oldenburg sobre el tercer lugar, resultado de las transacciones del individuo con distintos componentes de la cultura, la sociedad, las experiencias con el ambiente físico y social. El sociolugar como escenario de conducta tiene “programas” o rutinas que se suceden como resultado de las reglas que guían el comportamiento de las personas dentro de ellos lo que da lugar a adoptar diferentes roles que se pueden observar en estos escenarios de consumo: la cajera, el cliente, el mesero, el vigilante, el administrador, etcétera. Igualmente, en la noción de sociolugar se destaca el papel que cumplen las propiedades espaciales (diseño interior, mobiliario) y las condiciones del ambiente físico (luz, olores, temperatura) en la experiencia del individuo y la atribución de diferentes significados que se hacen sobre este tipo de lugares. En este sentido, el sociolugar sitúa espacialmente el comportamiento del individuo, evidenciando que el comportamiento no ocurre en el vacío, sino dentro de un contexto socioespacial que influye, dadas las condiciones señaladas, sobre la forma de actuación de las personas. De este modo, las personas sí adoptan roles y reglas de los sociolugares; visten, hablan y en general establecen transacciones sociales apropiadas para cada lugar (Páramo, 2011).

Sociolugares públicos

Dentro de los escenarios distintos al tercer lugar y a los sociolugares en los que se ha estudiado la socialización se encuentra el *barrio*. Pol y Varela (1994) destacan el papel que cumple ese espacio en la consolidación de la identidad social y el componente del entorno como elemento significativo en el que se desarrolla la vida de los individuos y con el que se identifican gracias a los significados elaborados y compartidos. El barrio, entonces, constituye el entorno en el que el individuo logra formarse e identificarse dentro de un grupo social, se reconoce como parte de él y diferencia igualmente a quienes no pertenecen. La persona como residente de una ciudad o un vecindario particular adquiere unas características psicológicas y sociales

asociadas al lugar, a lo que los autores mencionados denominan: *identidad social urbana*. Por consiguiente, la construcción de esta identidad urbana o barrial resulta de las interacciones que los miembros de un territorio local tienen con los de fuera y que sirven para definir a la comunidad (Pol y Varela, 1994). No solamente nos construimos en relación con los otros, sino también en relación con los diferentes lugares que definen y estructuran la vida diaria.

Entre los distintos procesos sociales explorados desde la dimensión socioespacial, Sampson, Morenoff y Gannon-Rowley (2002) y Parke y Buriel (2006) han estudiado los efectos de vivir en un determinado vecindario con ciertas características de privación socioeconómica sobre distintos procesos sociales. Junto a estos trabajos, otros autores han documentado indicadores bajos de desarrollo a nivel cognoscitivo y socioemocional tanto en niños como en adolescentes, y surgimiento de comportamiento antisocial en adolescentes (Barnes, Katz, Korbin y O'Brien, 2006; Evans, 2006; Fariña, Arce y Novo, 2008; Leventhal y Brooks-Gunn, 2004; Sampson, Morenoff, y Gannon-Rowley, 2002; Seccombe, 2000). Adicionalmente, el tipo de vivienda en relación con el desarrollo socioemocional del niño también se ha investigado. Por ejemplo, se ha concluido que las familias que viven en edificios altos, a diferencia de quienes viven en casas de una sola familia, tienen menos interacción con los vecinos lo cual resulta en menos apoyo social (Evans, 2006). Es de anotar que la mayor parte de estos estudios se enfocan en los aspectos negativos en términos de los procesos cognoscitivos, de salud y sociales (criminalidad) asociados a vivir en vecindarios marginados.

Sin embargo, en los años sesenta, varios autores evidenciaron la importancia que tenían los espacios públicos del barrio en la cohesión de los grupos culturales. Como lo señaló Jacobs (1961), las aceras y las esquinas constituían lugares importantes para las transacciones sociales en la ciudad, los encuentros informales de los adultos, el juego de los niños y el encuentro entre adolescentes, lo que contribuye a la definición de la individualidad (Gans, 1962) y la condición urbana (Fried, 1963), al menos para la época en que hicieron dichas observaciones en los Estados Unidos. Ya se mencionó anteriormente la importancia que tuvo el espacio público en las ciudades latinoamericanas para la socialización en el pasado, el cual sirvió de escenario para diversas prácticas sociales.

Por otra parte, se ha investigado el papel que juegan algunos condicionantes físico-espaciales sobre la vida social en los espacios públicos y en especial sobre los encuentros sociales. Uno de los primeros trabajos que llamaron la atención sobre las condiciones del espacio público urbano que favorecen la ocupación de pequeños espacios de la ciudad fue el de William H. Whyte sobre la vida social en los pequeños lugares urbanos (1980). Whyte, a partir de registros filmicos, recolectó información importante sobre las condiciones espaciales que aprovecha la gente para ocupar pequeños espacios en plazas y parques y que contribuyen a darle vida a estos lugares, a hacerlos exitosos. Observó que las personas prefieren ubicarse donde hay árboles, fuentes de agua, en donde puedan sentarse, no haya mucho ruido y donde haya más gente que observar. En las plazas buscan los rincones, más que en el centro. También hizo ver que las actividades de las personas varían de acuerdo con la hora del día y la estación del año. Asimismo, estableció que los elementos artísticos ejercen una influencia social importante: las personas se paran ante las esculturas, se toman fotografías y hablan acerca de ellas. Este trabajo mostró la necesidad de considerar la vida pública en la planeación urbana, lo que llevó a Marcuse a escribir su artículo: “Gentrificación, abandono y desplazamiento” (1985).

Carr, Francis, Rivlin y Stone, (1992) y Shaftoe (2008) hacen notar igualmente el papel del diseño espacial como facilitador de los encuentros sociales; el clima, para motivar el interés por salir a espacios públicos abiertos; la cultura, como una fuerza importante que influencia a unos grupos a estar más motivados que otros para entablar relaciones; entre otros factores. Asimismo, los investigadores citados señalan que el interés por salir a los espacios públicos radica en la satisfacción de necesidades de confort, relajación, el entretenimiento pasivo de contemplación y la necesidad de descubrir o de recibir estimulación del ambiente.

Estos autores han destacado que entre los elementos claves para convocar gente en los lugares del espacio público está el consumo de alimentos o la realización de actividades artísticas como pequeños conciertos musicales, la presencia de magos o de mimos que hacen reír a los peatones y detenerse por algunos minutos en la calle, parques o plazas. Tales espacios son transformados en su función y en sus límites temporales por personas que buscan satisfacer necesidades que, por lo general, la ciudad no satisface. Shaftoe (2008) los define como lugares para la convivencia a partir

de algunos rasgos que los hace festivos o “sociables” y que contribuyen al encuentro entre las personas, amigos o extraños. Sin este tipo de lugares, las ciudades y los pueblos serían simplemente una acumulación de edificios sin posibilidades para la socialización.

Al caracterizar los “lugares encontrados”, Rivlin (2007) observa que distintas personas utilizan de manera diferente algunos elementos espaciales, que hacen parte de los edificios de la ciudad, concebidos con otros propósitos. Por ejemplo, los escalones de acceso a la Biblioteca Pública de Nueva York se prestan para que las personas se apropien de ellos para almorzar, encontrarse con amigos y servir de galería para observar a la gente pasar. La mayor parte de las veces se crean cerca de los lugares de trabajo áreas de comercio, sitios turísticos, o la entrada de las tiendas donde se reúnen principalmente adolescentes para pasar el tiempo. Franck y Stevens (2013) exploran las diversas formas en que los habitantes de la ciudad se apropian de los espacios públicos para alcanzar sus propósitos de manera espontánea o planeada por periodos relativamente cortos, con lo que generan “espacios relajados”.

Por su parte, Harrison y Morgan (2005) han explorado los espacios públicos en los que pasan el tiempo los adolescentes: las esquinas de los barrios, la entrada a los centros comerciales, algunos parques y aceras, lugares que se han diseñado oficialmente para otros propósitos y definidos a partir de distintos mecanismos de regulación que afectan las actividades de los jóvenes, quienes, no obstante, los transforman y resignifican dándoles nuevos usos. Desde un análisis cultural, Fernando (2007) hace ver de qué manera la apropiación de los espacios refleja la identidad cultural en la organización de las aceras, la ubicación de los vendedores y de las rutas para los peatones, al igual que en los símbolos que se ubican en los distintos sitios para atraer a las personas o para indicarles el territorio por el que cruzan o donde socializan. Sin embargo, es el libro de Gehl, *Ciudades para la gente*, el que mejor recoge cuarenta años de estudios sobre la vida en público mostrando ejemplos de muchas partes del mundo en los que se explora la relación entre el espacio público y la vida en público (Gehl, 2014).

Aunque estos trabajos indagan por las condiciones socioespaciales que promueven o inhiben la socialización y establecieron el campo de conocimiento sobre las relaciones en público, la mayor parte de ellos se han llevado a cabo en ciudades estadounidenses y europeas. Si bien en los países de la región latinoamericana se han hecho estudios sobre los usos y representaciones de algunas plazas no son muchos los que caracterizan los

encuentros espontáneos y fugaces que se dan en el espacio público. A este respecto, se destacan principalmente los trabajos de Jiménez-Domínguez sobre “espacios sustitutos” (2007; Jiménez-Domínguez, Olivera y López, 2014) y el de Vivas y su Grupo de Investigación Arquitectura y Sociedad, GIAS, que analizan espacios a los que han denominado “burbujas para la socialización” (GIAS, 2012).

Jiménez-Domínguez, Olivera y López (2014) resaltan la tensión que se genera en nuestras ciudades entre los espacios formales, diseñados con propósitos específicos los cuales son homogenizados, privatizados, globalizados e higienizados, y el interés de transformarlos por parte de una ciudad invisibilizada y caracterizada por una economía informal, heterogénea e impredecible. Tal tensión lleva a una lucha por la apropiación de espacios como las esquinas de los barrios, las aceras, los centros comerciales, en especial por grupos de jóvenes. Estos lugares se caracterizan por una apropiación espontánea, que, dentro de centros comerciales, son transformados por los jóvenes a pesar de las restricciones que se imponen en estos lugares, ingeniándose para constituir espacios de encuentro.

Por su parte, Vivas y el grupo GIAS (2012) identifican burbujas para la socialización en los lugares que se sitúan de manera casi itinerante en espacios anónimos como las esquinas de algunas calles, entradas de un almacén de cadena, kioscos improvisados dentro de algunos parques, o zonas de estacionamiento de vehículos, que, por algún periodo corto de tiempo, se transforman en discotecas, restaurantes, fiestas infantiles, matrimonios, competencias ilegales de vehículos o “piques”, etc.

Con la noción de sociolugar público que se desarrolla en los siguientes capítulos se trata de “atrapar” las dinámicas de socialización que se vienen dando en las ciudades como mecanismo de apropiación del espacio o resistencia de los individuos a su privatización, a la exclusión de la socialización en el centro comercial y al diseño monótono y aparentemente neutral de los espacios públicos urbanos de nuestras ciudades. Se hace necesario, en consecuencia, profundizar en las motivaciones que persiguen las personas al participar de estos encuentros sociales, al igual que en las distintas formas de apropiación por las que optan, e identificar el papel que juega el diseño urbano contemporáneo como facilitador o inhibidor de la socialización. Indicadores de este tipo de usos del espacio no se encuentran en la literatura oficial de gestión y planeación urbana, aun cuando la sola observación de este fenómeno urbano está mostrando que las relaciones personales en los espacios públicos son importantes.

Capítulo 2

Historia de los sociolugares públicos

Con el propósito de comprender el proceso evolutivo de la socialización en los espacios públicos en las ciudades latinoamericanas resulta importante revisar brevemente las transformaciones en el tiempo de los espacios urbanos, prestando especial atención a la descripción que hacen algunos historiadores de las plazas, calles y alamedas.

La plaza

El diseño inicial en las plazas latinoamericanas fue la cuadrícula o el damero, que tenía el sentido final de diferenciar a la ciudad y estructurarla de tal manera que los aborígenes sintieran “admiración” y “respeto”. Dentro de su configuración como plaza mayor cohabitaron el poder real, el religioso y los poderes civiles. A partir de la plaza se desarrolló la ciudad, se trazaron las calles principales, se repartieron los solares y se determinaron las tierras de reserva para la agricultura y el trabajo.

Con el tiempo fueron apareciendo otro tipo de edificaciones urbanas (iglesias, colegios, hospitales y plazas de mercado) que se ubicaron dentro y fuera de la traza. Las iglesias católicas se edificaron en los lugares donde vivían los indígenas y fueron determinantes para su evangelización. A los indios se les ubicó en la periferia, en las parroquias, y se les organizó en torno a la veneración de un santo patrón. Las plazas se convirtieron en el espacio público más importante porque condensaron y siguen compendiando la vida urbana más significativa (Licona, 2007).

Desde sus inicios, la vida urbana en la ciudad se organizó a partir de la plaza mayor, y algunas barriales o menores, que funcionó como espacio central de fundación y trazado de la ciudad, como espacio de poder y espacio social en el cual se reunían los españoles, realizaban rituales involucrando a las comunidades indígenas y en donde el comercio encontró un lugar ideal (Ludeña, 2011). La plaza mayor junto con las plazas menores configuraron la morfología urbana de la ciudad, espacios públicos que nacieron desde la fundación. La plaza mayor es un lugar con alta densidad simbólica. Ha sido plaza de armas, de mercado, plaza de toros, lugar donde se realizaban representaciones teatrales y donde se llevaban a cabo actos de justicia instalando una picota o rollo real.



Imagen 2.1. Plaza de Bolívar. Fuente: FreeImages.com/Daniel Andrés Forero.

La plaza fue además el lugar de socialización por excelencia en el pasado de las ciudades europeas y latinoamericanas, donde las personas se involucraban en la vida colectiva de la ciudad. Durante la Edad Media, en Europa Occidental, las plazas eran utilizadas para el pregón, distintas actividades religiosas, como la ejecución de las condenas dictadas por los tribunales de la Santa Inquisición. Fueron escenarios para los juglares, saltimbanquis, cuenteros y representaciones teatrales. En el Renacimiento se convirtieron en escenarios propicios para el discurso y exhibiciones artísticas, que llenaron las plazas europeas de esculturas.

Aunque algunas calles pueden o pudieron cumplir funciones similares, las plazas y, en especial, la plaza mayor, han servido para promover tipos particulares de sociabilidad. Esta sociabilidad en la plaza ha sido moldeada por los elementos que la constituyen como la plaza principal, su centralidad, sus símbolos e importancia social, política e histórica, aparte de otras características arquitectónicas como sus dimensiones y su centralidad con respecto a los poderes. La plaza mayor, según Campos (2011), se constituye históricamente en el espacio y en el medio con el que se edificó la nación, por lo tanto, lo público era el espacio que significaba ser el área de encuentro y de vínculo, de unidad e identidad. La plaza pública es para

los historiadores uno de los espacios de la ciudad tradicional, y para los investigadores, según el autor, el laboratorio social donde se pueden estudiar las distintas formas de apropiación colectiva de la ciudad.

Su importancia ha sido crucial para la sociedad latinoamericana. Un ejemplo de ello es la visión de estos lugares, para el caso colombiano, que ofrece el historiador Mendoza Varela:

La historia de nuestra independencia es la historia de la plaza, específicamente cuando un criollo rompió el florero en la cabeza de un español en Santa Fé de Bogotá el 20 de julio de 1810, este acto fue suficiente para llenar la plaza con una multitud. Esta es la razón por la cual la plaza se ha convertido en la consecuencia de esta cultura romántica [...] destruyendo la plaza o urbanizándola, usted puede hacer que desaparezca nuestra raza y nuestra tradición. (Mendoza, 1965, p. 75).

La plaza en Latinoamérica ocupa un lugar destacado dentro de los espacios públicos, es una fuente de poder civil de carácter simbólico con una larga tradición como centro cultural de la ciudad.

El análisis histórico de la plaza mayor detalla también, para México, lo que sucede después de la Revolución mexicana, y, de manera general, en Iberoamérica. La construcción de la nación se manifestó como problema central del siglo XIX, y se expresó en la elaboración de la Constitución, la representación política, la ciudadanía, las elecciones, las libertades individuales, la opinión pública, etcétera; lo que implicó que el espacio público fuese objeto de reflexión contemporánea para diversas disciplinas (Campos, 2011). En este sentido, la plaza es un punto de referencia físico para la orientación, pero también de tipo cultural para entender la historia de estas naciones. Como señala igualmente Pégolis (2002), la urbe iberoamericana existe a partir de la plaza: no se concibe la idea de ciudad, cualquiera sea su escala, sin el parque central, sitio de encuentro, sede del poder, referencia de la trama urbana, depositario de la memoria y del presente, del mundo propio de sus ciudadanos.

El zócalo, como se le conoce en México a la plaza principal de la ciudad, ha sido desde la Colonia el lugar de encuentro de la comunidad alrededor de actividades religiosas, como las procesiones, y las celebraciones civiles que incluyen la conmemoración de la Independencia de México, el 15 de septiembre, que es la fiesta popular más reveladora de cómo el espacio

público central ha sido y sigue siendo el escenario principal de celebraciones masivas, el zócalo como hito de la conmemoración metropolitana. El zócalo desde sus inicios coloniales era el lugar del paseo dominical familiar, principalmente de clases populares y medias de la ciudad y de zonas conurbadas. Lugar obligado a visitar por turistas nacionales y extranjeros para “pasar el día”. Lugar idóneo para personas ancianas, que deciden consumir horas y horas en las bancas de los corredores del zócalo. Lugar fantástico para deambular anónimamente. Lugar simplemente de estar. El zócalo, por su conformación física, seguridad y ambiente natural y arquitectónico sigue funcionando como lugar central para el ocio urbano, aunque también es el lugar por excelencia para la protesta (Licona y Martínez, 2005).

Para Salazar (2003), cumplidos o no los requisitos que imponía el diseño de los espacios públicos desde el punto de vista espacial durante el periodo colonial, se debe destacar el propio comportamiento de la población en las plazas y calles venezolanas como espacios sociales, cuyo uso se permitía hasta el toque de ánimas, hora a partir de la cual se vedaba a cualquier mortal. A este respecto, eran estos escenarios, fuera de las iglesias, el principal teatro de las celebraciones religiosas y gubernamentales, más no civiles, ya que estas últimas se circunscribían al círculo íntimo de las casas, señala la autora. De este modo, a determinadas horas y circunstancias, especialmente en horario vespertino y nocturno, las plazas y calles debían estar dispuestas para variados actos relacionados con la religión, como, por ejemplo, las procesiones. Para que estas últimas fuesen aún más auténticas, las calles, testigos de la pasión cristiana, debían tener nombres alusivos a la fe, tal y como lo propuso para Caracas en 1766 el obispo Diez de Madroño, por ejemplo: *De la Agonía y Del Perdón* o *El Juicio Universal* (Salazar, 2003), lo que se impuso de igual manera en la antigua Santa Fe de Bogotá (De la Rosa, 1988).

La plaza era uno de los lugares preferidos para exhibirse en público. A las doce y media solían cerrar las tiendas y oficinas para embridar los caballos y pasearse por la plaza para dejarse ver de las muchachas. Mención especial merece el altozano, espacio frente a la catedral, como lugar público de los bogotanos en el siglo XIX. “Ampliado y prolongado, fue hasta principios del siglo XX el obligado sitio de tertulia de los hombres importantes que iban en la tarde en busca de noticias o a hacer negocios” (Ortega, 1990, p. 184). En la ciudad todo se cerraba hacia la una de la tarde y solo a las tres empezaban a reabrirse puertas de despachos, almacenes, tiendas y talleres. Después

de la siesta se reanudaban las actividades, luego se hacía el habitual paseo por la Alameda, o los hombres concurrían a la tertulia que tenía lugar en el altozano de la Catedral. En la descripción que hace Cané (1884) de este lugar público, encontramos los distintos tipos de actividades realizadas allí:

El altozano es una palabra bogotana para designar simplemente el atrio de La Catedral, que ocupa todo un lado de la Plaza de Bolívar, colocado sobre cinco ó seis gradas y de un ancho de diez á quince metros. Allí, por la mañana, tomando el sol, cuyo ardor mitiga la fresca atmósfera de la altura, por la tarde, de las cinco á las siete, después de comer (el bogotano come a las cuatro), todo cuanto la ciudad tiene de notable, en política, en letras ó en posición, se reúne diariamente. La prensa, que es periódica, tiene poco alimento para el reportaje en la vida regular y monótona de Bogotá; con frecuencia el río Magdalena se ha regado con exceso, los vapores que traen la correspondencia se varan y se pasan dos ó tres semanas sin tener noticias del mundo. ¿Dónde ir á tomar la nota del momento?, el chisme corriente, la probable evolución política. Todo el mundo se pasea de lado á lado. Allí un grupo de políticos discutiendo inflamados. El Comité de salud pública (una asociación política de tinte radical) se ha reunido por la tarde, ha habido discursos incendiarios, una bolsa, un círculo literario, un areópago, una coterie, un salón de solterones, un forum, toda la actividad de Bogotá en un centenar de metros cuadrados: tal es el altozano. El bogotano tiene apego a su altozano, dice el autor, por la atmósfera intelectual que allí se respira, porque allí encuentra mil oídos capaces de saborear una ocurrencia espiritual y de darle curso á los cuatro vientos. (Cané, 1884, p. 123).

Era tal la importancia de la plaza y el altozano, desde el punto de vista de la comunicación, que si alguien estaba en busca de algún otro debería ir allí a localizarlo, y si se quería hacer circular un rumor o desprestigiar a algún personaje bastaba con susurrárselo al alguien en estos lugares. Pero también era un lugar de encuentro para los niños, como lo describe Ricardo Carrasquilla:

El altozano de la Catedral era el *rendez-vous* de todos los cachifos que se dirigían a sus respectivas escuelas, y el oasis donde descansaba yo de las fatigas de mi viaje. Allí, después de echar algunas manitas de chócolo, se establecía una feria en que se negociaban

botones, trompos, cordeles, dulces, frutas, etc. Yo cambiaba a veces por cualquier baratija mis calzonarias de orillo de paño, ponía en su lugar una cabuya o un bejuco de tabaco, y embozándome en mi capote, le decía al primer muchacho que encontraba: —Cambiamos calzonarias, pero sin verlas. Y él, creyendo que no podía haber unas inferiores a las suyas, aceptaba el negocio, y se chupaba soberbio clavo. En el altozano se arreglaban también los desafíos que debían tener lugar por la tarde, después de salir de la escuela, en la Huerta de Jaime. (Carrasquilla, 1886, p. 123).

La posición del altozano, por encima del nivel de la plaza, privilegiaba la visión de los acontecimientos ya que era el espacio de pasear en horas de la tarde.

A las seis de la tarde se dirigen los habitantes de la ciudad al atrio de la Catedral, y allí, en grupos más o menos numerosos, se pasean de extremo a extremo, hasta las siete u ocho de la noche, hora en que van a refrescar a uno de tantos establecimientos que se conocen con nombres pomposos, pero de todos los cuales puede decirse que “el hábito no hace al monje”. Aquí continúan la controversia o discusión que los preocupaba durante el paseo en el atrio, toman trago si a ello son aficionados, fuman cigarrillo, hojean algún periódico, juegan billar hasta las once o doce, y se marchan para sus moradas, conversando en voz alta de los sucesos que les llaman la atención, y, probablemente, se acuestan para levantarse al día siguiente, a fin de continuar los oficios del día anterior, en los que de seguro se ocuparán en el venidero. Si esto no es algo más que prosaico, no entendemos de la misa la media. (Cordovez-Moure, 1997, p. 361).

Al igual que en las demás ciudades, la plaza mayor o de armas de Lima cumplía diversas funciones: comercio, festividades cívicas y religiosas, ferias, corridas de toros y lugar de ajusticiamientos de la Inquisición. Fue escenario de la fundación española de Lima por Francisco Pizarro y de la proclamación de la Independencia, tres siglos después.

De este modo, las plazas latinoamericanas se caracterizaron por su flexibilidad, ya sea como mercado con compradores, vendedores de abundante mercancía, como lugar de ajusticiamiento, corral o pista de toros y caballos, o escenario eventual para celebrar las ocasiones especiales, por ejemplo, las fiestas religiosas y proclamaciones de reyes y príncipes

(Salazar, 2003; Cordovez-Moure, 1997; Páramo y Cuervo, 2009; Páramo y Cuervo 2014). Alrededor de la plaza, aparecerían más tarde los primeros *cafés*, que se constituyeron en escenarios de interacción entre los ciudadanos en el siglo XIX y parte del XX.

A pesar de la cantidad de estudios que se han adelantado para recopilar la historia de la plaza, la mayor parte de ellos corresponden a una perspectiva europea y a los usos que le dieron a ese entorno los criollos una vez asentados en la región. Se ha excluido de estas narraciones la arqueología indígena del pasado al igual que los recuerdos, narraciones, y conversaciones que crean los mitos y significados de la vida de la plaza como la hace notar Low (2000). Las grandes ciudades del periodo precolonial como Tenochtitlan y Cuzco se desplegaron en torno a plazas ceremoniales rodeadas de templos y de las viviendas de la élite gobernante. Se sabe que en la fundación de la ciudad de Lima y Ciudad de México ya existían monumentos prehispánicos sobre los cuales se construirían los símbolos arquitectónicos de los españoles.

El uso comercial de esas plazas al igual que su significado civil y sagrado contrastaban con la mayor parte de los espacios europeos, lo que al parecer sirvió de inspiración igualmente para la construcción de las plazas de Europa. Al parecer, la evidencia más comúnmente citada como origen del diseño de las plazas proviene de Las Leyes de Indias, un grupo de decretos publicados en 1573 por Felipe II que recogían otras directrices de años anteriores. Sin embargo, para ese entonces, la mayoría de las ciudades del Nuevo Mundo ya estaban construidas con sus plazas y lo que hizo Las Leyes de Indias fue reflejar lo que ya estaba establecido en la práctica (Low, 2000).

Las calles

La historia de las calles, al igual que la de las plazas, está en proceso de construcción, quizás no tanto con respecto a la arquitectura como a los usos y significados sociales. Tradicionalmente, la calle ha cumplido funciones económicas y sociales: se ha utilizado como medio para circular, como lugar comercial a través del intercambio de bienes y, socialmente, mediante el intercambio comunicativo. Todas estas funciones han sido cuestionadas a lo largo del tiempo a causa del interés de ejercer el control de estos espacios

y del correspondiente esfuerzo público por preservar la integridad de la calle manteniéndola libre de la apropiación.



Imagen 2.2. Calle de Santa Fé de Bogotá. Fuente: Maritza Ramírez Ramos.

A comienzos de la época republicana, en Santa Fé de Bogotá, las calles principales estaban todas en la parte baja de la ciudad. La más concurrida era la calle Real donde las tiendas se sucedían a ambos lados sin solución de continuidad (Le Moyne, en Mejía, 2002). Años más tarde, en este mismo sector de Bogotá, se encontraban las casas de mayor valor, las de planta alta, ubicadas en las calles más frecuentadas de la ciudad, entre ellas, la de San Juan de Dios, que transcurría desde dos cuadras al oriente de la calle del Comercio hasta el puente de San Victorino, así como las otras tres calles del comercio, llamadas calles reales (Le Moyne, en Mejía, 2002). A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, en particular a partir del decenio de 1870, cuando comenzaron a sentirse con fuerza en las actividades productivas y comerciales de Bogotá los efectos del mercado exportador y las mejoras en las vías de comunicación, el corazón de la urbe se amplió un poco más; a las calles antes enunciadas, podemos ahora agregar la carrera 7.^a, desde la Plaza de Bolívar hasta la de San Agustín. La calle 10.^a, entre carreras 8.^a y 10.^a. La carrera 8.^a, entre calles 12 y 14 y la Alameda Nueva o calle 13, desde la plazuela de San Victorino hasta la carrera 18.

Las procesiones, festividades, juegos y las actividades comerciales se daban lugar en la calle conformada a partir de los edificios que se construían a lado y lado. Cuando se originaron las calles junto con la construcción de las viviendas a los lados, se creó un canal para sostener una dinámica social muy diversa. La animación resultaba de la concentración de los principales establecimientos de comercio en las calles céntricas de la ciudad, y de los contactos sociales que facilitaba esta configuración del espacio. Por esta razón, algunas de las vías fueron utilizadas como lugares preferidos de paseo por los habitantes de las ciudades latinoamericanas.

En el cruce de las calles, en la esquina de algunas manzanas, se pegaban las noticias y los avisos. La calle Real de Santa Fé, hacia 1825, era el ámbito donde se informaban los acontecimientos. Era el lugar especial para la comunicación. Entre las diez y las doce del día, la calle Real estaba especialmente llena de gente, se oía con atención la lectura en voz alta del periódico dominical o cualquier novedad que aparecía en la prensa colombiana (Cochrane, 1825). Resaltaban cuatro esquinas favoritas de los lectores, donde se fijaban los avisos. La esquina de Montoya, la de Dupuy, la de don Juan Antonio Pardo, la de Belchite y la del Correo, y otras pocas más. Eran las esquinas preferidas para ello, según la tradición, las favoritas de los lectores. Todos los avisos se fijaban allí. Nadie leía en otra esquina. Si algún repartidor de papeles progresista fijaba algún cartel al frente, los lectores le volvían la espalda y lo buscaban en la esquina tradicional. A partir de 1863, se introdujo la costumbre de invitar a los entierros por medio de grandes carteles colocados en los diferentes lugares públicos.

Ante la falta de suficientes lugares públicos diseñados especialmente para favorecer los encuentros sociales, las calles cumplían esta función. A lo largo de las calles tenían lugar encuentros frecuentes y se exhibían los ritos sociales como el saludo entre conocidos y aun entre extraños en una ciudad donde era posible volverse a encontrar con el desconocido. Los hombres cedían la acera a las damas y se quitaban el sombrero. Los amigos se detenían para conversar sobre los recientes acontecimientos políticos o sociales y los niños practicaban distinta clase de juegos sobre las calles.

De esta forma, aunque las calles se habían diseñado principalmente para el tránsito y la circulación de los coches, la actividad comercial y la facilidad del contacto entre las personas le daban a la calle un sentido de lugar. La Alameda Nueva fue, por mucho tiempo, el paseo favorito de los domingos de la sociedad santafereña de principios del siglo XIX, era

aprovechada por los enamorados que ocupaban los escaños allí colocados para hacerse sus declaraciones románticas, al tiempo que se recreaban con la vista de la arboleda que los circundaba (Ortega, 1990).

Otras de las prácticas sociales en las calles era la del chisme. La comunidad se valía de los encuentros casuales entre vecinos para enterarse de los acontecimientos políticos e informarse sobre lo que sucedía con la vida de las personas mediante el chisme callejero. En la calle la gente se enteraba de quién estaba embarazada, quién contraía nupcias, a quién lo habían ultrajado y quién moría.

Cuando las fiestas se hallaban asociadas a actos conmemorativos ligados a la Corona, como la jura de un rey, por ejemplo, la obligatoriedad de asistir era aún mayor, ya que cualquier ausencia, especialmente de individuos de las clases adineradas y de abolengo, sería rápidamente notada y, lo más importante, anotada (Salazar, 2003).

Las alamedas

Josefa Acevedo describe de forma pormenorizada el típico paseo de las clases altas por algunos lugares de la ciudad y por sus cercanías, como era costumbre a comienzos del siglo XIX. Por las tardes, dice la autora, los bogotanos paseaban por la Alameda o el Aserrió y a la oración se retiraban a sus casas a refrescar dulce y chocolate (Josefa Acevedo de Gómez, 1848). En la Alameda de Santa Fé de Bogotá, se encontraba el mundo elegante, según cuenta Cochrane (1825), ciudadanos paseando a pie o en sus caballos de paso, también campesinos que entonaban con sus voces y sus guitarras canciones patrióticas. En Caracas, para el año 1785, con marcada influencia de las ideas de la Ilustración, el entonces gobernador y capitán general Manuel González Torres de Navarra ordenó la construcción de lo que se conocería como Alameda de La Trinidad, paseo localizado al norte de la ciudad cuyo propósito principal era la recreación pasiva, y que representó un intervalo especial en Caracas, sacudida brevemente por un momento de sana diversión (Salazar, 2003).

Para Osselmann (1825):

Bogotá tiene un lindo paseo en La Alameda, que hace parte del camino a Tunja. Ancha, plana y bastante derecha, se extiende por

unas dos millas fuera de la ciudad y a sus lados hay árboles cuyos troncos están unidos por un intrincado seto de rosas silvestres. Aunque ni a los habitantes de la capital ni a los del campo les gusta mucho pasear y se limitan a hacerlo en los andenes de la calle real, sucede que se ve en La Alameda, sobre todo los domingos. Una numerosa concurrencia. Pero los que frecuentan más este paseo son los jóvenes elegantes, quienes al andar de sus caballos la recorren todas las tardes. (Citado en Mejía, 2002, p. 234).



Imagen 2.3. Obelisco de la Alameda ca. 1900. Fuente: Adolfo Conrads. Aporte de Museo de la Construcción CChC a Enterreno.com

La Alameda del Libertador en Santiago de Chile fue creada sobre el cauce de una cañada. Se lo conocía inicialmente como Cañada de Sanfrancisco, después, Alameda de las Delicias, cuando se embelleció con la plantación de álamos traídos de Mendoza en 1820, hasta su nombre actual avenida Libertador General Bernardo O'Higgins. Durante la mayor parte del siglo XIX, fue el paseo de la élite chilena. Más tarde se le agregarían estatuas en toda su extensión. Por mucho tiempo, y antes de su transformación como paso vehicular, era el lugar de encuentro de la sociedad santiaguina,

especialmente los domingos después de misa. Sin embargo, para finales del siglo XX y comienzos del XXI, se convertiría en el núcleo de las movilizaciones sociales como el movimiento estudiantil de 2011 (Marín, 2014).

La importancia de las alamedas fue decayendo con el paso del tiempo. En Bogotá, porque en general fueron ubicadas en los límites de la ciudad con la mayor extensión del altiplano, con los cerros tutelares de Monserrate y Guadalupe, por lo que no transformaron la expresión interna de la urbe. Así mismo, porque solo atraían gente los domingos o los días de fiesta, cuando el tiempo lo permitía, por lo que su uso fue algo espontáneo y marginal. Adicionalmente, el poco mantenimiento y cuidado generó un deterioro paulatino con el paso del siglo XIX, lo que disminuyó su uso. “En verdad, aunque ellos existieron y fueron eventualmente utilizados por épocas, las maravillosas descripciones de los paseos bogotanos fueron resultado más del deseo que de la realidad” (Mejía, 2002, p. 242). La de Santiago fue transformándose en un lugar de disputa por el territorio, con las marchas de protesta contra los distintos gobiernos y por orientarse principalmente hacia la movilidad vehicular.

Por lo general, los espacios públicos en las ciudades latinoamericanas fueron escenarios de festejos carnavalescos, procesiones y otros rituales religiosos, juegos, venta de alimentos, el pregón y los comerciantes ambulantes, manifestaciones teatrales en espacios públicos, retretas y otras expresiones musicales, parrandas, charangas, comparsas, cuenteros y juglares.

Así, las motivaciones para los encuentros de los ciudadanos en la plaza, el altozano, las calles y alamedas en el pasado de la ciudad se pueden resumir en religiosos, económicas, políticos, recreativos o de distracción y de encuentros sociales. Por supuesto, estas funciones no se organizan necesariamente en orden cronológico, pero sí se puede decir que ocupan momentos diferentes. Las personas ante todas estas actividades podían entremezclarse: niños, adultos, ancianos, hombres y mujeres de distinta condición han participado tanto de lo rutinario como de los eventos sobre los que han llamado la atención los historiadores. Se puede afirmar, entonces, que los lugares mencionados cumplían la función esencial de facilitar los encuentros ciudadanos y eran públicos en la medida en que no restringían el acceso a las personas independientemente de su condición social, género o grupo de edad, a no ser que se tratara de los “toque de queda”, decretados de manera muy frecuente para las horas de la noche.

Una síntesis de la historia revisada de los lugares públicos de las ciudades latinoamericanas en su periodo colonial y primeros años republicanos, a partir de las citas encontradas en los textos revisados sobre la historia social de la ciudad, sugiere, según los autores mencionados, cinco funciones principales: 1. la facilidad para la interacción social (saludos, conversaciones, ceremonias religiosas, funerales); 2. la comunicación o el servir de medio para mantener a la población educada, informada de distintos acontecimientos; 3. la posibilidad de establecer transacciones comerciales particularmente un día a la semana; 4. el servir de símbolo del poder al facilitar la reunión de la comunidad para manifestar la fuerza del poder civil y religioso mediante ceremonias religiosas, desfiles militares, exhibición de rituales civiles, y 5. mediante el castigo a los insubordinados: muestra de fuerza y protesta popular. La plaza sirvió igualmente para facilitar el encuentro de muchedumbres en actos de protesta o inconformidad ante la autoridad, servir de lugar de diversión para distintos acontecimientos de la vida cultural, incluyendo actividades circenses, corridas de toros, juegos pirotécnicos, hasta torturas y ajusticiamiento de prisioneros.

De esta manera se ve cómo, la plaza, la calle, el mercado, la plaza de toros, alamedas y demás escenarios creados para facilitar la vida social, contienen ciertas propiedades que fueron moldeando las formas de actuación de los individuos, generando usos comunes entre los individuos, a lo que Barker llamaría *escenarios de comportamiento* (Barker, 1968). Montesquieu fue pionero en afirmar que los comportamientos varían por las condiciones preexistentes que articulan lo climático, lo geográfico, lo demográfico e histórico; contextos que inciden en las costumbres y por tanto reconfiguran prácticas culturales (Olson, 2013) de relaciones interpersonales que se sitúan en parques, plazas, cafés, entre otros escenarios.

Los desarrollos en términos arquitectónicos afrancesados de los últimos años de la Colonia y la influencia europea del siglo XIX, por ejemplo, dieron lugar a formas de actuación o prácticas culturales, como lo señala Kahatt (2014), similares a las de ciudadanos de París, circunstancia que conllevó cambios en las formas de vestir, comer e incluso procesos de exclusión y discriminación de indígenas y locales.

Este apartado ha permitido ver que la historia, la memoria, los usos sociales de la ciudad se han encargado de hacerla compleja, y han dado origen a distintos lugares, distintas narraciones y, además, a zonas diferenciadas de la ciudad con expresiones dispares. La ciudad latinoamericana es, de

este modo, el encuentro de varias historias; globales y locales; de colonos, visitantes y criollos; por lo que se puede afirmar que asistimos a un proceso de hibridación urbana, incluso cuando tratamos de narrar su historia.

Explorar de forma breve la historia de la socialización en el espacio público y los eventos y actores sociales ligados a este nos permite comprender las transformaciones en la vida social de las personas asociadas a los cambios arquitectónicos y demás aspectos culturales que han venido conformando la sociedad actual, y, en particular, entender esta herencia cultural y su legado en las prácticas sociales que se sitúan y todavía permanecen en los espacios públicos.

Capítulo 3

La caracterización de los sociolugares
públicos en la actualidad

Diversas estrategias metodológicas han permitido la exploración de la vida en público en años recientes; desde los estudios descriptivos que tratan de recoger información sobre formas de ocupación del espacio, hasta la investigación acción participativa, pasando por experimentos de campo y estudios etnográficos (Gehl y Svarre, 2013). Entre las técnicas de recolección de información que se han venido utilizando como apoyo a dichas estrategias se incluyen el simple conteo de las personas que hacen parte de una actividad, que cruzan una calle o que hacen uso de la bicicleta; el empleo de cuestionarios; distintos tipos de entrevistas; el registro de actividades estacionarias en una representación gráfica o mapa conductual (Gifford, 2016); de actividades en movimiento mediante pasómetros; y más recientemente mediante el empleo de cámaras *go-pro* y drones.

Para caracterizar las propiedades que hacen posible la transformación del espacio en sociolugares públicos que generan cohesión social, el presente capítulo recoge las caracterizaciones de varios sociolugares públicos utilizando algunas técnicas de recolección de información. En primer lugar, una observación no-participante, mediante registros anecdóticos y fotográficos de los distintos sociolugares públicos a partir de unos lineamientos básicos para identificarlos como agrupación de personas aparentemente desconocidas entre sí en lugares públicos de la ciudad, a cielo abierto; intercambio de algunas interacciones sociales; además que estos encuentros ocurrieran por periodos cortos de tiempo; y si el encuentro tenía un facilitador espacial, de tipo artístico o cultural. En segundo lugar, se llevó a cabo el registro de las experiencias subjetivas en estos sociolugares a partir de entrevistas semiestructuradas, *in situ*, a personas participantes de dichos encuentros.

La información fue recogida mediante diarios de campo por estudiantes de la Maestría en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional y de Gestión Urbana de la UPC (Universidad Piloto de Colombia), bajo la dirección del autor de este libro y de profesores y estudiantes de la Maestría en Urbanismo y Territorio de la Universidad de Guadalajara, México, bajo la dirección de Bernardo Jiménez, profesor de dicho programa. Los estudiantes fueron previamente capacitados en estas técnicas de recolección de información y en aspectos de tipo ético referentes a la normatividad sobre confidencialidad respecto a la privacidad de los participantes que suministraron información. A través de este proceso de recolección de

información, los entrevistadores establecieron relaciones interpersonales con alguno de los participantes del sociolugar para poder recoger sus experiencias en estos lugares.

La realización de la observación no-participante y las entrevistas estuvieron guiadas por preguntas como ¿por qué la gente se está reuniendo? ¿cuál es el propósito del encuentro? ¿Qué tipo de personas participan? ¿Qué características espaciales tiene el lugar de encuentro? ¿A qué hora del día ocurre? ¿Cuánto dura? ¿Qué tipo de actividad se está desarrollando? ¿Cuántas personas aproximadamente constituyen el encuentro? ¿Se observa o no el seguimiento de algún tipo de reglas tácitas entre los participantes? ¿Hay algún tipo de rutina? Además, se solicitó a los observadores que anotaran algunos otros aspectos de tipo espacial que les llamaran la atención como facilitadores u oferentes para estos encuentros.

Papel importante dentro de la recolección de información lo constituyó también la toma de imágenes, que complementaron la recolección de información para facilitar la comprensión y análisis posterior de los hallazgos. El registro fotográfico no se hizo carente de intencionalidad, sino con el interés de poner en diálogo los planteamientos teóricos sobre el sociolugar con el registro visual que se quería capturar a través de la cámara. De tal manera que las fotografías fueron objeto de revisión cuidadosa con el fin de descubrir patrones o detalles que permitieran desarrollar el planteamiento teórico de los sociolugares públicos.

La exploración de los encuentros sociales se llevó a cabo en distintos lugares de las ciudades de Bogotá, Villavicencio y Pereira, Colombia, y Guadalajara, México, aunque muchos de ellos son comunes en los espacios públicos de la mayor parte de las ciudades latinoamericanas, encuentros generalmente facilitados por la venta de comida, de tinto, el paseo de las mascotas —perros— en los parques en horas de la noche, los espectáculos teatrales, de malabaristas o de payasos en algunas plazas, el intercambio de fotografías de jugadores de fútbol, los juegos de azar, actividades culturales como la que realizan los cuenteros, o un pintor callejero de paisajes o retratos, el juego de fútbol de los obreros de la construcción, la venta de verduras callejeras, las actividades de entretenimiento en saltarines o ruedas de chigago que se trasladan de un parque a otro, la venta de libros y los juegos de ajedrez. A continuación, se describen los distintos sociolugares públicos por parte del autor del libro y los copartícipes de esta sección del estudio.

Sociolugares públicos en Bogotá

Intercambio de figuras del mundial de fútbol

Pablo Páramo²

Cada cuatro años se celebra el mundial de fútbol organizado por la Federación de Asociaciones de Fútbol Internacional (FIFA). Unos meses antes de dar inicio al campeonato, algunas compañías editoriales publican el álbum del mundial, compuesto de espacios para llenar con las fotografías de los jugadores que integran cada una de las selecciones participantes. Las secciones del álbum están organizadas por equipos, encabezados por el escudo respectivo, el arquero o guardameta, seguido de los demás jugadores de acuerdo con su posición dentro del campo de juego.

Todas las figuras o fotografías de los jugadores los muestran de medio busto, con los nombres respectivos, su estatura y vestidos con la camiseta del equipo, incluyendo la del arquero, que es siempre diferente a la de su equipo. Cada figura tiene al respaldo un número que coincide con el que aparece en el álbum. Las figuras se venden en paquetes que traen cinco fotografías de tamaño 5 cm por 6,5 cm. El valor del paquete en Colombia era de 1200 pesos en el año 2014, cuando se realizó el campeonato en Brasil, o se podía comprar la caja por 100 sobres, que valía 120000 pesos.

Las compañías editoriales suelen incluir fotografías de jugadores repetidas dentro de los paquetes, sacar a la venta en gran cantidad las imágenes de los jugadores menos importantes y sacar los más famosos cuando el inicio del campeonato está próximo, y en menor cantidad; lo que lleva a una gran competencia por completar el álbum, a comprar muchos paquetes que dejan figuras repetidas y a realizar transacciones entre los coleccionistas para poder conseguir la meta de llenarlo.

Esta situación genera especulación con las figuras, motiva a vendedores informales a ubicarse en distintos puntos de la ciudad, a vender figuras individuales, cambiar las repetidas a precios que aumentan a medida que

2 Ph. D. en Psicología. Profesor-investigador, Doctorado Interinstitucional en Educación, Universidad Pedagógica Nacional.

se acerca el mundial; las figuras de los estadios, la copa y los jugadores más destacados son las que más suben de precio. Pero muchos no caen en la especulación y deciden intercambiar con otro fanático del fútbol con quien se encuentra casualmente a la salida de una tienda, de un supermercado, de una zona de estacionamiento, la salida de la iglesia o la esquina de un parque, y aquí comienza la fascinante creación del sociolugar público.

Las personas van marcando los lugares de encuentro para el intercambio. Los vecinos del sector ven que un par de desconocidos intercambian sus figuras repetidas por otras que no tienen y progresivamente se van acercando más personas hasta que el sociolugar cobra sentido, se convierte en lugar de encuentro determinados días de la semana y a diferentes horas. A veces hay solo tres personas que conforman un grupo, pero los sábados en el mismo punto se pueden reunir hasta 30 o más que van creando pequeños subgrupos donde los individuos van rotando entre uno y otro a ver qué provecho pueden sacar del cambio de subgrupo. Asimismo, se crean reglas para el intercambio: un jugador que sale muy frecuentemente se intercambia por otro de igual frecuencia o categoría, pero si se trata de James o Neymar, o del escudo de un equipo, la negociación se hace más difícil, habrá que dar más figuras o dinero a cambio. También se pueden intercambiar figuras que un fanático tiene repetidas por paquetes cerrados que el interesado puede comprar al vendedor ambulante que está cerca.

Los padres llevan a sus hijos a realizar las transacciones, les enseñan a negociar y a interactuar con el desconocido. “¿cambia monas? ¿tiene a Messi? ¿Cuánto pide por Neymar? ¿Cuántas le faltan para completar el álbum?” son las preguntas con las que se entabla la conversación entre los desconocidos al encontrar el pretexto de la socialización. Para todos es una experiencia agradable no solo porque se consiguen muchas figuras de manera más fácil que comprando los paquetes, sino porque las personas disfrutan de las transacciones, del diálogo con el desconocido de distinta condición social, edad y género sobre los partidos que se avencinan y, por supuesto, de la selección de fútbol del país. Así como el sociolugar aparece durante los días previos del campeonato hasta que termina, su duración y espacio físico es aleatorio, no se puede predecir cuándo ni dónde ocurre ni cuánto dura. Es una lástima que se tenga que esperar cuatro años para disfrutar de este verdadero espectáculo.

Ventas ambulantes

Yelitza Katie Torrado Navarro³

Las ventas informales en la ciudad de Bogotá se han convertido en los últimos años en una problemática que aún no parece resolverse. En estas formas de ocupación del espacio público subyace un problema económico importante: la falta de empleo formal en condiciones dignas y estables, situación que ha propiciado diversos usos y apropiaciones del espacio público que hoy en día son destinados para el “rebusque diario”. Sin embargo, las dinámicas generadas en el espacio público a raíz de esta problemática se han convertido en alternativa de consumo para las personas que encuentran en estos lugares ambulantes una forma práctica y económica de satisfacer una necesidad básica del ser humano, como lo es la alimentación.

En la carrera 50, a la altura de la calle 33 sur, en Bogotá, se ubica la entrada a un barrio popular de uso residencial, el conocido barrio Santa Rita, perteneciente a la localidad de Puente Aranda. En el costado nororiental, diariamente una familia conformada por tres personas (hombre, mujer y niño menor) instala un carro de comidas rápidas para vender arepas rellenas entre seis de la tarde y las diez de la noche, escenario con afluencia constante de consumidores.

Generalmente, el sitio es concurrido debido a su estratégica ubicación, una esquina junto al semáforo, donde muchas personas descienden del transporte público para dirigirse a sus casas, características que hacen del puesto de comidas una alternativa viable para consumir un alimento ligero antes de llegar a casa.

La esquina se encuentra poco iluminada, pero cuando estas personas instalan su puesto de ventas ambulantes, se ilumina completamente con la luz del bombillo suspendido del techo del carro, conectado a la red eléctrica de una droguería situada allí mismo. El carro lo ubican muy cerca de la calzada (vía), sobre el andén, es del estilo de los que se utilizan para ventas de perros calientes, pero con un asador de carbón, rodeado de ollas de barro que contienen los ingredientes para el relleno de la arepa. De un lado del carro cuelgan unas butacas plásticas, usadas cuando vienen parejas

3 Magíster en Gestión Urbana, Secretaría de Movilidad, Bogotá.

o personas solas que deseen consumir la arepa en el lugar; del otro lado del carro, cuelga un cartel donde se evidencian las diferentes combinaciones de ingredientes para el relleno de la arepa con sus respectivos precios.

La regla para acceder a la compra consiste en cancelar tan pronto se entregue el producto, las personas definen si el producto debe empacarse o va ser consumido en el lugar; si sucede lo último, el hombre a cargo del negocio ofrece una butaca plástica para que las personas se pongan cómodas mientras les entregan su pedido. Las sillas están dispuestas en la parte posterior del carro, para evitar que el humo que emite el asador incomode a los compradores. Generalmente, los consumidores llegan en parejas, del mismo sexo o de distinto, y se dedican a conversar; en ocasiones, si tienen algún tipo de relación, se observan manifestaciones románticas, nada fuera de lo normal: un abrazo, un beso o estar tomados de mano.

El lugar es visitado por personas que visten de formas distintas, algunos portan traje de paño, lo cual denota que vienen de su lugar de trabajo; otras personas visten de manera más casual e incluso informal. Casi siempre, las personas se quedan hablando con los dueños del carro, los saludan con confianza, usan expresiones como “¿qué más, compadre?”, “¿cómo está, veci?”, “¿qué tal, amigo?”, “vecina, ¿me regala una arepita?”. A veces los vendedores responden: “Vecino, ¿lo de siempre?”, lo que evidencia los clientes habituales y la preferencia por un producto en concreto, además, hacen chistes, sonríen o simplemente conversan sobre noticias de actualidad mientras esperan la entrega de su pedido.

En este escenario, los roles se definen a partir de las acciones que se realizan en función de la compra y venta de un producto: la mujer, que está a cargo de cocinar las arepas y de armarlas; el hombre, que las empaqueta y, además, se encarga de encender el ventilador que aviva la brasa para cocinar las arepas y de cobrar el dinero producto de la venta; el niño, que juega con los niños que vienen con sus padres a comprar y, en ocasiones, toma a su papá del pantalón para que lo tome en sus brazos porque hace frío y quiere dormir; los clientes frecuentes, cercanos a los vendedores, y los nuevos, que llegan a probar algo distinto de lo que se comercia en el sector; también desempeñan un rol importante los conductores de vehículos particulares o de transporte público, que en ocasiones se detienen y levantan su voz para hacer un pedido desde la ventanilla del vehículo.

Aunque las instalaciones parecen provisionales, se observa una dinámica que permite la sociabilidad entre las personas, sobre todo en aquellas que se conocen entre sí y que conocen a los vendedores. Las condiciones del ambiente si bien no facilitan el encuentro no son un obstáculo para que se lleven a cabo conversaciones; según lo que se observa las personas parecen acostumbrarse al ruido y las variantes circunstancias climáticas. Por ejemplo, cuando llueve el carro se tapa con un material transparente para que no se apaguen las brasas que cocinan las arepas; las butacas donde se sientan las personas no son un problema, pues estas son ubicadas debajo de un voladizo de una casa esquinera a fin de evitar que los clientes se mojen con la lluvia. A continuación, se transcribe parte de la entrevista realizada a uno de los clientes:

Las personas vienen por primera vez y quieren seguir consumiendo los productos que nosotros ofrecemos, yo creo esto se debe a que tengo buen sazón, vendemos barato y además hablamos con ellos sobre temas cotidianos. Nosotros sabemos que esta labor no está permitida en el espacio público, pero como hay muchos “chuzos” de comidas haciendo lo mismo, no vemos por qué no podemos estar acá y además no tenemos otra alternativa de empleo, pero de igual manera le pido el favor que no me vaya a tomar fotografías.

Normalmente, vendemos entre 50 y 100 arepas, entre seis y diez de la noche. Los días viernes y sábados tenemos más clientes, pues por ser el inicio del fin de semana, las personas salen a departir en bares del centro comercial Centro Mayor o en las cigarrerías que existen en el barrio y comen algo para que el licor no haga efecto rápidamente.

Además de nosotros recibir un beneficio económico disfrutamos este trabajo, pues casi siempre nos visitan las mismas personas y podemos hablar mientras los clientes hacen el pedido. No tenemos un día destinado para el descanso, generalmente, lo hacemos por las mañanas y en las tardes organizamos todos los ingredientes y buscamos las materias primas para fabricar las arepas, aunque es un trabajo en el que se está expuesto a muchos riesgos, precisamente por estar en la calle, nos sentimos identificados con el lugar y con la labor que desempeñamos. Ya las personas del barrio nos conocen y saben que nosotros somos los que vendemos arepas en la esquina, el vecino

que nos vende las carnes es amigo nuestro, así como las demás personas que proveen los insumos para nuestro negocio.

En lo personal, me da miedo que ocurra un accidente o algún evento con el carro, pues estamos en permanente contacto con brasas y carbón caliente y, como usted puede notar, nuestro hijo es un menor de cuatro años que nos acompaña casi siempre, pero trato de no pensar en eso. Otra situación que me genera temor es la inseguridad del sector, hace unos días unos tipos atracaron a una señora que llegaba del trabajo a una cuadra de la casa a la que ella se dirigía, a veces comentamos con los vecinos que vienen a comprar, que en el momento que algo así nos suceda, Dios no lo quiera, nosotros entregamos el producido porque eso se recupera, pero la vida sí es algo sagrado que debemos cuidar y con la ayuda de Dios uno sale adelante. (Entrevista realizada a vendedora).

Nosotros desarrollamos esta labor porque encontramos en ella una fuente de ingresos económicos que en buena parte sustenta nuestras necesidades económicas, además, en este sitio hemos podido crear lazos de amistad con muchos habitantes del barrio. Yo me encontraba desempleado y hace un año y seis meses decidimos con mi esposa salir al rebusque en la calle y, como vivimos en el barrio, se presentó la oportunidad y acá estamos.

Dentro del imaginario de los habitantes existe la idea equivocada de relacionar el sur con peligro, pero a pesar de ello, yo me siento seguro en este sitio, hablo de esta esquina, pues es bastante concurrida y al haber un semáforo que regula el tráfico de los vehículos se genera una sensación de seguridad, además de esto, y tal vez lo más importante, es la cercanía del barrio con la Escuela de Cadetes General Santander, que brinda un respaldo de seguridad para los habitantes de los barrios que se ubican en el sector.

Es claro que no estamos seguros en la ciudad y que eventos de inseguridad siempre existen, en ese caso nosotros siempre ponemos nuestra vida como prioridad, pero más bien no hablemos de eso que se les quita el hambre a los clientes. (Entrevista realizada a vendedor).

Yo visito este lugar dos veces por semana, generalmente a las nueve de la noche. Cuando vine por primera vez, me agradó la calidez que tienen los dueños del puesto para atender a las personas; además de eso, la señora cocina muy bien y sus comidas se ven higiénicamente preparadas. Yo trabajo normalmente hasta las 6 de la tarde y cuando llego a esta esquina son las ocho de la noche, aunque no me gusta comer antes de dormir, compro este producto porque me he vuelto adicta a las arepas que venden acá y además porque no son pesadas y le sientan bien a mi estómago. Cuando estoy cerca hago una llamada a mi compañera de apartamento para que salga y nos encontremos en este lugar para picar algo antes de irnos a descansar, en ocasiones le hago una llamada al vecino para que nos aparte las dos arepas que más nos gustan que son las especiales y ellos las tienen listas cuando llegamos a recogerlas.

En este lugar me siento segura y acompañada, como usted puede observar, la gente que visita normalmente este puesto de comidas pertenece al barrio Santa Rita, entonces casi que nos conocemos, situación que nos genera confianza para quedarnos a consumir las arepas, además estamos cómodas pues el vecino nos saca unas sillas pequeñas y mientras esperamos hablamos de muchos temas que tenemos en común con mi acompañante, a veces observamos a los muchachos que pasan y como estamos solteras nos reímos y coqueteamos, pero sanamente.

Me agrada venir a este lugar porque cuando no está mi compañera de apartamento puedo hablar con la vecina y en ocasiones le cuento problemas o cosas curiosas que me suceden, vea ¿quiere saber algo? yo no soy de acá, vengo de Barranquilla y muchas veces en esta ciudad tan grande y estresante como lo es Bogotá uno se siente solo y llegar a la casa a encerrarse bajo cuatro paredes y a cocinar lo que hace es generar nostalgia por el verdadero hogar que está lejos y que se añora tanto, se puede decir que los señores que venden en este puesto, son mis amigos, incluso me fian. (Entrevista realizada a Dayanis Moreno).

En lo particular este sitio ofrece varias cosas para comer que en mi opinión son prácticas, pequeñas y tienen sabor casero, la señora es muy

limpia, utiliza guantes, tapabocas y siempre tiene recogido el cabello, esto para mí es indispensable al consumir un producto alimenticio en la calle, muchas veces se desconoce la procedencia de la comida lo que genera consecuencias en la salud de las personas. Yo visito este lugar dos veces por semana y ahora vengo solo, antes sí venía acompañado por una exnovia pero esa relación hace un par de días finalizó, en mi opinión considero que este lugar permite que las personas compartan cuando no se tienen las condiciones para asistir a un sitio más “fino” por así decirlo, aunque yo prefiero venir a este sitio en ocasiones frecuente restaurantes de prestigio o los que se encuentran en centros comerciales y me enfermo, además, percibo que no hay libertad para hablar sobre ciertos temas; en este sitio el ruido del ambiente camufla de alguna manera conversaciones entre las personas las cuales regulan el volumen de su voz según su comodidad, casi que el estar en la calle te permite hablar como quieras y de lo que prefieras, cosa que no se puede experimentar en un espacio privado, donde la gente está pendiente de lo que uno hace o dice. Sin embargo, no siempre es beneficioso estar en la calle, por los problemas de inseguridad que vive Bogotá y que además se están convirtiendo en un problema social de delitos menores que gracias a la demasiada importancia que se les da, trascienden en las personas y en la percepción de inseguridad que se tiene de la ciudad. Aunque este barrio no es peligroso, no estamos exentos de sucesos de esta clase, y lo mejor de este es que es un barrio popular de casas más no de apartamentos, casi que uno se conoce con los vecinos y de esa forma nos mantenemos alerta ante cualquier personaje extraño que esté rondando el lugar y nos cuidamos entre todos. Hace días yo pasaba por acá y al señor del puesto de arepas se le cayó el bombillo cuando estaba cerrando las ventas y prácticamente la [carrera] cincuenta estaba sola, por lo que me vine a ayudarle a recoger las cosas y lo esperé para irnos juntos pues vivimos relativamente cerca y me quedaba de camino a mi casa, es mejor irse acompañado con eso uno se defiende de cualquier bandido. (Entrevista a Andrés, retirado de la Policía de Bogotá).

Venta diurna ambulante de tintos: el puesto de “don Jorge”

Kevin Rozo⁴

El puesto de tintos⁵ de Jorge Serrato se ubica en una esquina del barrio Alquería entre la carrera 52 c y la calle 42 a sur, sector de gran tradición en el comercio de telas de la ciudad de Bogotá. El puesto está situado estratégicamente en el principal corredor comercial de la zona, allí transitan a diario cientos de personas de toda la ciudad que visitan el sector para comprar todo tipo de telas, mandar a diseñar la decoración de sus casas o adquirir diversos accesorios textiles para el hogar como cubrelechos, juegos de baño, manteles, entre otros.

En concreto, se trata de un triciclo estacionado de manera permanente en el andén, cuenta con una base para sostener los termos de tinto y aromática, posee una pequeña vitrina donde se exhiben empanadas⁶, buñuelos y algunos productos empaquetados, y, además, tiene una colorida sombrilla que protege la carreta del sol y la lluvia. La mayor peculiaridad del puesto de don Jorge, como lo llaman tradicionalmente sus clientes, son cuatro sillas plásticas que se encuentran ubicadas alrededor del triciclo de los tintos. En estas sillas los clientes se sientan a conversar como si estuvieran en cualquier cafetería de la ciudad.

Don Jorge es un hombre de 54 años, veinte de los cuales lleva vendiendo tinto y otros productos comestibles en su puesto en la Alquería. Generalmente, atiende solo su negocio, cuando no da abasto por la gran cantidad de compradores, recibe la ayuda pasajera, en señal de amistad, de otros vendedores ambulantes aledaños, sobre todo de Wilson Cuervo, vendedor de maní y gran amigo suyo con el que han compartido muchos años en la misma esquina tejiendo vínculos de solidaridad y reciprocidad.

Don Jorge trabaja de lunes a sábado de 8:00 am a 6:00 pm y los domingos de 9:00 am a 3:00 pm. Labora en jornada continua, por ello

4 Licenciado en Ciencias Sociales. Profesor ocasional, Universidad Nacional Abierta y a Distancia.

5 En Bogotá se le denomina tinto al café preparado con agua.

6 Pastel en forma de media luna relleno de ingredientes salados como carne, pollo, papa arroz, que se fríe en abundante aceite.

lleva su almuerzo desde su casa para no interrumpir su servicio en ningún momento del día, para él, esa continuidad es fundamental en la prosperidad de su negocio.

La finalidad del puesto es ofrecer bebidas y alimentos de consumo rápido y a bajo costo a los trabajadores, comerciantes y visitantes del sector. No obstante, las personas no solo acuden para satisfacer una necesidad alimenticia; lo hacen también con la expectativa de socializar con sus conocidos y amigos por unos minutos para dejar a un lado la tensión que supone la rutina laboral. Diana Velásquez comenta su experiencia como clienta:

Tomar el tinto es bueno para desestresarse del trabajo, sale uno y se relaja un rato. A veces, amigas del sector me invitan, otras veces yo voy, pero siempre tomo el tinto acompañada. El tinto ya es una costumbre, el tinto después del almuerzo, cuando ya ha pasado la tarde es bueno como para reponer energías. Ahí en el tinto se reúnen muchos grupos a hablar, hay gente que habla de la familia, leen el periódico, es un punto de encuentro, entonces, son como varios los temas. (Entrevista realizada a Diana Velásquez, clienta).

El pretexto de los encuentros es el consumo de tinto, cigarrillo y otros alimentos. Muchas personas del sector desayunan y toman onces diariamente en este lugar, otros solo consumen un tinto o fuman un cigarrillo para escapar de la disciplina del trabajo por unos minutos, se trata de un asunto de costumbre.

En la socialización, además de don Jorge, el vendedor de tintos, participan también los clientes —la mayoría, trabajadores y comerciantes de la zona— y, eventualmente, visitantes del sector que vienen con la finalidad de hacer compras en los diferentes almacenes del barrio, y aprovechan la oportunidad para tomar un tinto o calmar el hambre con una empanada o un buñuelo.

Las personas, casi siempre, acuden acompañadas al puesto de tintos, pueden ser parejas o grupos de 3 a 4 personas. Los clientes saludan amigablemente a don Jorge, este responde de manera equivalente; en algunos casos, la proxemia es mayor —dependiendo de la antigüedad del vínculo— y hay apretón de manos y abrazos. Los clientes piden su tinto y empiezan a conversar de diferentes temas con sus acompañantes, con don Jorge o con otro consumidor que se encuentre solo, dando lugar a interacciones espontáneas entre desconocidos. Diana comparte su experiencia:

Generalmente, ya hay como grupos de conocidos, amigos, se reúnen de diferentes almacenes y vienen charlar. También se entablan conversaciones con personas que uno no conoce, se habla de las ventas del almacén, cosas así. Entonces, uno habla del trabajo, cosas de la vida privada, de todo. También a veces hablo con don Jorge. (Entrevista realizada a Diana Velásquez).

Las conversaciones son variadas en el puesto de tintos de don Jorge, se comentan anécdotas laborales del mundo de las telas: “Imagínese que ayer me pegaron tremenda pajareada un par de viejas”, “vea que acabé de hacer un negocio de una instalación de cortinas para un salón comunal y el tipo me pidió que le diera doble factura para sacar su tajada”, “¡mire que acabé de atender a unos tipos re tacaños, no querían nada y les resulté vendiendo bien caro!” etc. Asuntos personales: “¿Cómo va la familia?”, “¿cómo va todo?”, etc. Asuntos deportivos: “¿Cómo vio el partidazo de millonarios?!, ¡qué tal el golazo de cuadrado?!” etc., entre otros. Don Jorge ofrece su testimonio al respecto:

Todos vienen a charlar del trabajo, de la economía, de varias cosas, de cosas personales, de todo un poquito. También algunos le hacen la charla a uno, ya me conocen, llevo veinte años acá. (Entrevista realizada a Jorge Serrato, vendedor de tintos).

Don Jorge asegura que la principal fuente de éxito de su negocio es la “buena atención” que él brinda a sus clientes, así como el manejo higiénico de sus productos. La “buena atención” tiene que ver con el trato amable de los clientes y la socialización amena y descomplicada con ellos. Además, como la mayoría de clientes son comerciantes y empleados del sector, don Jorge, al igual que otros vendedores ambulantes, es muy apreciado por ellos, dado que con frecuencia los auxilia cambiándoles dinero por “sencillo”⁷ y vigilando en ocasiones sus locales cuando deben salir esporádicamente. Estas relaciones de reciprocidad se traducen en una suerte de compromiso implícito que garantiza la fidelidad de la clientela de don Jorge, en sus propias palabras:

Uno ya acá tiene amistades, conocidos. A ellos les gusta venir mucho precisamente es por la buena atención y también por la

7 Expresión usada en Bogotá para referirse a los billetes de baja denominación.

higiene que uno maneja en los productos. (Entrevista realizada a Jorge Serrato, vendedor de tintos).

Adicionalmente, don Jorge afirma que las sillas plásticas que él dispone alrededor de su puesto son muy atractivas para los clientes y motivan la socialización de manera cómoda:

Desde que comencé yo puse esas sillitas acá porque todos pueden tomarse su tintico, fumarse su cigarrillo, hablar sentados bien relajados ahí y eso pues llama mucho la atención. (Entrevista realizada a Jorge Serrato, vendedor de tintos).

De manera semejante, Esneda Jiménez, comerciante de cortinas del sector, considera que las sillas hacen más agradable el consumo del tinto en el puesto de don Jorge y compensan el hecho de estar ubicado al aire libre, según ella:

Aunque sea al aire libre el espacio del tinto es confortable, uno se siente bien y las sillas que tiene don Jorge ahí contribuyen a que uno esté más cómodo mientras se toma el tinto o fuma el cigarrillo. (Entrevista realizada a Esneda Jiménez, clienta).

En la venta diurna de tintos se pueden identificar básicamente tres roles. Primero, el oferente, don Jorge, quien tiene como función brindar sus productos a los clientes y, eventualmente, conversar con ellos como parte fundamental de la “buena atención”, mecanismo muy rentable para mantener la vieja clientela y cautivar la nueva. Segundo, los clientes que van en grupo, casi siempre compañeros de trabajo, amigos o conocidos que pactan con antelación ir a tomar el tinto al mismo tiempo con la finalidad de conversar por unos minutos. Tercero, los clientes que asisten solos, así no tengan la finalidad de conversar, estas personas comúnmente sacan provecho de sus habilidades para la socialización y, en la mayoría de los casos, logran iniciar conversaciones espontáneas con don Jorge o con otros clientes desconocidos que también asisten solos. Es poco común que un cliente que acude solo al puesto de tintos entable conversación con un grupo de desconocidos ya establecido; la interacción entre extraños se genera, sobre todo, entre personas que asisten solas.

En el puesto de tintos de don Jorge no hay reglas explícitas (“no fumar”, “pagar por adelantado”, etc.), todas se van deduciendo implícitamente en

la experiencia: se puede fumar con libertad, siempre se cancela al final del consumo del producto considerado, algunos clientes tienen una cuenta personal de los productos que van consumiendo y al cabo de una o más semanas cancelan el valor a don Jorge, las sillas pueden ser utilizadas por las personas que van llegando sin ningún tipo de restricción o preferencias, y los clientes con mayor trayectoria y confianza pueden tomarse la libertad de agarrar con sus propias manos los productos que consumirán directamente de la vitrina sin la mediación del oferente.

Por otra parte, el puesto de tintos de don Jorge provee a los clientes una sensación de seguridad positiva, aunque se encuentre en el espacio público, sin ningún tipo de vigilancia pública o privada, las personas se sienten fuera de peligro y sin ningún tipo de preocupación en materia protección. Esto contribuye a la prosperidad económica de don Jorge, dado que las personas visitan su puesto de trabajo con tranquilidad, según él:

La gente aquí se siente segura, uno aquí ya es conocido, tanto la gente como la policía ya lo distingue a uno, entonces uno anda tranquilo porque este barrio es muy seguro. (Entrevista realizada a Jorge Serrato, vendedor de tintos).

En suma, el puesto de tintos de don Jorge emula, de cierto modo, las características de las cafeterías ubicadas en espacios cerrados convencionales: cuenta con un mobiliario dispuesto para la charla (sus citadas sillas), genera sensación de seguridad en los clientes y posibilita la socialización cómoda alrededor del consumo de diversos productos comestibles. Empero, al estar ubicado en la calle, el puesto de tintos de don Jorge reinventa el espacio público y su uso, en la medida en que convierte el andén en un espacio privilegiado para la socialización y el encuentro de las personas. Durante las horas que trabaja don Jorge, los habitantes y visitantes del sector le otorgan nuevos significados al espacio público y, mediante prácticas de interacción espontánea, producen por un momento un nuevo lugar de socialización.

Septimazo mágico

Elkin Martínez⁸

La importancia de la carrera Séptima como eje histórico y simbólico para Bogotá se liga a un pasado español, y es parte de las huellas coloniales que permiten redescubrir la puesta en marcha del modelo ciudad en forma de damero. En este sentido, la antigua calle Real del Comercio se posiciona como lugar dominante para la naciente urbe, cuyo valor se evidencia en el ordenamiento del espacio urbano a partir de su indudable actividad mercantil.

Dicho de este modo, con el crecimiento constante de la ciudad y la incidencia de la política en temas urbanos, se modifican las relaciones que tienen los habitantes con sus espacios cotidianos, a través de la identificación de calles y carreras por medio de un sistema de nomenclatura que permite leer y marcar la ciudad con números consecutivos en forma de cuadrícula. En este orden de ideas, las exigencias del urbanismo moderno contemplan que los espacios urbanos se integren más allá de lo físico, y propicien así un diálogo directo entre lugares y sujetos.

El sector peatonalizado de la carrera Séptima, que va desde la plaza de Bolívar (antigua plaza mayor) hasta la Torre Colpatria (calle 26 o avenida El Dorado), como corredor estratégico y columna vertebral del centro de la ciudad, nos presenta un mundo donde las relaciones entre vendedores ambulantes, artistas callejeros, comerciantes formalizados, habitantes de la calle y personas del común se entrecruzan mediante la circulación de “sociabilidades anónimas”, entendidas como las formas de entrar en contacto con el otro desconocido en el espacio público por cortos periodos de tiempo a partir de significados e intereses colectivos.

Esta asociación de significados e intereses colectivos e individuales incentiva el uso y aprovechamiento de los distintos espacios públicos por donde transitan los ciudadanos, y propicia las condiciones y oportunidades para el ejercicio de diversas actividades culturales, el arte, por ejemplo. En la carrera Séptima, en particular, los transeúntes presencian expresiones artísticas de diversa índole (música, teatro, pintura, entre otras), realizadas por profesionales del entretenimiento, que, con sus actos, generan encuentros sociales y activan la memoria histórica de los habitantes.

8 Magíster en Estudios Sociales. Docente y jefe de área de Ciencias Sociales del Colegio Eucarístico Campestre, Subachoque-Cundinamarca.

Desde esta perspectiva, la dimensión comunicativa del espacio público desempeña un papel fundamental en las relaciones sociales, ya que la heterogeneidad de discursos y expresiones que allí se establecen a partir de la estadía en el lugar representa un eje articulador en la revitalización y apropiación del espacio. Así, las expresiones artísticas en la carrera Séptima posibilitan el contacto directo entre artista y público en general en la medida en que el espectáculo es vivido y compartido por cada uno de los asistentes.

La finalidad de la avenida Alberto Lleras Camargo, como también se le conoce a la carrera Séptima, se transforma para ofrecer una agenda cultural muy rica, lo que la hace más atractiva y dinámica para el peatón y bici-usuarios, y se deja de un lado la congestión vehicular que por tanto tiempo la caracterizó, al ser vía arteria del centro de la ciudad. Así pues, las prácticas, artísticas, comerciales y culturales responden a una necesidad apremiante por convertir la calle en un espacio público más apacible, identitario, de permanencia y diverso.

Dicho de este modo, las actividades artísticas, culturales y económicas que alberga este corredor vial representan diversos niveles de actuaciones encaminadas a entretener a propios y extraños. En este sentido, vale la pena resaltar que el acto de magia o prestidigitación, conocida como el conjunto de trucos y habilidades con los que se hacen juegos de manos de manera rápida para hacer desaparecer y aparecer objetos y descubrir cosas, se convierte en una herramienta para interactuar de manera ilusoria con las expectativas ajenas y deseos de todos aquellos que se detienen para observar la actividad.

Sobre el arte callejero en esta zona de la ciudad, los peatones curiosos afirman:

Los trucos que hace el mago hay que detallarlos muy bien para entenderlos, ya que él utiliza con mucha agilidad cuerdas, papel y agua. (Entrevista realizada a Miguel Gómez).

Es una actividad que sirve para entretener a la gente que viene a la Séptima, consiste en unir las cuerdas y hacer desaparecer el agua... nada más. (Entrevista realizada a Diego Quevedo).

Es una actividad donde el mago causa confusión entre los asistentes por medio de objetos. (Entrevista realizada a Sergio Rodríguez).

En este orden de ideas, la estadía de las personas en el lugar se determina por la duración del acto, que es aproximadamente de cuarenta

minutos, tiempo requerido por el mago para hacer su actuación, cuyo objetivo es el de convencer a los espectadores de que sus trucos son merecedores de una contribución económica. Los asistentes dicen visitar la zona solo los fines de semana y a determinadas horas, con diversos propósitos:

Vengo con mi compañera para distraernos un poco de la rutina del trabajo. (Entrevista realizada a David Bernal).

Estoy con mi familia para montar bicicleta y de paso ver a los artistas callejeros. (Entrevista realizada a Jorge Ramírez).

Este corredor de la ciudad es visitado los fines de semana por una gran cantidad de ciudadanos que se mezclan entre sí, un flujo constante que en ocasiones produce aglutinamiento en los actos artísticos. Debido a ello, la concurrencia a la Séptima, específicamente al acto de magia, se acompaña de una alta presencia policiaca. Por este motivo, las personas indagadas reconocen que se sienten seguros, sin embargo, hay que tener cuidado con los “cosquilleros”, “amigos de la ajeno” y los “choros” que actúan de manera silenciosa aprovechando los tumultos y el descuido de la gente.



Imagen 3.1. Septimazo mágico. Fuente: Jorge Moreno Plazas.

Aunque estas situaciones opacan el momento, los visitantes reconocen que venir a la Séptima los fines de semana es provechoso:

Es un lugar donde se interactúa de forma indirecta con otras personas. (Entrevista realizada a Miguel Gómez).

Se ven muchas personas realizando diversas actividades especialmente paseando a sus mascotas, montando cicla o trotando, eso me motiva para venir los fines de semana porque soy bici-usuario. (Entrevista realizada a Sergio Rodríguez).

Según lo dicho, las dinámicas que se generan en el lugar están atravesadas por el disfrute de las actividades que incluyen una multiplicidad de actores e intereses, los cuales de manera espontánea asisten a una cita con el entretenimiento y la cultura.

Las observaciones realizadas en este trayecto de la carrera Séptima contribuyeron a reconocer algunas prácticas socioespaciales de la vida callejera, las cuales están reglamentadas por entidades distritales para el uso y goce del espacio público, que, como lugar, contribuye a conservar su significado histórico, simbólico y comercial para los capitalinos.

Músicos de carranga en la carrera Séptima

Carolina Ariza⁹

Uno de los lugares consolidado para el encuentro y entretenimiento de los bogotanos, y que más denota las realidades sociales, culturales y espaciales capitalinas, ha sido el centro de la ciudad y, dentro de este universo, el conocido “septimazo”. Aquí se presenta un mundo de personajes y realidades contrastantes que pueden dar cuenta de cómo son los procesos de organización espacial y cultural en Bogotá.

El septimazo es el nombre que se le da al trayecto recorrido, a pie o en bicicleta, los días sábados, domingos, y festivos, por la carrera Séptima, entre calles décima y veintiséis. Con el proceso de peatonalización de la vía, este lugar se constituye en un centro económico y cultural de la ciudad, y mucho de lo que pasa en este sitio confluye a través de las expresiones artísticas. Una de las que más llama la atención es la de los músicos, que se ubican por todo el trayecto de la carrera Séptima.

9 Licenciada en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales. Docente titular del Colegio de la Inmaculada Concepción.

Este espacio, por su misma pluralidad, e importancia, aglomera varios artistas, vendedores, y comerciantes, que se pueden encontrar por todo el trayecto; también es un importante lugar que, considero, refleja la cultura e identidad de los bogotanos. En algún momento, con toda probabilidad, a la mayoría de habitantes de la ciudad les fue necesario movilizarse por este tramo, y, como yo, se habrán detenido para apreciar alguna de las expresiones artísticas, musicales, sobre todo, que se presentan aquí.

Un domingo recorrí la Séptima, comencé por la plaza de Bolívar, lugar central en el desarrollo de la ciudad y sobre el cual se ciernen múltiples subjetividades e imaginarios al ser el centro de poder político y religioso de Bogotá. En el trayecto se encontraban varios vendedores, estatuas humanas, y también algunos grupos musicales; todo esto contrastaba con la gran cantidad de peatones y de ciclistas que transitaban por allí, pero decidí quedarme a observar una aglomeración considerable de personas.

Caminando por allá, pasando la avenida Jiménez, me encontré con uno de estos grupos musicales, intérpretes de *carranga*, género musical propio del altiplano cundiboyasense. El grupo estaba ubicado en la carrera Séptima con calle diecisiete, cerca del parque Santander. Uno de los integrantes de este grupo, don Juan Rodríguez, vocalista de los Ruan Stars, manifiesta: “Hay músicos para cada gusto, rock anglosajón, música andina, marimberos, cantantes de baladas, y carranga”, género que en esta historia nos concierne.

Juan “El Arriero”, apodo musical de Juan Rodríguez, viene presentándose con su grupo en la Séptima desde hace tres años, al comienzo no estaba tan convencido, “¿la carranga podrá aglomerar transeúntes como el metal?”, nos contaba que se preguntaba, sin más, y desde su experiencia en una tarima organizada por la Alcaldía Distrital en la localidad de Las Nieves, en el centro de Bogotá, se decidió a hacerlo. No tienen un horario fijo ni días asignados para el espontáneo espectáculo; ellos lo hacen cuando pueden, cuando lo necesitan, y cuando su grupo está presente en su totalidad para promocionar en la calle algún CD que hayan grabado recientemente. El grupo lo conforman cinco músicos, todos hombres, dos de ellos son estudiantes de música de la Universidad Nacional de Colombia, tienen 23 y 25 años, los otros tres son un poco mayores, entre 30 y 45 años. Además, se encuentra el promotor del grupo, un hombre de aproximadamente unos 50 años.

Ellos, “Juan el Arriero y los Ruan Stars” se acomodan como pueden en el andén de la Séptima. El espacio en el que se ubican, la esquina de la carrera Séptima con calle diecisiete es amplio, por la Séptima hay varios

locales comerciales de todo tipo, restaurantes, venta de accesorios, droguerías, compraventas de joyas, heladerías, etc. También hay vendedores ambulantes de comida, ropa, gorras, lentes de sol, y el periódico; además de distracciones para niños como golosinas, algodones de azúcar, o globos inflados con helio. El grupo se ubica al frente de una compraventa de joyas y artículos electrónicos, pero en el extremo del andén, mirando hacia la calle, que está dividida en dos: la mitad para los peatones que la cruzan a pie, la otra mitad de la calle se encuentra fraccionada con vayas del IDRD (Instituto de Recreación y Deporte de la ciudad de Bogotá) para el paso de bicicletas.

En medio del tumulto de sonidos y personajes, que muy probablemente solo se encuentran juntos en este lugar, los integrantes de la agrupación instalan sus equipos, no dan paso a la improvisación en cuanto al sonido, tienen parlantes, consola mezcladora y cables de audio, también cuentan con buena instrumentación: bajo, guitarra, tiple y una pequeña batería; son cinco músicos en plena Séptima, con ruana y sombrero, prendas tradicionales de la región cundiboyacense. La ruana es un trozo de tela de lana cuadrado con una abertura en la mitad, el sombrero es de paño, esa es una ropa muy adecuada para el clima en el que los conocí, frío, gris y con mucha lluvia.

Los músicos comienzan buscando un buen lugar para situarse, por ello, también me cuentan que llegan muy temprano. El sitio debe tener el espacio suficiente para instalar los equipos, sin que estorben el paso de las personas, o al menos que lo haga muy poco; también debe ser una zona dentro de la Séptima donde se facilite y se permita cierto volumen en el sonido; y, finalmente, debe ser un lugar en donde relativamente no haya músicos, no importa, sin embargo, que haya otros tipos de artistas cerca. Por lo general se hacen cerca del parque Santander, por el número de transeúntes que por allí pasan, incluso, buscan un lugar que sea amplio para poder instalar adecuadamente toda su indumentaria. Se ubican en este sitio los fines de semana porque es cuando más la gente está dispuesta a detenerse, aunque también pueden encontrarse allí algunos días entre semana.

Luego de una que otra prueba de sonido y de la afinación de los instrumentos, empiezan con el requinto de “La cucharita”, canción interpretada por Jorge Veloza, en el año 1979. Puedo entender en su letra, y de lo que cuenta el cantante, que la canción se basa una historia que tuvo lugar en Boyacá, y que cuenta las experiencias de un campesino boyacense que viaja a Bogotá.

Las personas empiezan a reunirse, llegan con una sonrisa, amigos, familias, o transeúntes solitarios despistados atraídos por el sonido. Me parece curioso que al oír la música empiezan a escucharse pequeñas anécdotas familiares que se cuentan las personas reunidas allí, por ejemplo, que los padres de alguien cuando se reunían con la familia tocaban esa canción, o que “cuando estaba en el pueblo eso sí que la ponían”, “su abuelo se la pasaba poniendo eso en el campo”, “mira eso se llama carranga y es música típica”. La gente comienza a bailar, a reír y a murmurar esas anécdotas, y se encuentran con que son comunes con las de otros transeúntes, los abuelos o los padres de muchas personas que estaban allí tienen en común esa música, el ambiente que se vive es de evocación y alegría.

Don Juan es una persona carismática, las personas responden a lo que él solicita: pide una bulla para tocar otra canción, la gente hace bulla; pide que se corran hacia el improvisado escenario para no molestar a los usuarios de la ciclovía, que funciona los fines de semana hasta las dos de la tarde, y la gente se corre.

Sigue interpretando y sigue llegando gente, sin darme cuenta, al voltear a ver la multitud, puedo contar a simple vista de 70 a 90 personas, y permanecen en el lugar hasta 30 minutos, varias de las cuales son personas mayores. De un momento a otro, un señor, de apariencia humilde, pero en vestido de paño, se para en medio del escenario y empieza a bailar carranga, saca a una mujer a bailar, ella accede tímidamente, y todos se emocionan, aplauden, y siguen llegando personas, con su pareja, su amigo o con un desconocido, no importa, lo que importa es bailar. El baile es enérgico, pero lento, las personas hacen pequeños saltos de lado a lado alternando cada pie, en pareja casi siempre, agarrándose de las manos y el hombro o caderas, aunque igualmente se puede bailar solo.

También hay personas jóvenes, la mayoría de ellos acompañados de personas de la misma edad. Kelly es una de las espectadoras del evento, tiene 24 años y me cuenta que va con su novio de 27, él le explica algunas cosas de la música que escuchan, qué notas tocan, o cómo se llama la canción. Ella me cuenta también que no sabe tanto del género, pero igual lo disfruta, a veces dialoga con una mujer al lado de ella, su nombre es María, le comenta que esa es “la música de antes, la buena música” y ella le dice que sí, que a Manuel, su novio también le gusta, al entrevistarla, ella comenta:

Aquí vienen muchas personas, muchas de ellas son artistas y gente que viene a hacer distintas presentaciones. Es un espacio muy chévere porque la gente se anima y se integra mucho, yo la verdad no tengo mucho conocimiento de esta música de carranga pero sé que a muchísima gente le gusta, incluso a muchas personas mayores, que son los que más vienen aquí a bailar y todo, también veo personas de otras nacionalidades, entonces muchos se reúnen en este lugar y la gente trabajadora que está aquí que también se une, por ejemplo, las personas de los puestos ambulantes, varias personas llevan los perros así que el sonido de la música se mezcla con el ladrido de estos, esta vez también salen a bailar personas, pero lo hacen esporádicamente, por dos o tres minutos, y ocurrió poco menos que la primera vez.

Manuel, uno de los espectadores, nos asegura que ya había visto al grupo varias veces y se alegra siempre que los encuentra, saca a bailar a Kelly y ella acepta bastante tímida, bailan muy poco, la gente aplaude y ellos, con una sonrisa, vuelven a su puesto a seguir escuchándolos. Entre tanto, otro de los músicos, uno de los jóvenes, invita a la gente a “echarse una bailadita”, hala a algunas personas, algunas le dicen que no, en un tono amable, otras acceden y bailan un instante. La gente aplaude y disfruta. Vuelve a llover.

Eso sí, siempre está presente la advertencia de cuidar la billetera, la cámara, el celular, y, lo más importante, cuidar a los niños; los fines de semana, las familias suelen salir con sus hijos, por lo que entre el público también había niños, aunque eran pocos, pero siempre acompañados de un adulto. Don Juan insiste: “Por favor, córranse hacia el escenario, porque si no le dan paso a las ciclas nos perjudican y si no les gusta la carranga sigan su camino”. Hay policías alrededor, entiendo el afán de don Juan, si bien los policías no están interfiriendo en el espectáculo, están atentos a que la gente no obstruya el paso de transeúntes y bicicletas por la carrera Séptima, razón por la cual los músicos prefieren emplazarse sobre los andenes y piden constantemente a la gente que se acerque para no obstaculizar el paso. Esta situación también nos la comentaba Kelly:

Cuando hay mucha gente hay que estar precavido cuidando sus cosas, si uno trae su bicicleta cuidarla, o si trae sus cositas procurar guardarlas, porque uno 100 % acá nunca va a estar seguro, porque hay que estar pendiente cuidarse, acá hay ladrones.

El señor Juan Rodríguez, vocalista del grupo nos comenta otra situación:

Nosotros estamos acá en el día, entonces, pues yo pienso que si acá esta la policía al pie de nosotros y vigilando que pasa y, obvio, eso es como en todo Bogotá, hay partes más inseguras que otras pero en sí en todo hay que tener cuidado.

Ya han pasado veinte minutos, nadie parece querer irse pronto, mucho menos don Juan y sus Ruan Stars, aunque se ven cansados. Entre acorde y canto, don Juan les recuerda a las personas que venden CD, enfatiza que son producción propia y que solo cuestan 2000 pesos; señala al promotor del grupo, este alza los CD con el brazo y empieza a caminar entre la multitud, sigue cantando, y las personas tímidamente hablan en voz baja para pedirle al promotor un CD. Ya van 25 minutos de “concierto”, don Juan empieza a cansarse de la garganta, en ese momento, de improvisto, ante él ponen tres botellas de agua: de su grupo una, y dos de la gente que se encuentra allí y que le ofrece, toma un trago de agua y sigue cantando.

Las personas siguen bailando, y siguen corriéndose para dar paso a la ciclovía. Este es un corredor vial adecuado para transportes alternativos, generalmente de bicicletas; están por toda la ciudad y su uso habitual son el deporte y la recreación. En el caso de la Séptima, la ciclovía va desde la 116 hasta la avenida 1.º de Mayo. Don Juan vuelve a hacer el llamado para la compra del CD y la gente sigue comprando, alrededor de unas 35 personas en un tiempo de hora y treinta minutos compran los CD.

Si bien entre el público no se dan charlas constantes, puesto que varias de las personas van acompañadas y otras se dedican a observar el espectáculo, sí existe un intercambio entre las risas, cuando alguno de los integrantes dice algo gracioso el público se ríe, la risa allí es contagiosa.

Las personas piden que canten varias canciones, don Juan pregunta “¿cuál quieren?”, y varios gritan alguna u otra canción, los espectadores hablan entre ellos, con comentarios como “sí, canten la que él dijo, esa canción es bonita”, a lo que los cantantes hacen caso. Antes de cada canción normalmente cuentan una historia, que explica, según ellos, el origen de la canción, la gente se ríe de esas historias, y siguen pidiendo canciones. También comentan acerca del señor bailando, les causa gracia, pero lo animan a que siga bailando.

Don Juan le contó a la audiencia la historia de la canción “Julia, Julia, Julia”, de Los Carrangueros de Ráquira, que a él habían contado una versión de esa canción, acerca de un joven que tenía un camión, visitaba una tienda en la carretera atendida por una muchacha de la cual se enamoró, y con quien decidieron irse a vivir juntos:

Un día fue y le dio tinto, otro día fue y le dio pan, al otro día le dio tamal, y al otro café, y yo no sé qué le dio más porque al quinto día, ya estaban rejuntados y termino ella dándole después cinco chinos.



Imagen 3.2. Músicos callejeros. Fuente: Jorge Moreno Plazas.

Ya a los 35 minutos se empiezan a poner las nubes grises, una gota de agua y luego un chubasco que termina en una fuerte lluvia. La gente se dispersa de inmediato y en ese momento don Juan y sus compañeros corren y se disponen a proteger los equipos de la lluvia. Pido poder hablar con él, y me dice afanado: “En un momento sumercé”. Ya con los instrumentos protegidos se me acerca, hablamos, me regala su último CD, me comenta que, por él, pondría carpa, ¡porque él tiene su carpa!, pero luego afirma que ponerla implicaría dejar de ser artista callejero, y el ser artista callejero es lo que le da la magia a la Séptima: “Es una tarima muy hermosa, acá uno encuentra de todo mundo”, me dice él. Asimismo, muchas personas que lo estaban escuchando aprovecharon para pedirle una tarjeta o un número de contactos. Después de la lluvia, siguen tocando. Cae la tarde, ahora las

personas tienen más espacio para rodear a los músicos debido a que ya se ha acabado el horario de la ciclovía. Alrededor de las tres de la tarde se reúne más público, cuando considera que el cuerpo no les da más y que han tenido una buena ganancia se marchan, prometen volver y para seguir promocionando la música carranguera.

Cuando todo termina, puedo darme cuenta que este espacio genera el encuentro de diferentes personas, de edades y de experiencias, que se intercambian y se enriquecen a través del compartir la música cotidiana del país. Estos espacios generan el contacto con el otro, con el que no se conoce y con el que muy probablemente, en otros escenarios, no se hubiese entablado conversación.

Risas en la calle: artistas callejeros, payasos

David Pérez¹⁰

El centro de Bogotá es el lugar donde habitualmente se puede encontrar la imagen del folclor callejero que tiene como objetivo el entretenimiento del transeúnte. La diversidad y complejidad de sus elementos culturales casi desafía un análisis responsable de la constitución del sociolugar. Nuestro lugar de estudio es el centro de Bogotá, y la actividad a analizar, los artistas payasos que se sitúan en el parque Santander.

Gracias a este tipo de expresiones culturales en las calles de la ciudad surge la interacción entre los sujetos que tratan de hacer reír ofreciendo un espectáculo en pro de un instante de distracción de otros, en el mejor de los casos diversión. El resultado de la observación sistemática será facilitarnos el entendimiento de este “lugar espontáneo” en relación con la actividad misma del artista que lo origina y de sus espectadores. La competencia que se requiere para el entendimiento de tal sociolugar hay que apoyarla a partir de algunas categorías que permitan encontrar qué es el lugar a partir de su actividad: la de los condicionantes espaciales, las reglas tácitas que regulan el comportamiento de los protagonistas y los roles que estos asumen.

Los payasos se sitúan en la carrera Séptima entre calle 13 y 14, lo que se conoce con el marcador espacial *parque Santander*. Un lugar de confluencia masiva, con turistas extranjeros y nacionales. Podríamos decir

10 Estudiante de la Maestría en Educación. Investigador del grupo de estudios, Stoff, entidad Funesid.

que es centro cultural, dado su papel relevante en la historia de la Colonia y porque además posee museos con referentes de culturas precolombinas, sin olvidar las iglesias antiguas que fueron construidas cuando España aún gobernaba la Nueva Granada. Está ubicado nuestro escenario en el puro centro de la ciudad cuya transformación reciente hace que sus actividades sean de índole comercial y cultural, en gran medida por ser un sector completamente peatonal que abarca más de doce calles de distancia y se prolonga a través de la carrera Séptima, la vía más importante de la ciudad.

La posibilidad de los encuentros entre extraños se da por condiciones de un vínculo posible, entre espectadores, que por lo general hacen comentarios sobre la actividad, en este caso, sobre las actuaciones de los payasos. Ante todo, lo que se destaca es que este encuentro se da entre desconocidos que terminan tomando partido y constituyéndose en un elemento interno de la actividad, y no, como suele creerse, un elemento externo; de esta manera, crean el sociolugar.

Los participantes espectadores de este escenario no están estáticamente situados en el lugar, ni su presencia es constante por largos periodos de tiempo. Tiempo que podría establecerse en relación con la jornada laboral, de la cual buscan escabullirse los oficinistas o transeúntes del centro a partir de lo gracioso, la risa, el chiste que generan los payasos.

Los artistas presentan su espectáculo en jornada diurna, desde las once de la mañana, cuando aparecen en escena, hasta las seis de la tarde, salvo ocasiones en que el centro de la ciudad pasa a ser frecuentado por mayor cantidad de personas, particularmente los días viernes y sábados, cuando la jornada se extiende hasta las nueve de la noche. Su actividad de trabajo tiene relación con lo que comercialmente pueda estar demandado por las personas que se acercan a ellos. Para el caso de la mímica, el ofrecimiento que hacen los payasos es permanente, pues en la imitación intentan socializar con los espectadores hasta el punto de quererse tomar una fotografía junto a los artistas.

Ahora, para el caso de la globoflexia (diversidad de formas que le dan a globos con hidrógeno), el ofrecimiento es variable, porque las figuras elaboradas llaman la atención de los niños y provocan que más personas se acerquen para lograr observar, el cómo surge de una tira larga flexible, inflada y de color, una figura que se relaciona con una representación de la realidad de la cual esperan una retribución económica que no todos los espectadores aceptan.

Hay que decir que las actuaciones de los payasos tienen una gran demanda del público que los mantiene trabajando todo el día con presencia de nuevos grupos de transeúntes que se juntan de manera espontánea en distintos momentos para apreciar el espectáculo.

Una observación cuidadosa del programa o rutina que caracteriza este sociolugar público permite identificar algunas reglas implícitas en el lugar. Las reglas devienen de un acto social y comercial. Hay un intercambio de relaciones entre los distintos protagonistas del sociolugar, entre los payasos y sus espectadores, y en relación con la competencia de otros artistas que ocupan espacios aledaños compitiendo por algún dinero que puedan brindar los espectadores de forma voluntaria.

Los patrones del artista están en consonancia con el lugar: el tono de la voz, el movimiento por el espacio, el apoyo que ofrece el mobiliario urbano, como las materas o las bancas del parque, se constituyen en los facilitadores del encuentro aun cuando no hayan sido planificados estos elementos espaciales para tal fin. Son los individuos quienes los transforman para facilitar el encuentro casual.



Imagen 3.3. Risas en la calle. Fuente: Jorge Moreno Plazas.

Desde el papel que desempeñan los protagonistas de este sociolugar se evidencian dos tipos de actores con roles específicos: el del artista, en calidad del

ofrecimiento continuo de un acto que tiene que hacerse visible prestando atención a los aspectos de la situación social que ocurre a su alrededor para abordar sin ningún cuidado a cualquier peatón que identifique como posible cliente, y el del transeúnte o peatón que se precisa como el consumidor nato del acto.

Discotecas ambulantes haciendo uso de vehículos con amplificación en espacios públicos

Kevin Rozo¹¹

En Bogotá es prohibido consumir bebidas alcohólicas en el espacio público, así como poner música a alto volumen en el automóvil. Sin embargo, eso no es impedimento para que cientos de personas diariamente estacionen sus vehículos en las calles de la ciudad, abran la puerta, se bajen y con música de todo tipo a alto volumen empiecen a consumir licor mientras conversan e, incluso, bailan en el andén. Se trata de una práctica socializadora típica de bares y discotecas: un grupo de personas se reúnen con la finalidad de conversar, por lo general entre amigos y conocidos, alrededor del consumo de bebidas alcohólicas mientras escuchan su música favorita. Empero, aquí hay bar sin bar, discoteca sin discoteca, es la situación la que produce el lugar de socialización.

Por su carácter imprevisto, el tiempo y espacio de esta práctica es contingente, indefinido, inesperado. El escenario es itinerante, el carro no se parquea siempre en el mismo lugar, un día puede ser junto a la casa, otro frente al parque de un barrio vecino, no importa, lo decisivo es que la situación motive la socialización. El oferente directo que genera el socio-lugar espontáneo es el dueño del carro, es él quien dispone las condiciones materiales para la socialización. Rápidamente, el espacio público deviene lugar de encuentro, una calle junto al parque o un andén pueden convertirse en un bar o en una discoteca por unas horas, solo hacen falta un par de amigos, unas cervezas y un buen tema de conversación.

En materia temporal, esta es también una práctica que goza de auténtica espontaneidad: puede hacerse en el día o en la noche, un lunes o un viernes, da igual, no es una reunión planeada con anticipación, es la

¹¹ Licenciado en Ciencias Sociales. Profesor ocasional, Universidad Nacional Abierta y a Distancia.

situación la que produce efímeramente el sociolugar. Basta llegar en el carro al vecindario y encontrarse con algún conocido para que la socialización inicie. Fernando Murillo comparte su experiencia:

No es que uno saque el carro para tomar: “saquemos el carro porque vamos a tomar”, no, eso es una babosada, porque primero que todo el que va manejando no toma entonces ahí ya va todo mal. Es más que usted termina una actividad en la que lleva el carro, digamos, termina de trabajar y llego al punto de reunión del barrio, usted parqueó el carro y ya, se empieza a tomar y hablar. Es algo mucho más espontáneo, en cambio cuando usted va a un bar generalmente planea la salida y cuadra quién va a ir; en cambio cuando usted toma en el carro es que usted llega a un lado y con los que están ahí empieza todo. (Entrevista realizada a Fernando Murillo).

Una reunión puede durar una hora, toda la mañana o la noche entera. Al no tratarse de una práctica previamente calculada, la duración de los encuentros es hartó flexible, en la mayoría de los casos dependerá del grado de comodidad en que se encuentren los integrantes durante la socialización, de la disposición del dueño del carro para ofrecer su vehículo, de las obligaciones personales de cada uno de los participantes, o de la cantidad de dinero con que cuenta cada uno en el acto para poder seguir comprando licor.

No hay un solo pretexto para los encuentros, todo depende de la situación. Por ejemplo, si un grupo de amigos pacta reunirse para jugar un partido de fútbol con otro equipo es común que alguno de los miembros del grupo lleve su carro para desplazarse y, sin esperarlo, al final del encuentro deportivo su vehículo devenga discoteca ambulante. Así, entonces, el pretexto de la socialización, en este caso, es el partido de fútbol, el grupo se reúne inicialmente para jugar, pero termina desarrollando otra actividad en el espacio público. El pretexto del encuentro opera como un eje de socialización y fuente generadora de temas de conversación: si el pretexto fue un partido de fútbol se hablará, sobre todo, de los avatares del partido, de lo mal que pitó el árbitro, de lo bien que se jugó, etc.

Los domingos cuando vamos a jugar fútbol, después de jugar uno de pronto se toma algo. Vamos varios en un mismo carro, entonces, vamos jugamos y luego uno hace el llamado “tercer tiempo”,

uno pone música en el carro, se abren las puertas y uno toma abajo del carro. (Entrevista realizada a Carlos Lozada).

Ahora bien, es preciso señalar que una práctica como esta puede haber sido enteramente espontánea en el momento originario; empero, con el tiempo, si el llamado “tercer tiempo” de los partidos de fútbol se vuelve una costumbre puede disminuir su espontaneidad inicial, se rutiniza: cada vez que Fernando va a jugar un partido de fútbol con sus amigos, sabe muy bien, en el fondo, que terminarán conversando y bebiendo cerveza alrededor del carro que uno de sus amigos parquearán en una esquina del parque.

Sin embargo, el “tercer tiempo” de los partidos de fútbol nunca es igual, siempre está sujeto a contingencias, Fernando relata que es común tomar en el carro con personas desconocidas, sobre todo, los jugadores de los equipos que acaban de enfrentar, dando lugar a nuevas interacciones y, eventualmente, amistades. Es típico que los jugadores rivales vayan acompañados de familiares y amigos, con ellos también se establece contacto ampliando el espectro de socialización, se producen así charlas inesperadas con personas impensadas.

También a veces pasa que en el caso del fútbol uno acaba de jugar y se toma una cerveza con los jugadores del otro equipo así sean desconocidos y uno charla del partido y de otras cosas. Ya después de que uno hace como la integración uno empieza a conocer nueva gente y a la vez cada quien tiene como sus amigos y conocidos y uno va hablando con todo mundo. (Entrevista realizada a Fernando Murillo).

En los encuentros en el barrio, rara vez hay un pretexto definido, se trata de un interés espontáneo por conversar con un semejante. Por ejemplo, cuando Fernando va llegando a su casa ubicada en el barrio Villa Mayor la Nueva, al sur de Bogotá, y se encuentra con un amigo que viene en su carro, se saludan y empiezan, sin planearlo, a socializar en el espacio público. Ya no hay un tema específico generador de conversación, como no hay un pretexto definido se puede hablar de la rutina de cada uno: “¿Qué tal estuvo el almuerzo con sus papás?”, “¿cómo le ha ido con su nueva novia?”, del trabajo, “¿cómo le fue al fin con su jefe?”, “¿cuándo le pagan?”, el estudio, “¿cómo va la universidad?”, “¿qué tal va esa tesis?”, los equipos de fútbol, “¿qué tal el partidazo del Cali contra Millonarios?”, entre otros.

Como lugar socializador, la discoteca ambulante es, ante todo, un asunto colectivo. Rara vez el dueño del carro estaciona su vehículo en la calle, abre las puertas, sube el volumen, baja del carro y bebe a solas hasta el amanecer. Esta es una práctica donde es indispensable sentirse acompañado, es una práctica socializadora. En materia de género, Fernando siempre toma en el espacio público acompañado de grupos de hombres, sus amigos; sin embargo, eventualmente, algunas mujeres se suman a la charla diversificando los sujetos típicamente masculinos asociados a esta práctica. Según Fernando:

Ahí tomamos hombres, generalmente el grupo de amigos, pero también a veces hay mujeres, amigas que van llegando y se toman una cerveza y charlan con uno. (Entrevista realizada a Fernando Murillo).

Las discotecas ambulantes cuentan con un cuerpo de reglas implícitas que organizan la interacción. Algunas de estas reglas operan como una suerte de interpretación flexible de las normas sociales ya existentes: si en la ciudad es prohibido poner música a alto volumen, los actores procuran no poner la música “tan” alto; si en la ciudad es prohibido consumir alcohol cuando se conduce, los actores intentan consumir “poco” alcohol. Se violan las normas levemente con la idea de que esto disminuye la gravedad de la infracción y, además, le restituye un poco de legitimidad a la práctica. Cuando están tomando en la calle, Fernando y sus amigos procuran poner la música del carro a un volumen moderado, de modo tal que los vecinos del sector no se molesten y terminen llamando a la policía. Generalmente, el dueño del carro no toma, a lo sumo, consume una o dos cervezas bajo la suposición de que la bebida no alterará sus cualidades en el volante ya que se encuentra, casi siempre, cerca de la casa y, por efecto, el trayecto es corto y carente de tráfico vehicular, lo que disminuye el potencial peligro. Según Fernando:

Generalmente el dueño del carro no toma casi, se toma por ahí una o dos y ya, pero pues igualmente como están es al lado de la casa no hay lio porque es solo entrar el carro ahí no más. (Entrevista realizada a Fernando Murillo).

Las discotecas ambulantes generan sensación de seguridad en sus participantes pues, pese a estar ubicadas en el espacio público al margen de dispositivos de vigilancia, se ponen en acción en lugares ampliamente conocidos por los protagonistas. Fernando resalta que nunca parquean

el carro en un lugar desconocido pues temen ser víctimas de un robo o cualquier otro crimen. En contraste, siempre toman en calles aledañas a sus casas o tiendas visitadas antes, donde se sientan con confianza y comodidad.

Uno se siente muy seguro porque es sobre todo en el barrio, usted está al lado de la casa, entonces no hay como tanta vaina como en un bar, usted está como todo encerrado en un bar, además es más caro, entonces por eso es como mejor uno tomar ahí en la calle cerca a la casa. Obviamente eso solo uno lo hace en lugares conocidos, cerca a la casa o la de un amigo, o frente a una tienda conocida, porque si uno está por ahí en un lugar bien peligroso y uno con el carro ahí todo abierto lo pueden estar robando. (Entrevista realizada a Fernando Murillo).

Al ser una práctica prohibida por la ley, el consumo de licor en el espacio público es una actividad en la que sus participantes siempre están sujetos a pasar, de un momento a otro, del placer de estar conversando tranquilamente con sus amigos a la amargura de ser sancionados por un agente de policía. Fernando ha vivido esta experiencia en varias ocasiones; sin embargo, resalta que rara vez el llamado de atención del policía se materializa en una sanción concreta, el agente indica el carácter incorrecto de la práctica y los protagonistas se van para sus casas o para otra parte sin mayores conflictos

Hemos tenido problemas con la policía pues porque obviamente en la calle no se puede tomar, está prohibido. Pero pues tampoco es que a uno le pongan partes de una vez o algo por el estilo, la policía generalmente le dice a uno que eso no se puede hacer ahí y uno se entra y se va. (Entrevista realizada a Fernando Murillo).

Fernando legitima su práctica resaltando que el modo en que ellos beben y conversan en el espacio público no afecta la convivencia con las demás personas, el volumen de la música es moderado y nunca realizan escándalos o peleas. No obstante, reconoce que es una práctica ilegal y prefiere que así continúe siendo, pues, de lo contrario, puede que la gente abuse de la norma y hagan de las discotecas ambulantes verdaderas fuentes de conflicto e incomodidad para las personas del sector. En sus palabras:

Yo creo que igual todo esto es una cuestión de cultura ciudadana porque finalmente si uno se toma aquí afuera una cerveza, hace un poco de ruido un rato y ya, pero pues es mejor que siga siendo prohibido

porque si se permite eso es un problema porque la gente es muy desordenada, si uno vuelve eso legal todo mundo hace lo que se le da la gana, entonces ahí sí se vuelve más difícil de controlar, porque imagínese, si ahora no es legal y todo mundo lo hace, imagínese si fuera legal. Sinceramente, hay que ser consciente de que lo que uno hace no está bien, pero uno hace las cosas con un volumen moderado, sin gran escándalo. (Entrevista realizada a Fernando Murillo).

Con todo, las discotecas ambulantes desplazan el ocio del espacio privado al espacio público, son fuente de socialización espontánea entre amigos y a veces entre desconocidos, promueven la interacción con nuevas personas, generan sentidos de seguridad y confortabilidad en la calle y hacen del espacio público, efímeramente, un lugar formidable para el encuentro y el esparcimiento.

Estatua humana

Carolina Ariza¹²

Inicialmente, la jornada de los diferentes espectáculos que se pueden encontrar en el centro de Bogotá comienza a las 8 de la mañana todos los días. Por la carrera Séptima se sitúan varios artistas callejeros, entre ellos unos de los más notables son las estatuas humanas. Durante el recorrido, se pueden apreciar distintos personajes de películas como monstruos o robots, réplicas de monumentos griegos, cantantes, actores, criaturas fantásticas etc. Se sitúan un tanto alejadas unas de las otras, algunas se hacen en el andén, cerca de algún negocio como un supermercado o centro comercial.

Este acto consiste en que una persona se asemeje a una estatua estándose inmóvil hasta que otra persona deposite dinero en el lugar donde el artista asigne para ello, cuando esto pasa la estatua humana se puede mover, ya sea para asustar al transeúnte que da el dinero, en el caso de una estatua humana de temática terrorífica, o para realizar algún otro movimiento que sorprenda al mismo, como cantar o bailar, dependiendo de la temática de la

12 Licenciada en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales. Docente titular del Colegio de la Inmaculada Concepción.

estatua. Pude ver en especial muchas personas que asumían este espectáculo artístico, era el que se distinguía por la calle y el más variado en sus personajes y *shows*.

Buscando alguna persona con quien pudiese conversar respecto a este espacio, me cruce con don Darío, en la carrera Séptima con calle catorce, cerca al parque Santander. Este parque cuenta con una fuente y múltiples mobiliarios urbanos, como árboles y sillas en los que los transeúntes se sientan y conversan; hay presencia de vendedores ambulantes en cercanías del parque. Al estar situado en el centro de Bogotá, sobre la carrera Séptima y al estar ubicados en su costado oriente y sur el Museo del Oro y el edificio del Banco de la República, respectivamente, se configura como un lugar donde transitan varias personas: caminando o paseando con la familia por la ciclovía dispuesta en la carrera Séptima. Este trayecto hace parte de la trama de corredores dispuestos los fines de semana para el tránsito de personas en bicicleta y patines, con el fin de promover el deporte y la recreación en la ciudad.

Don Darío cuenta que hace diecinueve años lleva practicando el estatuismo y que “siempre ha sido algo que a las personas les ha gustado desde los niños hasta los viejitos les atraen esto”. Se puede ver que lleva consigo todo lo necesario para realizar esta práctica, aclara que para dicha labor es necesario cambiar constantemente de posición para no tener ningún problema como dolor o calambres.

El señor Darío se ubica en el andén de la carrera Séptima, a una cuadra del parque Santander, la cual se encuentra peatonalizada desde la plaza de Bolívar hasta la calle 21. Su personaje en esta ocasión es un músico llanero¹³, su ropa es sencilla: un pantalón, una camisa de algodón y un sombrero, todo blanco, y que combinó con la pintura del mismo color que aplica en su cuerpo.

Este sector es importante, porque aparte de tener un fin recreativo los fines de semana, de lunes a viernes también es un lugar de gran tránsito de personas, puesto que se ubica cerca de sitios como la Cámara de Comercio de Bogotá. En horas de la mañana, cuando el artista se ubica, empieza su acto, trata de estar en cada momento lo más quieto que pueda, en las

13 Al decir “hombre llanero”, se hace referencia al vestuario y costumbres típicas de los habitantes de los llanos orientales colombo-venezolanos, al suroriente del país. La vestimenta del personaje consiste en ropa asociada al campesino de esta región, el músico llanero tiene estas características y se le suma que interpreta joropo, un género característico de esa región del país.

primeras dos horas se detiene poca gente, alguna que otra persona le da una moneda y sigue su camino, luego empieza a aglomerarse un poco más de personas, hasta las 2 de la tarde, el público del espectáculo varía entre dos y siete personas. Normalmente, lo que sucede es que con una persona que se detenga a depositar una moneda en la alcancía del “hombre llanero” llegan más transeúntes, a detenerse y ver cómo será su movimiento. Don Darío, al ver que depositan el dinero, empieza a mover las maracas y bailar un poco de joropo, género musical y baile tradicional de los llanos rurales venezolanos y colombianos que usa instrumentos como las maracas, el arpa llanera, el tiple, la guitarra, el bajo y la tambora; la gente le aplaude y siguen su camino.

Las maracas son un instrumento musical de percusión constituido por un cuenco vacío lleno de piedras o granos como el arroz y atravesado por una vara de madera como mango. Don Darío también usa una alcancía que ubica aproximadamente a medio metro de él, se para en un cajón y queda inmóvil en una posición que asemeja estar interpretando música. Se ubica en este lugar por gusto y porque afirma que pasa mucha gente, se va a su hogar a las seis de la tarde todos los días. También dice que normalmente, para tener diferentes escenarios, con ayuda de algunas personas que lo organizan a él y a otros artistas, van variando el espacio en el que se ubica con otras estatuas humanas.

La estatua asume una posición amable, que genera cierta empatía hacia el espectador. Recuerda mucho las estatuas de los municipios referentes a los campesinos y a esos antepasados que la mayoría de bogotanos suele tener al ser una ciudad configurada por migrantes de múltiples regiones del país.

En el espectáculo me pude percatar de que los que más se acercan a ver, y los que más insisten en darle alguna moneda en muchas ocasiones son los niños. La estatua de repente los saluda y comienzan a bailar, los niños se quedan más tiempo viéndola, mientras les preguntan a sus padres cómo hacen para quedarse tan quietos. Algo esencial dentro del acto del estatuismo callejero es la sorpresa ante el movimiento de la estatua, cuando se mueve, no se mueve lentamente, al recibir algo de dinero se mueve violentamente generando una sorpresa en el espectador, pero es una sorpresa, por lo general, bien aceptada, recibida con una sonrisa. El acto callejero ofrece entretenimiento

a los niños a un costo que los padres pueden pagar, lo que ayuda y alienta la relación entre esos padres y sus hijos, y brinda un entretenimiento de tipo familiar, abierto a todas las personas y en el espacio público.

En realidad, en las horas de la mañana, las personas no se quedaban mucho tiempo observando el espectáculo, duraban allí alrededor de tres a cinco minutos durante todo el acto, y los que más duraban iban con niños, como lo decía el señor José Luis, que iba con su hija:

Para uno pues que viene al centro ya se vuelve como parte del paisaje verlos a ellos ahí parados y es chévere, pero digamos para mi hija no es algo tan cotidiano entonces ella sí es feliz viéndolos y hasta los toca a ver qué hacen, a mí me da pena porque uno no sabe van se pongan bravos pero son amables con los niños que la sonrisa, que la mueca les dan la mano hasta una foto a veces también, entonces pues es algo bonito en vez de ver tanto carro y trancón que había antes por acá. (Entrevista realizada a Caipa).

Dentro del espectáculo, muchas veces, don Darío le da la mano a las personas que asisten a ver su *show* por un momento, se le acercan y sonríen. Muchas personas se toman fotografías con la estatua humana, algunos piden el favor a sus acompañantes, pero otros tienen la confianza para pedirle a desconocidos que ven la estatua que les tomen una foto; por unos momentos prestan su cámara sin ningún tipo de desconfianza. Estos episodios evidencian un rompimiento de las dinámicas de socialización normalmente asociadas con la ciudad, como la desconfianza hacia los extraños. Estar reunidos por un mismo objetivo, observar al artista, genera lazos de confianza no fácilmente tejidos entre la población urbana bogotana, sobre todo en el sector del centro de la ciudad, caracterizado por un imaginario de inseguridad.

La mayoría de personas que se acercan al espectáculo vienen en compañía, aunque no siempre en grupos grandes, pero también se acercan personas que están solas. Algunos espectadores charlan con otros brevemente, hablan de lo difícil de hacer eso, o se preguntan si no quedarán adoloridos después de toda la jornada. Una de las personas que se acercó a ver a don Darío, al parecer ya lo conocía, lo saludó y le dejó algo de dinero. Al conversar con él, me contó que así como habían transeúntes que no volvía a ver, había personas que se volvían amigos de él, y que lo conocieron gracias a su trabajo:

Hay veces el transeúnte de paso, pero hay que persona, que, digámoslo así, por decirlo en este sector lo visitan todos los días o todos los fines de semana y prácticamente uno ya se hace conocido de esa persona y va uno como generando una amistad. (Entrevista realizada a Darío).

También se le acercan vendedores del sector y trabajadores, hablan con él, le preguntan cómo ha estado, y hablan de algún tema que anteriormente habían tocado. Esto lo hacen en los minutos que don Darío descansa; luego, vuelve a su posición. Llegan las personas esporádicamente, se toman algunas fotos con él, por lo general, jóvenes que van acompañados y quieren un recuerdo con la estatua, después, siguen su camino. También veo que se acercan considerablemente las personas extranjeras, bien sea solos o acompañados, cuando lo hacen de esta última forma, sus compañeros insisten en que vea el espectáculo para que conozca los diferentes actos artísticos que puede encontrarse en este sector, ellos también reaccionan de una manera alegre frente a lo que hace la estatua humana, y se presenta así una excusa para que sus acompañantes le cuenten sobre la música llanera. La duración del movimiento cuando alguien le da dinero es de aproximadamente un minuto, la gente aplaude o señala el pulgar hacia arriba y se marcha.

Al llegar el mediodía, aproximadamente a las 12:30 de la tarde, don Darío se detiene para almorzar, lo hace acompañado de algunas de las personas que se encuentran allí, almuerza un poco rápido para seguir, y descansar. No le da desconfianza dejar el dinero en la alcancía, sabe que nadie se acercará a tomarlo, primero, porque la gente lo conoce y, segundo, porque hay policía cerca.

La frecuencia con que una persona se detiene a observar es variada, José Luis va con su hija de seis años, él decía que muchas veces había pasado por el lugar, pero no se había detenido a ver la estatua, aunque veía que siempre había una que otra persona que lo hacía. También afirma sentirse más seguro viendo a este artista callejero en específico que a otros espectáculos:

Este es corto, él se mueve, hace su baile, pero es algo más bien rápido lo que me parece bueno es que no se acumula tanta gente. Hay músicos o bailarines que son bien llamativos pero es que la cosa ahí, es que como son llamativos, pues llega mucha gente a verlos y a uno le da como inseguridad porque empieza a pensar en los bolsillos, en la billetera, en todo, porque cuando hay mucha gente pues la verdad es

que no falta el ladrón y es mejor curarse en salud, acá no se aglomera tanto gentido [sic] y es rápido [risas]. (Entrevista a don José Luis).

Después de la 1:00 p. m., el número de personas que llegan a este lugar comienza a disminuir. Ahora se detienen aproximadamente dos o tres personas cada tres o cuatro minutos. Don Darío me dice que también trabaja a veces con “Carlos Vives”, otra estatua humana que se acomoda cerca de la plaza de Bolívar, en la esquina de la Casa del Florero en la carrera 7 con calle 10. En este lugar, se presenta una combinación de arquitectura colonial, museos y casas culturales, que generan un punto turístico importante en Bogotá, sobre todo los fines de semana, además de constituirse como centro político, social y religioso de la ciudad. El señor Darío se dirige a este lugar donde se encuentra con la otra estatua humana, conversan un momento y luego él me saluda y cambian de personaje. Ya no es un hombre llanero con maracas, ahora se convierte en el acordeonero de Carlos Vives, este lleva una grabadora de pilas, se paran los dos en un banco, cuando unas personas que iban por allí se detienen a darles una moneda, suena la grabadora, mientras uno hace la imitación de una canción de Carlos Vives, “La tierra del olvido”, don Darío imita el tocar de un acordeón, a la gente le gusta el espectáculo, lo observan y aplauden.

Al ser estatuas móviles, cantantes, bailan con la música e interactúan con el público sin necesidad del aporte monetario voluntario. Aquí se puede apreciar una mayor interacción con el público, es un *show* más sonoro y estridente, atrae a más personas, si se sienten relacionadas con la canción o el artista imitado, o así sea por la nostalgia generada por la canción, un clásico de la música pop colombiana de los noventa, o por simple curiosidad. La interacción entre el público y los artistas es mayor por medio de la música.

Siguen llegando las personas y se acomodan para verlos. Una señora que está entre el público afirma que es “interesante y entretiene a la gente”. En este espectáculo tampoco hay mucha interacción verbal entre las personas, no hablan mucho, conversan espontáneamente entre los conocidos, y esto teniendo en cuenta que las canciones duran aproximadamente cinco minutos y cantan de a dos. Lo que sí hay en simultáneo entre la agrupación de personas, es una reciprocidad entre las sonrisas, las risas, y los aplausos, junto con algunos chiflidos de exclamación, a lo que la gente responde riéndose.

Ahora, estos grupos de personas se forman alrededor de cada quince minutos y duran aproximadamente unos 15 minutos también. Las personas procuran darle paso a los transeúntes para que puedan caminar y seguir por

la carrera Séptima, por ello los artistas se ubican en el sendero peatonal cerca de alguna pared, esto también obedece a evitar altercados con la policía, ya que, si entorpecen el paso, las autoridades pueden pedirles que se retiren por obstrucción de la vía pública. Los espectadores también buscan esto, por lo que se hacen cerca del artista. Asimismo, las personas que pasan por allí evitan estorbar si alguna otra persona filma o toma fotografías del acto. Todos procuran no acercarse mucho al artista ni rozar la estructura en la que se encuentra para evitar que este tenga algún accidente.

Los artistas toman dos descansos de 10 minutos y vuelven a empezar su espectáculo. A medida que va cayendo la tarde, el flujo de personas que se detienen a observar disminuye. A las 5:00 p. m., las dos estatuas humanas deciden terminar el espectáculo, abren la alcancía que habían puesto para ambos y reparten el dinero, esto lo hacen ya en la esquina de un andén, cada uno recoge su indumentaria se despiden y se dirigen a sus hogares.



Imagen 3.4. Estatua. Fuente: Jorge Moreno Plazas.

Este evento brinda una posibilidad de entretenimiento, de dispersión, a las personas que se alegran saludan y toman fotos por unas pocas monedas. También trae recuerdos a las personas, como alguna película

que les gustó mucho, y que trajeron a su memoria gracias al personaje de la estatua humana, o alguna canción o cantante. Este espacio brinda a las personas encuentro y disfrute del espacio público en la ciudad.

Juegos con animales: los cuyes

David Pérez¹⁴

Ya no conocemos el uso que puede tener una calle, hasta que no estamos en relación directa con una actividad en el espacio público. Nunca antes pudimos ver los bordes de los andenes como delimitadores de escenarios simbólicamente demarcados, “cebras” como parte locativa de un lugar y semáforos como constitutivo de prácticas rutinarias que no se relacionan necesariamente con la movilidad de los vehículos. En las vivencias que pueden circular por el centro de la ciudad, encontramos la transacción de una posible ganancia ocasional —apuesta— y la curiosidad que puede provocar un roedor. Un juego de roedores propios de la cultura del departamento de Nariño (Colombia), amaestrados de alguna manera para que adopte en la posible simulación, su esencia natural: encontrar un lugar donde estar, oscuro como si fuese un asunto de ocultarse; este escenario facilita una transacción social en el espacio público del centro de Bogotá.

Pretendo “capturar” en esta narrativa la experiencia que se deriva de la exhibición de la competencia de los cuyes. Roedores que inspiran desprecio, agrado, o ternura para el espectador, y oportunidad de ganancia económica principalmente para su adiestrador. La provocación no distingue la edad de las personas; participan niños, jóvenes, adultos y ancianos, todos con un propósito unido y diferenciado, observar al cuy, pero también la posibilidad de tener una ganancia ocasional, si adivinan cuál será el lugar del roedor en la meta. Mientras sucede esto, la misma curiosidad de los desconocidos provoca una conversación momentánea: saber cuál es el patrón o la especificidad del animal en cuestión. La conversación se centra en lo que el supuesto juego pone en marcha. Por lo demás, los encuentros sociales duran mientras el juego esté vigente, luego desaparecen.

14 Estudiante de la Maestría en Educación. Investigador del grupo de estudios Stoff, entidad Funesid.

En la existencia del espacio diferenciado, limitado y demarcado simbólicamente por lo que constituye, la acera en la calle y el referente de los edificios que se encuentran a su alrededor, un individuo alienta la transacción de una apuesta por parte de los transeúntes que comienzan a aglutinarse alrededor de la competencia, por saber cómo actuará el cuy, cuál llegará primero. El juego consiste en que, al encontrar un circuito elaborado, se espera que el trayecto de un cuy hacia recipientes adaptados con una entrada sea lo que determine la meta y posibilite una ganancia y, a la vez, en su trayecto, observar la actuación del cuy como parte de lo inconmensurable y la incógnita de la naturaleza del animal. El movimiento y la búsqueda del cuy de un lugar donde resguardarse es lo que hace que la gente se aglomere de cierta manera en el espacio. Parece ser una nueva manera de cerrar el espacio, de determinar un límite entre distintos actores que ofrecen algún entretenimiento o diversión.

El espacio nos ofrece constantemente un rumbo sobre la variación entretenida del acto. El cuy es nuestro oferente y su variación es lo que posibilita, si hemos de quedarnos cierto tiempo en la dinámica, observando los diferentes comportamientos. Nunca es el mismo lugar de meta del cuy, como es referenciado por el portavoz del acto. Ante todo, piénsese que es un espacio cargado de condiciones del azar y la apuesta, por lo cual la seguridad en los cuyes y el portavoz es clara.

Si ha de ser un viaje ruidoso para nuestro oferente, se debe a la agitación que propende la temporalidad espacial. La protección para los roedores es continua, si existe la posibilidad de lluvia, inmediatamente han de trasladarlos a un lugar seco, y no permitir que se mojen en lo más mínimo. Ahora, la duración de la actividad no supera las ocho horas y constantemente hay que alimentarlos con algún tipo de legumbre. La temporalidad de la escena es en el día, la noche no permite que los roedores desarrollen su dinámica animal, sabemos esto por conversar con el portavoz.

En cuanto al acto mismo del oferente se disuelve en muy corto tiempo, no es más de un minuto que se demora en recorrer aproximadamente cinco metros y pasar a resguardarse. El resguardarse en la caja-meta parece ser la homologación de las grutas que le sirvieron de protección como parte de su desarrollo etológico al cuy en su proceso evolutivo. No hay entrada menos usada, durante el juego, no hay cuy que se incline por la selección específica del recipiente donde se adentrará por la sombra. No

sabemos si es el rincón de preferencia que cambia según el ruido de los observadores, que, entre murmullos sobre la observación acerca del roedor, provocan extrañeza o condicionan la selección del recinto, donde permanecerá hasta que el portavoz recoja las ganancias de la apuesta. La apuesta está dada a que, si no hay un ganador, el portavoz tomará todas las inversiones dejadas encima de la gruta homologada. Cada homologación lleva consigo un número que permite distinguir al participante y su inversión.

Por cierto, y, a decir verdad, no es la apuesta el máximo esplendor del acto que tiene diez minutos de duración. Pues primero el portavoz, al buscar la manutención del espacio, hace notar el nombre del cuy, de los cuyes que tiene en su escenario, los cuales protagonizarán la función. Las reglas del juego no permiten intento de confusión. Son enunciadas de manera continua y constante por el director del juego. La referencia está indicada: donde el cuy se resguarde, donde entre, ese será el número ganador. Profesa que ningún cuy tiene preferencia o que algún cuy ingrese dos veces al mismo lugar. Explica que la apuesta se determina por el número de selección del participante y que, según la inversión, el logro de la ganancia sería hasta cinco veces el valor de la inversión.

Ahora, las reglas que regulan el sociolugar incluyen no incomodar a los cuyes y dar el espacio suficiente para que no se sientan acorralados. Reglas que no es necesario enunciarse, y que, podrían ser tácitas por las técnicas del cuerpo del portavoz, por las sutiles inferencias que fácilmente puede hacer el participante. Dejar que los roedores se desenvuelvan libremente, sin condicionar por ruido su rumbo, es decir, se trata de no intentar influir con el sonido del habla al roedor, es lo que se convierte en la acción que provoca el comentario con el desconocido o con el acompañante del observador.

Podemos ahora entender la confluencia de roles en el espacio que ha sido constituido como el lugar de juego de los cuyes. Los roles están en consideración al oferente. Nuestro oferente, que es el que propicia todo el ejercicio de la transacción social, es el cuy, como ya habíamos designado. Ahora, gracias a ello, el poder de difusión, el provocador del llamado a la participación será el portavoz. Como agente de difusión, el portavoz es el encargado de administrar el juego. El agente de seguridad sería un rol que existe en el lugar, aunque no sea muy claro de poder visualizarlo, hasta que exista la interferencia con la función del espectáculo, que lo haga entrar en la escena. Este rol lo encontramos en el momento en que la observación del lugar necesita de imágenes, para una mayor

clarificación. Además, y en consideración a que todo espectáculo tiene espectadores, encontramos dos tipos. Los observadores, transeúntes que usualmente van acompañados y que intercambian palabras entre sí o con desconocidos, con lo que confiere a un comentario sobre el juego o el cuy. Y, por otro lado, los participantes, que ascienden del rol de observadores a participantes en el juego, cuyo interés ya no está ligado a la admiración, podríamos decir, del cuy en su manera de moverse o lo que este incite, sino a lo que pueda posibilitar una ganancia por el trayecto y la selección de la gruta de homologación numerada que ha de tomar el roedor.



Imagen 3.5. Juegos con animales: los cuyes. Fuente: David Pérez.

El protagonista principal es el que asume el rol de portavoz o director del sociolugar, con comentarios sobre la facilidad de ganar y de explicar el porqué de las selecciones de los cuyes, algo que nunca es clarificado por el portavoz en las posibles conversaciones que tiene con participantes, por supuesto es su principal secreto, que le hace obtener sus ganancias. Por

lo general la “gente” toma el dinero, si gana y se va, sin preguntas, otros apuestan por la curiosidad de encontrar alguna trampa, o descubrir el mecanismo de aprendizaje con que fueron condicionados los animales.

Sin embargo, para la mayoría de los espectadores importa poco saber la dinámica del juego, prima el interés por interactuar con el espacio. Porque el misterio que encierra el juego no tiene que ver con la apuesta, sino con el espacio que dentro del circuito toma al jugar antes de volver a repetir el trayecto y con la posibilidad de hacer parte de un grupo que sostiene una dinámica social, el sociolugar público.

La venta nocturna ambulante de tintos

Kevin Rozo¹⁵

Las ventas ambulantes¹⁶ son objeto de controversia por parte de diferentes sectores sociales. Quienes las critican aseguran que “invaden” el espacio público y evaden impuestos; quienes las defienden afirman que es la única forma de sobrevivir de muchas familias pobres de la ciudad. No obstante, aquí se hablará exclusivamente del potencial socializador que tiene este tipo de ventas en el espacio público, en particular, se presenta un caso de comercialización nocturna ambulante de tintos¹⁷ a conductores de taxi.

El puesto de tinto está ubicado en la avenida de las Américas con carrera 69, al occidente de la ciudad de Bogotá. En la esquina, se ubica todas las noches Gabriela, una mujer de treinta y seis años que vende tinto, aromática, cigarrillos, empanadas¹⁸ y algunos productos empaquetados. Su oferta está dirigida a los taxistas que trabajan en jornada nocturna. Es común encontrar una fila de dos a cinco taxis en la calle junto al puesto de Gabriela.

El puesto se sitúa en un lugar estratégico, ya que se encuentra junto a la estación de Transmilenio Marsella. Esa esquina es, además, el principal

15 Licenciado en Ciencias Sociales. Profesor ocasional, Universidad Nacional Abierta y a Distancia.

16 Venta de productos en el espacio público sin pago de impuestos.

17 En Bogotá, se le denomina tinto al café preparado con agua.

18 Pastel en forma de media luna relleno de ingredientes salados como carne, pollo, papa arroz, que se fríe en abundante aceite.

paradero de los bicitaxis que operan en el sector. Varios bicitaxistas¹⁹ hacen fila junto al puente de la estación de Transmilenio en espera de pasajeros. Igualmente, los taxistas se parquean en fila en ese sitio para aprovechar la afluencia de transeúntes y conseguir nuevas carreras. Paralelamente, los residentes del sector siempre que van a tomar un taxi procuran salir a esta esquina, ya es una costumbre. Pese a que en la noche y en la madrugada la circulación de personas disminuye en el sector, según los taxistas, este sigue siendo un buen punto para conseguir carreras mientras se toma el tinto. En palabras de Gabriela:

Yo trabajo en esta esquina porque aquí salen varias carreras para los taxistas, aquí les sale mucho trabajo, entonces ellos mientras van esperando que salga alguna carrera van tomando tinto. (Entrevista realizada a Gabriela, vendedora de tintos).

El puesto de tinto se ubica justo debajo del bombillo del poste del alumbrado público, ya que no cuenta con luz propia (a diferencia de algunos puestos de ventas ambulantes de Bogotá que sí tienen un bombillo propio). El mobiliario del puesto es una pequeña cesta con ruedas que almacena los productos y sostiene una sombrilla que protege de la lluvia y el viento. Además, Gabriela cuenta con una pequeña butaca donde se sienta y aprovecha el poste más cercano como espaldar improvisado.

Gabriela trabaja todas las noches de la semana: de lunes a jueves de 7:00 p. m. a 1:00 a. m., y de viernes a domingo de 7:00 p. m. a 3:00 a. m. Los fines de semana, extiende un poco su jornada de trabajo, debido a que asegura que las personas suelen salir a bailar y beber hasta el amanecer y, por ello, los taxistas trabajan hasta más tarde. Gabriela ajusta su oferta a la demanda.

En la venta nocturna ambulante de tintos se pueden identificar claramente dos roles: la vendedora (Gabriela) y los consumidores, en su mayoría taxistas que trabajan en la jornada de la noche. El papel de la vendedora consiste en ofrecer los productos de manera amable y, eventualmente, sostener cortas conversaciones con los clientes, estos dos elementos constituyen lo que ella misma denomina “buena atención al cliente”. Esta es

19 Conductores de bicitaxi, un vehículo destinado al transporte de pasajeros y construido bajo el principio de la bicicleta, accionado con tracción humana, con una capacidad de dos pasajeros adultos sentados y su conductor. Los bicitaxis cubren distancias cortas, sobre todo al interior de los barrios.

una estrategia para garantizar la “fidelidad” de la clientela, dado que, según Gabriela, a los taxistas les gusta mucho ir a su puesto de tintos, sobre todo, por la “buena atención” que ella les brinda.

Los clientes que vienen acá son sobre todo taxistas. Generalmente, ya vienen taxistas conocidos, aunque también se ven nuevos. A ellos les gusta venir a tomar tinto acá por la atención y la charla. Uno les pregunta cómo les ha ido, cómo está el trabajo, cosas así. Uno ya muchas veces sabe que va a tomar cada cliente, unos toman siempre tinto, otros aromática, unos fuman, uno ya sabe. Con varios uno a veces crea amistad, uno habla, incluso fuera del trabajo también. (Entrevista realizada a Gabriela, vendedora de tintos).

Por su parte, los taxistas, en la noche y la madrugada, hacen paradas cortas en el puesto de tinto con la finalidad de tomar un pequeño descanso del trabajo y conversar un poco con la vendedora o con los demás clientes (otros taxistas). El tinto es la bebida preferida de los taxistas nocturnos, dado que combate el frío y el sueño; pero es, además, una excusa perfecta para socializar con amigos y conocidos, y disminuir momentáneamente el estrés que supone conducir en una gran ciudad como Bogotá.

Algunos taxistas consumen los productos dentro del carro y, por tanto, socializan solo con la vendedora a través de la ventana. Otros, los fumadores, sobre todo, se bajan del vehículo y consumen sus productos mientras conversan con Gabriela y, eventualmente, con otros taxistas que también bajan de sus carros para fumar un cigarrillo. Francisco Morales, taxista, nos cuenta su experiencia:

Uno ya conoce a la vendedora del tinto, de pronto no un vínculo, pero sí uno se relaciona, uno interactúa, uno charla a veces. Uno pues primero le compra el tinto y como uno frecuenta el mismo punto pues se le pregunta cómo va el trabajo, y se da un cambio de palabras corto. Como tal, no es que uno tenga una amistad con ellas, eso es más pasajero, usted hay días en que viene como otros en que no. (Entrevista realizada a Francisco Morales, taxista).

En el primer caso, los taxistas reciben el producto que ofrece Gabriela y mediante una suerte de rituales de acceso como saludos, “buenas noches”, “hola”, “¿cómo está?”, etc., comentarios sobre el trabajo, “¿cómo va el trabajo?”, “¡sí que está duro el trabajo!”, etc., menciones del estado del tiempo,

“¡qué frío está haciendo!”, “¿no tiene frío?”, etc., logran propiciar una corta conversación. Hablan acerca de diversos temas: asuntos laborales, como la dificultad que genera movilizarse en una ciudad llena de trancones, la imprudencia de los motociclistas al conducir, anécdotas sobre carreras y pasajeros, etc.; temas sociales como las dificultades económicas, “¡está dura la situación!”, la escasez de empleo y oportunidades, etc.; o asuntos personales como el estado de salud, la familia, “¿qué tal la familia?”, el estado de ánimo, “¿por qué esa cara?, ¿está triste?”, etc.

Se trata, casi siempre, de conversaciones esporádicas, con poca continuidad y contenido repetitivo, el mismo conductor puede preguntar lo mismo cada vez que frecuenta el lugar y recibir las mismas respuestas. Empero, en contadas excepciones, las conversaciones pueden tener mayor profundidad y continuidad; cada encuentro supone un conocimiento más detallado del interlocutor y se formulan preguntas más concretas sobre situaciones particulares: “¿Cómo le fue al fin con el arreglo del carro?”, “¿cómo siguió de la gripa?”, etc.

En el segundo caso, los taxistas que interactúan fuera de los carros con colegas conocidos y desconocidos alrededor del consumo del tinto y el cigarrillo, la conversación puede iniciar a partir de una pregunta por el estado del tráfico, “¿cómo ve esos trancones tan tenaces?”, y extenderse a temas políticos, como la legislación en torno al transporte público en Bogotá, “¿cómo va al fin lo de Uber²⁰?”; la corrupción de los políticos, “todos son unos ladrones”, etc. O temas deportivos, por ejemplo, el éxito de los jugadores colombianos en el fútbol internacional, “¡qué tal el golazo de James!”, los resultados del campeonato de fútbol nacional, “¿cómo va la tabla de posiciones?”, el rendimiento de la selección nacional de fútbol en las eliminatorias para el mundial de Rusia 2018, “¡si seguimos así vamos a clasificar!”, etc. Gabriela asegura:

Los clientes también a veces hablan entre ellos mismos, sobre todo cuando se bajan del carro a fumar. La mayoría de taxistas que

20 Empresa internacional que proporciona a sus clientes una red de transporte privado, a través de su *software* de aplicación móvil (*app*), que conecta los pasajeros con los conductores de vehículos registrados en su servicio, los cuales ofrecen un servicio de transporte a particulares. Actualmente, es común el debate entre taxistas sobre la entrada de Uber a Bogotá, ya que supone, según ellos, una gran amenaza para su gremio.

charlan tomando el tinto ya se conocen, pero también he visto que hablan entre desconocidos, vienen y se hablan con otros. Hablan de todo, del trabajo, de fútbol, de todo. (Entrevista realizada a Gabriela, vendedora de tintos).

En ambos casos, la venta nocturna ambulante de tintos es una práctica que genera socialización espontánea entre taxistas y vendedores a partir de preguntas generadoras de comentarios y discusiones cortas. En este puesto de tintos se evidencia una tendencia a construir un lazo de fidelidad entre algunos clientes y la vendedora. Los taxistas suelen frecuentar el mismo lugar a la misma hora, lo que posibilita el fortalecimiento de vínculos más o menos permanentes entre demandantes y oferentes, y entre los colegas consumidores.

Esta relación de fidelidad emana, como ya se mencionó, de la “buena atención” de Gabriela y de la comodidad que sienten los consumidores en este lugar, que, pese a que se encuentra en la calle, en la noche, sin sillas y vigilancia, es para los taxistas un espacio en el que se sienten a gusto y seguros ya que nunca han sufrido allí experiencias de robo u otras actividades delictivas. En palabras de Francisco Morales:

Uno ya tiene establecida su zona para trabajar por el peligro de la ciudad porque desgraciadamente uno no puede moverse como quiera en la ciudad entonces uno ya tiene un lugar específico donde toma tinto en la noche, un lugar conocido, seguro. (Entrevista realizada a Francisco Morales, taxista).

Ahora bien, no todos los clientes del puesto de tintos son taxistas, en las primeras horas de trabajo de Gabriela, entre 7:00 p. m. y 11:00 p. m., los bicitaxistas y algunos transeúntes —sobre todo los que bajan del puente de la estación de Transmilenio— compran sus productos. Sin embargo, entre ellos casi no se generan conversaciones como con los taxistas. Se trata de una relación más de orden comercial entre alguien que compra y alguien que vende.

En contadas ocasiones, algunos conductores de vehículos particulares paran en el puesto de tintos para consumir los productos de Gabriela, empero, al igual que los bicitaxistas y los transeúntes, poco interactúan con la vendedora y menos con otros clientes. Son personas que compran el producto, lo consumen dentro del carro y se van rápidamente. En determinadas ocasiones, incluso, apenas cancelan a la vendedora, parten del lugar sin siquiera consumir el producto, esto sucede cuando compran alimentos empaquetados que pueden ser consumidos después.

Las transacciones económicas entre Gabriela y los diferentes clientes están estructuradas por un cuerpo de reglas tácitas. Son muy pocos los taxistas que pagan en el momento exacto en que reciben el tinto; en contraste, la regla implícita es pagar después del consumo del producto. Los taxistas reciben el tinto, lo consumen con tranquilidad, se toman su tiempo, aproximadamente entre dos y cinco minutos, mientras interactúan con Gabriela o con otros taxistas —algunos simplemente permanecen en silencio en el interior del vehículo escuchando la radio— y luego de ello sí cancelan el valor del producto.

En cambio, en el caso de los bicitaxistas y los conductores de vehículos particulares que acuden al puesto de tintos, casi siempre cancelan el valor del producto en el momento exacto en que lo reciben. Por su parte, los pocos peatones que compran los productos de Gabriela pagan de manera diversa, algunos inmediatamente, otros después del consumo. En todos los casos, el pago se hace en efectivo y, sobre todo, con billetes de baja denominación, Gabriela siempre pide “sencillo”²¹.

En la fila de taxis, el que está primero es quien recibe al pasajero que llega y, en el momento exacto en que parte con su nueva carrera, los demás taxis avanzan un par de metros y el ciclo se repite. Mientras tanto, los taxistas que están atrás en la fila toman tinto, fuman y conversan. Esta dinámica hace que las paradas en el puesto de tintos de Gabriela sean cortas, dado que muchas veces están condicionadas por la llegada de nuevos pasajeros.

En síntesis, la venta nocturna ambulante de tintos reinventa el espacio público en las madrugadas, en la medida en que genera condiciones objetivas para una esporádica socialización entre diferentes actores. En horas donde cualquier barrio residencial tendría las calles vacías, una actividad económica informal como la aquí descrita permite revitalizar, de manera transitoria, el espacio público y motivar la producción de sentidos de comodidad en lugares típicamente dominados por el miedo y la sensación de inseguridad.

21 Expresión usada en Bogotá para referirse a los billetes de baja denominación.

Parque infantil

Daniela Aguilar²²

Una vez la Universidad Nacional de Bogotá (UN) y la Uniempresarial inician un nuevo periodo académico, pareciese que la zona a su alrededor, concretamente el área que comprende desde la calle 26 hasta la carrera 30 o NQS conectadas por la carrera 33, vuelve a tener movimiento. Los jóvenes, que se dirigen a sus casas o a clase en alguna de estas instituciones universitarias, se ven transitar a divflujo de buses del Sistema Integrado de Transporte Público (SITP) aumenta y facilita el desplazamiento de los estudiantes en la ciudad.

Uno de los lugares que cobra vida durante esos periodos es el parque infantil, entre la UN y la Uniempresarial. Este parque posee bancas que rodean dos conjuntos de atracciones para el uso de niños y niñas de la zona, conformados por rodaderos, túneles, columpios y pasamanos; de igual manera, hay una zona verde con un camino que lo divide, cuenta con árboles de variado tamaño y postes de luz que iluminan de manera uniforme el centro y un poco sus alrededores a partir de las seis de la tarde. En el lugar se reúnen de manera constante jóvenes, en su mayoría, o a veces en su totalidad, que son estudiantes de las instituciones contiguas.

La mayoría de casas circundantes son residencias estudiantiles, por lo que es comprensible que durante la época de vacaciones el parque sea poco concurrido, pues son muy pocas las familias con niños pequeños que viven en los alrededores. Adicionalmente, hay un parque público con atracciones para niños ubicado a pocas cuadras, que visitan con normalidad niños y familias. Este último parque limita con la carrera 33, a su lado se ubican una panadería seguida de un supermercado, y las viviendas del entorno son en su mayoría familiares, pues la carrera 33 desempeña un papel de línea divisoria entre la población universitaria y la población infantil y familiar.

A partir del segundo semestre del año 2013, el rector de la Universidad Nacional, sede de Bogotá, decretó que las actividades académicas, deportivas y culturales se prolongarían máximo hasta las cuatro de la tarde los días viernes, lo cual ocasionó que la entrada a la Universidad a partir de

22 Psicóloga, auxiliar de investigación de la Universidad Nacional de Colombia.

esta hora, e incluso antes, fuera solo permitida con identificación de la UN. Sin embargo, solo hasta finales del primero e inicio del segundo semestre del año 2014, se tomaron medidas drásticas en la UN, al solicitar a las personas que salieran del campus universitario para que este estuviera desalojado en las noches, medidas que aún se mantienen. De igual manera, la UN ejerce castigos correctivos a los estudiantes que entren, consuman o distribuyan bebidas alcohólicas y/o estupefacientes.

Entonces, estas decisiones del rector de la UN tuvieron resonancia en los espacios de los cuales los estudiantes hacían uso. Antes era posible para los estudiantes permanecer dentro del campus universitario el viernes hasta altas horas de la noche, incluso quedarse a dormir; después de la imposición de la norma, los estudiantes debían buscarse nuevos espacios en los cuales reunirse. Para ese momento, el parque infantil ya venía siendo utilizado en pequeña proporción por los estudiantes de la Uniempresarial, luego empezó a ser utilizado también por los estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia.

El parque es un lugar atractivo para los estudiantes, tiene elementos mobiliarios como bancos, columpios y barandas en los cuales pueden sentarse, cuenta con ventajas geográficas como la cercanía a las avenidas principales donde pueden tomar diferentes medios de transporte: taxi, bus y/o SITP, incluso, hay vías adecuadas para utilizar la bicicleta. Otro elemento que hace de este parque un lugar propicio para el encuentro es que a sus alrededores hay dos distribuidoras de licores y dos tiendas donde se pueden comprar bebidas alcohólicas, que los estudiantes llevan y consumen en el parque. La reja de la UN cuenta con poca iluminación y bastante vegetación; los hombres la usan como orinal, las mujeres, en cambio, deben ir a buscar un baño.

En el parque pueden observarse jóvenes desde el día lunes en la mañana hasta el viernes. Se reúnen en gran número o apenas un par, se encuentran para hablar, fumar, tomar o solo pasar el tiempo entre clases o evadirse de una. No hay en realidad un horario fijo para este espacio, pues los jóvenes pueden llegar desde las siete de la mañana, que inician clases, hasta llegar a pasar la noche entera tomando o durmiendo en el parque.

Los grupos están conformados en su mayoría por amigos o conocidos que deciden salir de la rutina y reunirse en el parque para hablar, tomar o fumar, puede que durante toda la noche los grupos se conserven, nutran o disminuyan, esto siempre sucede entre personas que se conocen. Sin

embargo, hay situaciones en la que los grupos se unen a otros sin que haya algún tipo de relación previa, por lo que se generan condiciones para interactuar con personas desconocidas. Estas situaciones se dan porque una persona desea conocer a otra en otro grupo, por lo que el grupo al cual pertenece le ayuda para acercarse; también se dan si alguna persona conoce o tiene alguna relación con una persona de otro grupo y hace que se fusionen los grupos; finalmente, hay ocasiones en que personas que llegan solas piden permiso para unirse a un grupo ya conformado, solicitud que obtiene, a veces, una respuesta negativa. En muchas oportunidades las relaciones entabladas no trascienden ese momento en el parque, son esporádicas.

Tú puedes ver una cara conocida en el parque, es el momento para socializar. Pero tiene que haber una vieja linda en el grupo, si no uno no va. (Entrevista realizada a un universitario).

Si bien son diversos los grupos que se encuentran en el parque, chicos con vestimentas estilo *hippie*, grupos con vestimentas más arregladas, algunos con sus ciclas y onda *bikers*, entre otras, es notable que son muy pocas las mujeres que se pueden observar en el lugar en comparación con la cantidad de hombres que se encuentran allí. Llama la atención este hecho en cuanto que se ve que quienes hacen uso del espacio son grupos de amigos, que integran pocas mujeres, y que es atípico ver un grupo de solo chicas en el parque. Hay que tener en cuenta que el espacio brinda facilidades para los hombres, como se mencionó antes. Al consumir licor la necesidad de un baño es inminente, servicio que no presta el parque, o por lo menos no de manera formal, pero al que los hombres pueden acceder utilizando el muro que bordea la Universidad Nacional; las mujeres, por el contrario, deben buscar en alguno de los bares cercanos un servicio de baño. Hay otras dos razones que pueden explicar también la baja participación de mujeres, una de ellas es el tipo de actividad que se realiza, y es que en muchas ocasiones las mujeres prefieren estar en un bar donde puedan tomar, bailar y/o escuchar música, además de compartir con las personas que las acompañan. Con ello se vincula la segunda razón, que es la seguridad, por concepto propio o de los padres, pues las mujeres se sienten más seguras dentro de un lugar cerrado, lo que hace al parque una opción poco atractiva.

No todas las mujeres se arriesgan a venir a un parque a tomar, las mujeres prefieren ir a bailar. (Entrevista realizada a un universitario).

El parque, en cuanto espacio público, brinda ventajas a las personas que deseen estar allí: no tener que cumplir con un código de vestimenta o un consumo mínimo, como es solicitado en todos los cafés y/o bares de la zona; también está el factor *música*, pues gran parte de los bares se ofrece un determinado tipo de música, mientras que en el parque, cada grupo disfruta de la música que desea sin incomodar a otro grupo.

Lo que pasa es que en un bar... uno asiste a un bar más que todo para bailar, conseguir una chica, en cambio acá uno tiene el espacio más para... para hablar miércoles. (Entrevista realizada a un universitario).

En algunos grupos hay quienes fuman cigarrillo o marihuana, en un bar o café tendrían que salir del establecimiento cada vez que desearan fumar y, en el caso de la marihuana, abstenerse, pues podrían ser expulsados del lugar, situación que no sucede en el parque. Aunque en cada grupo pueden haber fumadores (de marihuana y/o cigarrillo) y no fumadores, se genera una dinámica en la que si bien aquellos que fuman pueden hacerlo junto a los otros, deben procurar que el humo no les caiga a sus compañeros; en ocasiones, no fumadores de marihuana se aventuran y consumen acompañados de sus compañeros.

Hay unos que fuman marihuana y otros cigarrillo, y otros tomamos y no fumamos marihuana. (Entrevista realizada a un universitario).

La ubicación del parque es un arma de doble filo, si bien ofrece seguridad en cuanto se encuentra en medio de dos instituciones universitarias, también está en una zona residencial de circulación baja-media, por lo que la policía realiza rondas de vigilancia cerca del parque. El viernes esas rondas son más frecuentes y más próximas al parque. Dado que el consumo de alcohol en espacio público está prohibido y el consumo de marihuana regulado a la dosis personal, al llegar la policía los grupos se dispersan, pero se reencuentran y continúan bebiendo en un lugar cercano, que puede ser en la entrada de la UN por la calle 26, que al contar con techo resguarda de la lluvia.

La policía es, entonces, un regulador de la seguridad formal. No obstante, de manera tácita, se dan reglas dentro del parque que mejoran la convivencia y seguridad, por ejemplo, el respeto mutuo entre los grupos que se encuentran en el parque y el respeto por el espacio como tal: no arrojar los envases al suelo, norma que aprovechan recicladores para pasar seguido; si se escucha música, que esta sea solo para el grupo, entre otras; así también se ve

que todos están pendientes de que ninguna persona o grupo realice alguna acción que atente contra la integridad de otra persona. En este sentido, uno de los mayores peligros de la zona, afirma el grupo de estudiantes entrevistados, se da cuando el parque no está tan concurrido, y aparece un grupo de tres habitantes de calle que ya han sido denunciados a las autoridades por la comunidad, por los robos que se presentan en el sector y que a pesar de haber sido denunciados a las autoridades no han sido detenidos.



Imagen 3.6. Parque infantil. Fuente: Daniel Pérez y Daniela Aguilar.

El parque Nuestra Señora de las Lajas: entre el saltarín y la pintura

Elkin Martínez²³

El parque zonal Santa Isabel se encuentra ubicado en la localidad de Mártires, entre las carreras 29 y 25 con calles 1d y 1f, cuenta con una extensión de 25 365,15 m² e instalaciones para la práctica de diversos deportes y actividades de esparcimiento. No obstante, vale la pena resaltar que este

23 Magíster en Estudios Sociales. Docente y jefe de área de Ciencias Sociales del Colegio Eucarístico Campestre, Subachoque-Cundinamarca.

espacio público cuenta con una particularidad: su prolongación hacia occidente solo se ve fragmentada por la carrera 27, donde las lógicas de sociabilidad no están determinadas por las prácticas deportivas, sino por su cercanía a la iglesia de Nuestra Señora de las Lajas, ubicada en la carrera 28 # 1f-35, de ahí que los vecinos y visitantes referencien el parque por la cercanía a este recinto religioso.

Como espacio público, el parque Santa Isabel permite el desarrollo de actividades lúdicas, culturales y religiosas que son percibidas por los residentes y/o visitantes como necesarias para la convivencia ciudadana. En este sentido, la vida pública en el parque se establece principalmente los fines de semana, cuando los asistentes disfrutan de sus amplias locaciones en las cuales se encuentran columpios, rodaderos, pasamanos, jardines y alamedas entre otros (imagen 3.6).

Desde esta perspectiva, la tarde soleada se convierte en una fiel aliada para la afluencia masiva de personas, las cuales, a partir del intercambio de intereses colectivos y particulares, albergan encuentros cotidianos que evidencian el transcurrir de la vida urbana, mediante el disfrute de los elementos del inmobiliario urbano que conservan en el lugar la memoria de sus habitantes con sus espacios naturales.

Ahora bien, el disfrute de los juegos estáticos es superado por la influencia que ejercen los elementos que, por su demanda, son propicios para los intereses de los pequeños, ya que estos buscan otras formas de entretenimiento, como lo son el saltarín, lienzos y motos eléctricas. De esta manera, la cama elástica (saltarín), en cuanto aparato portátil, se convierte para los infantes en un referente para experimentar altos niveles de adrenalina, pues en su interior la saltabilidad posibilita alcanzar sensaciones de felicidad y reto con los otros niños que comparten el mismo espacio, entre tanto, en el exterior, los padres de familia, particularmente las mamás, socializan entre sí, al calor de la mañana y de un refrescante helado, mientras sus hijos se divierten con acrobacias y risas.

En este orden de ideas, el juego constituye un elemento básico para la diversión de los niños, ya que su práctica potencializa su desarrollo físico y psicológico, debido a que, con él, aprenden de su entorno, imaginan y crean de manera emocional situaciones de vuelo y rebote, lo que incrementa su capacidad de adaptación y de confianza en sí mismos.

Por ello, las madres de familia afirman que su aprovechamiento se relaciona “con la oportunidad que tienen sus hijos para entablar nuevas amistades a partir del juego” (entrevista realizada a Luisa Agudelo), ya que “el trampolín le permite a mi hija vencer el temor a las alturas, por eso la traigo al parque los fines de semana cada vez que tengo tiempo” (entrevista realizada a Sandra Jiménez). Visto de este modo, el juego se convierte en el medio para el desfogue y la ruptura de las actividades rutinarias de los visitantes, ya que se pone de manifiesto una comunicación directa con el mundo exterior.

Por otro lado, la coexistencia de diversas actividades lúdicas en un mismo espacio se convierte en la oportunidad de explorar otros campos para el desarrollo de las habilidades artísticas de los pequeños. Por ejemplo, las pinturas infantiles posibilitan que las madres interactúen de manera directa con sus hijos, ya que las indicaciones dadas por parte de la oferente requieren de la ayuda continua para mezclar los materiales, evitando los estragos. Las madres afirman al respecto: “No es común ver este tipo de cosas en los parques, porque esto es más dado para los centros comerciales” (entrevista realizada a Andrea Paternina), y “me parece interesante que estas herramientas se encuentren aquí en nuestro parque, esto ayuda a que nuestros hijos experimenten otro tipo de actividades” (entrevista realizada a Patricia Vizcaya).

A partir de la pintura, los niños incursionan en el maravilloso mundo del arte, ya que, entre tableros, vinilos, pinceles, paletas y delantales, aprovechan su tiempo libre haciendo volar su imaginación y creatividad, además ayuda a integrar los vínculos familiares y a motivar su desarrollo psico-motriz, en relación con la motricidad fina u óculo-manual. La actividad se desarrolla así:

Los niños escogen su lámina de dibujo preferida, hay de distintos motivos, ellos pintan por el tiempo que quieran, aquí se les suministra todos los materiales y un delantal para protegerles la ropa. Finalmente, cuando terminan su obra se la llevan para la casa muy felices. (Entrevista realizada a Andrea Forero).

Por otra parte, se podría considerar que estas dos actividades al aire libre producirán, con el paso de las generaciones, una resignificación del parque como espacio público, ya que a partir del arte y el juego los lugares toman sentido, y fortalecen de manera directa las relaciones interpersonales mediante el encuentro con el otro, lo que posibilita que el parque se llene de vida con la presencia de los niños y niñas.

Encuentros deportivos

Víctor Alfonso Socha Báez²⁴

La adolescencia es la etapa decisiva en el desarrollo de las personas, cuando se es joven existen alternativas para escoger los hábitos que van a moldear la vida del futuro adulto. Aunque la modernización y el crecimiento acelerado de las ciudades han influenciado la vida de los jóvenes con la aparición de malos hábitos de consumo, la desigualdad social y la falta de oportunidades, siempre existe el deseo de sobresalir y destacarse en la sociedad por actos que definen una buena personalidad. El deporte es usado como una herramienta para trabajar por la calidad de vida, es usado como ocupación y profesión, como estilo de vida y mediador de los problemas sociales.

En el barrio Santa Rita, de la localidad de Puente Aranda en la ciudad de Bogotá, existe un parque que está equipado con dos canchas, una de microfútbol y la otra de basquetbol, columpios y zonas verdes destinadas para el uso y la recreación de los habitantes. De lunes a viernes, el parque no es utilizado más que por algunas personas que deciden salir a hacer deporte o salen a caminar. Sin embargo, entre siete y diez de la noche, este parque se convierte en un lugar de encuentro deportivo muy importante para los jóvenes del barrio, quienes salen de sus casas para compartir un momento con sus amigos, compañeros de estudio o vecinos al calor de unas buenas “gambetas” y unos buenos “goles”.

A la cancha de fútbol llegan jóvenes adolescentes de distintas edades y género, con frecuencia portan los uniformes del colegio o de algún equipo de fútbol nacional o internacional. El espacio en el que se realiza el juego, en este caso la cancha de microfútbol, evidencia el paso del tiempo y la falta de mantenimiento, no existe demarcación de la zona de saque y el arco no cuenta con una malla que retenga el balón cuando se hace gol.

La actividad de socialización se desarrolla a partir de dos momentos entre jóvenes de edades propias de la etapa adolescente-adulto, entre dieciséis y veintidós años. El primer momento se genera mientras se juega el partido, aquí los jugadores comparten jugadas, estrategias y persiguen un triunfo que más adelante será premiado con algún incentivo pactado; el

24 Magíster en Gestión Urbana, Universidad Piloto de Colombia.

segundo momento se da cuando las mujeres asisten para “hacer barra” a sus parejas sentimentales, hermanos o amigos, y mientras observan el partido comparten alguna anécdota o tema en común.

Para el desarrollo de la actividad, los jóvenes se enumeran con el fin de definir la conformación de los equipos, esto se hace a partir de los denominados por ellos “mejores jugadores”, quienes van escogiendo uno a uno los integrantes de su equipo. Si hay más de dos equipos conformados, definen qué equipos inician mediante lo que ellos denominan “cara y sello” y se juega “al gol” o a diez minutos, lo que primero se cumpla.

Una vez inician los partidos, los espectadores empiezan a comentar: “Ese muchacho la mueve bien”, “cuando yo era joven jugaba mucho, pero ahora no”; se motiva a los jugadores con frases como “hágale una bonita”, “dele duro” o “sáquelo”. Asimismo, se escuchan diferentes apodos como “flaco”, o frases sobre jugadas como “suéltela que eso no da leche” o “no la amarre”. Al hacer un gol, cada equipo toma una actitud frente a sus compañeros, el equipo que anota el gol se alienta con palabras como “¡bien, vamos!”, “pendientes, uno a uno”, “pilas que van a salir rematando”; en el equipo al que le hicieron el gol se escuchan palabras como “es que usted no baja”, “es que lo dejo voltear”, palabras que a veces generan discusiones que no duran más de un minuto, mientras el balón está nuevamente en juego.

Una vez son las diez de la noche, se terminan los encuentros deportivos y las personas espectadoras son las primeras en retirarse del lugar y dirigirse a sus casas, mientras los jóvenes jugadores y demás personas cercanas a ellos se reúnen para debatir las jugadas y los goles. Pasados cerca de veinte minutos, se empiezan a despedir y salen en grupos de acuerdo a la ubicación de la casa de cada uno, abandonando el parque que se convierte de nuevo en un lugar desolado y genera una percepción de inseguridad, debido a la cercanía que tiene a un caño.

A veces llegan equipos de otras localidades, hecho que cambia las condiciones del juego, ya que en esta situación al partido se le suma lo que ellos llaman “echémosle algo”, es decir, “apostemos algo”, apuesta que va desde una gaseosa o “litro” hasta dinero por cada jugador o “de ‘luca’ por cabeza”. Acordada la apuesta y la cantidad de goles a los que se va a jugar, se reúnen los jugadores del barrio Santa Rita para definir cuáles son los cinco titulares que van a enfrentar al equipo visitante y los que van a estar

en la banca para los cambios. Una vez terminado el encuentro, se acercan los líderes de cada equipo para pagar la apuesta y llegar a una posible fecha para volver a jugar o para la “revancha” como la llaman ellos.

En entrevistas realizadas para este trabajo, los espectadores manifestaron que ver cada noche a estos jóvenes genera una sensación de seguridad en el barrio y, de igual manera, les ha ayudado a crear nuevas amistades, ya que el hecho de sentarse y hacer algún comentario de los partidos en voz alta inicia diálogos entre los espectadores.

Por su parte, los jugadores manifestaron que han conocido a nuevas personas gracias a esta actividad, a pesar de que en algunas ocasiones surgieron diferencias con otros jugadores, en especial los de otras localidades, han sido capaces de solucionarlas. Si bien el espacio es utilizado según su propósito, actividad deportiva, representa también para los asistentes un lugar de socialización que no solo permite conocer nuevas personas, sino que ocupa el tiempo y espacio que otros podrían utilizar para el consumo.

Finalmente, los encuentros deportivos se convierten en una actividad en la cual no existe discriminación alguna y no existe un estrato o un nivel de ingresos, al contrario, es una actividad que da facilidades para socializar e interactuar con otras personas en el entorno del deporte.

Juegos de mesa en la avenida Caracas

Diana Marcela Fernández Londoño²⁵

Sobre los andenes del costado oriental de la avenida Caracas, entre calle 65 y 66, en la ciudad de Bogotá D.C., ubicados en una zona donde predominan, entre otros negocios, las ferreterías, compraventas, almacenes de iluminación y electrodomésticos, moteles y bares, se reúnen durante el día, de lunes a sábados, algunos de los comerciantes y trabajadores de la zona alrededor de juegos de mesa, que organizan sobre mesas improvisadas en el andén o en las vitrinas de los negocios.

En una cuadra de escasos 50 metros de largo, de vocación comercial, con alto flujo vehicular y peatonal, sobre un andén de aproximadamente 3,40 m de ancho, se disponen algunas vitrinas de los locales comerciales, un

25 Magíster en Gestión Urbana. Docente tiempo completo Universidad Piloto de Colombia.

par de árboles con su respectivo contenedor de raíz y, en el espacio restante, en horas específicas del día, se montan algunas mesas donde los vecinos del sector se organizan en grupos para participar en diversos juegos. Los jugadores se organizan en cualquier momento durante del día, independientemente del alto tráfico peatonal y vehicular de la zona, con atención, más bien, a que baje el flujo de ventas, y con la finalidad de jugar y apostar.

En esta cuadra se pueden llegar a realizar varios juegos simultáneamente, tanto en la calle como en los locales. Los estantes o vitrinas que dan a la calle funcionan como mesas de juego, en ocasiones, incluso, se impide la vista de la mercancía a los clientes y se da prioridad a las apuestas, cuyas cifras varían. La hora de más concentración de participantes es en la tarde, pero eso depende del clima y de cómo estén las ventas, puede darse en cualquier momento del día, no existe una hora específica o preferida, de hecho, hay días en que desde muy temprano se pueden observar mesas con algunos participantes.

La cantidad de jugadores varía por mesa y, de acuerdo con el juego, pueden participar hasta cuatro personas; en ocasiones se ven varias personas más alrededor, observando, apostando o haciendo “barra”, como ellos mismos le dicen a acompañar la mesa mientras dura el juego. En medio de la congestión de la zona y del escaso espacio en el que se ubican, levantan las mesas y apoyan los juegos, y logran concentrarse sin problema a pesar del tráfico peatonal y vehicular alto de la zona. De esta manera, logran, por ratos, salir de la monotonía del día a día y encontrar un momento propicio para el esparcimiento y la socialización.

Fue hace aproximadamente dos años, entre otras cosas debido a la mala situación de los negocios en el sector, que un grupo de comerciantes empezó a juntarse en las barras de los negocios a charlar y compartir, ahí, entre charla y charla, surgió la iniciativa de jugar “algo” para matar el tiempo. Dado el escaso espacio interior de los negocios, que cuentan con pocas dimensiones libres tras vitrinas y que están prácticamente sobre el andén, se tomó posesión de las vitrinas en que exponen la mercancía y, posteriormente, se expandieron al andén.

Con el paso del tiempo, creció la oferta de juegos, así como los participantes, estos son en inmensa mayoría vecinos del sector, comerciantes y vendedores, todos conocidos entre sí y de similares características socioeconómicas. Los rangos de edad van de los 18 hasta los 50, aproximadamente; no

se ven menores jugando y solamente juegan hombres, según lo que cuentan ellos mismos; tampoco participan jugadores que entre ellos no conozcan, al menos deben venir recomendados por alguno de los participantes.

Dependiendo del día, pueden jugar de 30 minutos a una hora, ellos dicen que rara vez juegan más que eso, pero la verdad es que hay días en que se les puede ver en diferentes momentos del día jugando. Lo toman como un descanso de sus actividades diarias, ratos en los que comparten un espacio público y un momento privado. También hay días que no juegan, ya sea porque no están disponibles los jugadores, porque hay mucha clientela en la zona o no se da la iniciativa para armar la mesa y jugar un rato. Cuando los jugadores están inmersos en los juegos, la atención de la clientela parece no preocuparles mucho; cuando el juego inicia y se concentran los grupos en las mesas, parece no interesar nada más, se centran en el juego y cierran el círculo sobre el mismo, no es posible participar ni siquiera como observador si no se pertenece al grupo.

Los incentivos del juego varían. Para algunos, el juego se convierte en un rato de entretención y relajación nada más, momento en el que se desconectan de la realidad y asumen diferentes roles, sin embargo, para otros lo importante es la apuesta. Se puede apreciar por sus posiciones, quién modera, quién administra los recursos y quiénes se limitan a jugar; por lo general estos “líderes” son los mismos, solo que varían de mesa, según lo que estén jugando. Según ellos dicen, a veces apuestan solo el almuerzo, pero no es raro ver plata en buenas cantidades sobre los paños, especialmente donde realizan juegos con cartas.

Las reacciones de los involucrados varían, y es que el limitado espacio público en el que se realizan estos juegos también es escenario de muchas actividades simultáneas, por lo que genera diferentes reacciones entre los transeúntes, observadores y habitantes del sector. Para algunos se da una clara invasión del espacio público por parte de los participantes de los juegos, puesto que usan gran parte del espacio disponible para transitar, esto además de los estantes que algunos vendedores sacan de sus negocios, las bicicletas y motos que parquean temporalmente, y el mobiliario existente que, sumados, reducen el espacio del peatón. Para otros, se genera un espacio de tránsito poco seguro, dada la lectura que en ocasiones se le puede dar a los juegos de mesa y sus participantes, ya que algunas personas los asocian con apostadores o gente desocupada. En otros casos, cuando se tiene un poco más de conocimiento del tema y se sabe que son personas conocidas

del sector, se genera sensación de seguridad al transitar por un espacio que es apropiado por sus usuarios. En ocasiones la transformación y apropiación del lugar causa curiosidad entre los transeúntes, dado que la actividad que desarrollan no suele apreciarse claramente por la aglomeración alrededor de la mesa, no se logra ver fácilmente qué es lo que hacen y solo se ve el tumulto.

En mi caso particular, siendo esta una ruta diaria entre mi trabajo y mi casa, siempre tuve curiosidad de saber qué hacían alrededor de esas mesas, me generaba cierta intranquilidad tener que pasar caminando por el sector porque no tenía claro qué tipo de personas se reunían en el lugar. No obstante, siempre percibí que la actividad que realizaban les divertía, pues se notaba en sus caras y posiciones corporales, y es que, en sus posturas y movimientos, tanto corporales como faciales, se refleja tranquilidad y confianza, se ven relajados, seguros y, sobre todo, cercanos, se revelan sonrisas cómplices y de satisfacción durante los juegos.

En las diferentes encuestas realizadas a los participantes, la información que se da es limitada, se evidencia que son un grupo cerrado y les gusta su privacidad. Para ser una actividad realizada a plena luz sobre un espacio público, se supondría que no debería existir problema en compartir y comunicar lo que hacen, sin embargo, algunos durante las encuestas mantenían posiciones muy cerradas y más sí estaban en grupo. Sobre las apuestas, primero, decían que no hacían, que a veces apostaban el almuerzo, se notaba temor a la posible descalificación o crítica, aun cuando en otras visitas se vio la plata sobre las mesas, momentos en que no eran tan amables, a diferencia de cuando no estaban acompañados o cuando no tenían dinero sobre las mesas. Cuando se entrevistaban los participantes por separado y sin que los otros compañeros de juego observaran, hablaban de forma tranquila sobre el juego y contestaban preguntas sin ningún problema, de hecho, parecían orgullosos del interés mostrado hacia sus actividades. En grupo, por el contrario, no permiten que extraños se acerquen a las mesas de juego, evitan las fotos y apartan a los transeúntes interesados en la actividad.

A pesar de la posición un poco negativa que los grupos tienen hacia los extraños, es evidente la satisfacción que el juego les genera, ya sea por las apuestas o por los ratos de esparcimiento que obtienen, se nota que la actividad se ha hecho parte de sus días y que la disfrutaban. Finalmente, se puede precisar cómo una actividad lúdica estrecha lazos entre vecinos y compañeros de trabajo y ayuda a generar recreación pasiva en horas laborales.



Imagen 3.7. Juegos de mesa. Fuente: Jorge Moreno Plazas.

El espacio físico en el que realizan los juegos no es precisamente el indicado para esta actividad, genera inconvenientes a quienes transitan por el sector y para ellos mismos no es el más cómodo, pues toca estar de pie por los ratos que dura el juego, en un espacio reducido, se requiere armar y desarmar las mesas, convocar participantes y establecer las reglas según el juego. Sin embargo, es la opción que tienen a la mano, cerca de sus lugares de trabajo y esto lo hace indicado para ellos, ya que pueden tener un poco de recreación mientras cuidan sus negocios a la vez que socializan y estrechan relaciones con vecinos y conocidos del lugar.

Skaters en el parque Santander

Carolina Ariza²⁶

Una de las actividades deportivas que más llama la atención entre los jóvenes en la ciudad son los denominados deportes extremos, que implican acrobacias y retos, patines, tablas, bicicletas, etc. Estos deportes son practicados en Bogotá por un gran número de personas, que buscan los mejores lugares para ello, entre ellos se encuentra el parque Santander. Este

²⁶ Licenciada en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales. Docente titular del Colegio de la Inmaculada Concepción.

es una plaza que se encuentra en el cruce de la carrera Séptima con calle 16, en el centro de Bogotá, en un lugar de gran confluencia, y de gran valor arquitectónico y cultural. Aquí se sitúan lugares como el Museo del Oro o la DIAN (Dirección de Impuestos y Aduanas Nacionales de Colombia).

El parque tiene un escenario arquitectónico con fuentes, un monumento a Francisco de Paula Santander, además de varias escaleras, barandas, sillas y demás estructuras. Esta ubicación tan central en la ciudad, además de las diferentes condiciones en infraestructura con las que cuenta, son propicias para que allí se reúnan personas a prácticas de *skateboarding*; este es un deporte que consiste en deslizarse sobre una tabla con ruedas y realizar diversidad de trucos y acrobacias.

La práctica del *skate* que narraré se ha presentado en este lugar desde la renovación de las losas del parque, instaladas con pocas o casi ninguna grieta o separación, lo que hace mucho más fácil desplazarse en tabla. Este lugar eventualmente comenzó a ser visitado por jóvenes que practican el deporte desde hace aproximadamente un año, desde comienzos del 2015. Pero esta práctica se da en diferentes sectores del centro, cerca al sector de Las Aguas o en la plaza de Bolívar, por ejemplo. Los *skaters* (así se les conoce a las personas que practican este deporte) suelen variar de lugar a la hora de montar en sus tablas para practicar el deporte.

Al comienzo se presentó como una situación un tanto complicada, los pocos jóvenes que asistían al parque Santander eran, en múltiples ocasiones, sacados por la policía; según las autoridades, esa práctica generaba intervenciones y deterioramientos en los espacios del parque y en el monumento, pero, a medida que pasó el tiempo, en vez de disminuir, la cantidad de asistentes aumentaba. La población que más practica *skateboarding* son jóvenes, de entre 15 años hasta personas de 30 años, tanto hombres como mujeres, pero se pueden ver más de los primeros.

La práctica de este deporte no solo se concentra en lugares específicos, al ser un deporte de origen urbano su principal práctica se realiza en las calles; por lo tanto, es un deporte que se practica en múltiples lugares de la ciudad, incluidos espacios designados y diseñados para la práctica de deportes extremos, conocidos como *skateparks*.

Es más esporádico, porque uno en este deporte no va siempre a los mismos lugares, va al sur al norte al occidente, uno se está moviendo por muchos lugares entonces uno conoce gente aquí y allá, pero

igual siempre habrá gente [con la] que uno se ve y se habla. (Entrevista realizada a uno de los deportistas).

Sin embargo, a pesar de la existencia de estos espacios, se sigue practicando el *skate* en la vía pública, muchas veces sin consentimiento de las autoridades. Uno de los atractivos del *skate* es jugar y realizar trucos con el mobiliario urbano, que implica pensar nuevos movimientos con grado variable de dificultad para sortear obstáculos. Estos procesos se presentan de forma itinerante, pero existen en el internet páginas en diferentes redes sociales donde las personas comparten sus experiencias en este lugar, sus trucos y recomiendan o no ir a determinado sitio.

Aunque para algunas personas resulta complejo el cuidado patrimonial con este tipo de prácticas; la llegada de estos jóvenes trajo consigo una disminución en la contaminación ambiental del lugar y de la indigencia, esto lo decía una de las personas que se encontraba sentada en una de las sillas del parque.

Pues sí, digamos que a veces es incómodo, pero más que todo es pasar sin tropezarse con alguno de estos chinos, pero no es mayor cosa porque ellos dan el paso y todo, y hay mal que bien por donde pasar, y pues es preferible esto que ver a los de la calle acá, que uno ni se podía sentar y esto olía asqueroso porque hacían sus necesidades acá, un domingo; están montando, pero al menos uno ni encuentra basura y se puede sentar. (Entrevista realizada a uno de los deportistas).

Se pueden ver pocos practicantes del deporte los días laborales, de lunes a viernes, pero, cuando realmente se reúnen a montar tabla, son los fines de semana. Normalmente, lo hacen en el día, comienzan a llegar desde las 9:00 de la mañana y terminan entre las 5:00 o 6:00 de la tarde. En horas de la mañana, a primera hora, se pueden contar unas 20 personas que empiezan a llegar, realizan sus trucos, se saludan y patinan, por lo general llegan acompañados como mínimo de otra persona. Hacia medio día, el número de jóvenes aumenta, se pueden contar a simple vista alrededor de 45 personas; hay también varios niños, que van con otros jóvenes, sin contar las personas que asisten como espectadores, que son entre 15 y 20.

Los deportistas patinan alrededor de todo el parque. Primero, comienzan a medir el suelo, esto significa calentar un poco y valorar las

condiciones del piso, de las barandas y los diferentes bordes por donde pudiesen deslizarse. Llegan en compañía, se saludan y comienzan a patinar; a medida que van llegando más personas el espacio para cada persona empieza a disminuir, esto no implica problema alguno, los *skaters* se turnan los espacios por grupos, o van hacia donde no haya tanta aglomeración.

Uno de los eventos más llamativos, y cuando se genera más interacción entre las personas que no siempre se conocen, es la realización de diferentes trucos, como deslizarse escaleras abajo o saltar algún obstáculo. Estos trucos hacen que muchos de los jóvenes conversen entre sí para saber cómo el otro hizo el truco, en esta interacción también suelen compartirse diferentes anécdotas, como caídas, normalmente. Estas historias son comunes, muchos de ellos han tenido accidentes, moretones y rapaduras sufridas en intentos fallidos, pero también comparten la felicidad y la sensación de superación cuando logran hacerlo. Esto mismo es lo que hace que entre desconocidos, en el parque Santander, se junten para practicar algún tipo de truco aéreo o de encaje (deslizarse o sostenerse en un borde).

A medida que pasan las horas, muchos de los *skaters* se detienen en intervalos de aproximadamente 20 a 30 minutos, descansan un poco, toman agua, hablan de su experiencia con las tablas, observan y comentan acerca de otros *skaters*, cuando se sienten descansados e hidratados vuelven a patinar. Es común ver en el paisaje jóvenes tumbados en el suelo por algún tipo de resbalón o caída, pero parece no importar, se levantan y siguen.

Cuando sucede esto, muchos de los jóvenes prestan especial atención a las mujeres que practican este deporte, andan más pendientes de ayudarles a levantarse y preguntar cómo están, ellos aseguran que no lo hacen porque piensen que ellas saben menos respecto al deporte, sino que con ellas sienten que deben ser más atentos.

Aunque el respeto o la solidaridad entre ellos no depende del género, todos saben que no pueden montar su tabla sin tener en cuenta al otro, no pueden atravesarse por el camino que algún otro *skater* lleve en la tabla, se debe esperar el turno para deslizarse por alguna baranda, en caso de que haya más gente esperando a hacerlo. También es costumbre que anden pendientes de su alrededor, para dar paso a algún transeúnte que se movilice por allí. Asimismo, es importante tener precaución de no hacer caer a alguien más a la hora de realizar los diferentes trucos, por ello, en muchas

ocasiones, se genera un relacionamiento entre los jóvenes al avisarse entre sí cuándo pasa alguien y cuándo, por ejemplo, las escaleras están solas para que puedan saltar o realizar alguna voltereta.

Además, existe una confianza para pedir ayuda a otros *skaters*, así sean personas desconocidas, para pedir prestado algún tipo de herramienta, como lo comentaba uno de los jóvenes que estaba montando allí:

Uno siempre conoce gente acá, porque hay algo que se llama digamos echar skate que es digamos hacer trucos y el otro tiene que cumplir el truco y así entonces uno así conoce mucha gente, igual si tú necesitas una herramienta o un rodamiento se te estalla o algo tu no vas a dudar en pedirselo a cualquiera [...]. Uno siempre se siente seguro en decirle a alguien que tenga una tabla, alguien le dirá a uno que sí tiene lo que uno pidió el favor, nadie se va de negado por decirlo así. (Entrevista realizada a uno de los deportistas).

A medida que van haciendo los trucos, muchos de estos deportistas graban lo que pueden hacer en la tabla, sus compañeros les ayudan sosteniendo la cámara y siguiendo sus diferentes movimientos. Existe también una seguridad en cuanto al uso de dispositivos como celulares, cámaras comunes, y, hasta en algunas ocasiones, cámaras profesionales, pues no temen que alguien pueda tomar o hurtar estos instrumentos. Esta confianza también se presenta con otros objetos personales como las maletas, las cuales dejan en las sillas mientras patinan.

Si bien las relaciones que se dan entre los jóvenes se presentan en un primer momento como rivalidad, se transforman en admiración muchas veces, por la capacidad y habilidades que se revelan en la práctica y porque las interacciones con frecuencia consisten en dar consejo para hacer algún salto: doblar un poco más las rodillas o soltar más rápido la tabla; se enseñan entre sí diferentes movimientos, y hasta cómo caer, o discuten sobre esto. Por ejemplo, en uno de los grupos, una de las jóvenes cayó y se golpeó, algunas personas que estaban cerca se acercaron y le dijeron que cuando cayera lo hiciera, primero, poniendo en el suelo las puntas de los pies y no los talones, porque podría lastimarse; alguien más le dijo que tuviera cuidado porque si caía mal en puntas también podría lastimarse por lo que era mejor con el brazo primero, discutieron amablemente sobre el tema y comenzaron a montar todos para ver cuál era la mejor opción.

Entre las 2:30 a 3:00 de la tarde, en el parque comienza a parar un poco la actividad, algunos se marchan después de haber estado toda la

mañana montando en sus tablas, otros se reúnen para tomar un almuerzo rápido que llevan desde sus casas; la mayoría comparte la comida, que por lo regular es papas fritas de paquete, emparedados o refrescos. Después de esta hora, las personas siguen montando un poco y luego se marchan; no obstante, llegan después más *skaters*. El promedio de duración por persona en este lugar es de alrededor de tres a cuatro horas, lo que duran los espectadores esporádicos allí es menos, de quince a treinta minutos.



Imagen 3.8. *Skaters* en el parque Santander. Fuente: Jorge Moreno Plazas.

Igualmente, entre los espectadores y los jóvenes se da un diálogo. Normalmente, las personas les preguntan si no les da miedo caerse o cómo hacen eso, los jóvenes responden las preguntas y se ríen; también permiten a algunos niños montar en sus patinetas, puesto que a los pequeños les da curiosidad. Muchas personas también toman fotos de los *skaters*.

Cuando cae la tarde, alrededor de las 5:00 p. m., baja de manera considerable el número de personas; se pueden contar aproximadamente unas quince, que se van retirando con la llegada de la noche. Esta actividad se repetirá los fines de semana, con diferentes jóvenes, trucos y saltos.

Se presenta una mayor afluencia de participantes en esta actividad los fines de semana ya que, al ser la mayoría menores de edad o adultos jóvenes, es el momento de la semana cuando tienen un espacio libre para dedicar a la actividad; además de la facilidad de movilidad y desplazamiento a través de las ciclovías, que funcionan los domingos y los festivos.

Ciclistas bajo la lluvia

Daniela Aguilar²⁷

Cada día es mayor el número de personas que toman sus bicicletas y al ritmo del claxon y el acelerar de los carros se embarcan en un nuevo recorrido en las calles de Bogotá, ya sea codo a codo con los carros, evitando chocar con un bus o en las concurridas ciclorrutas de la ciudad, donde se pueden ver a aquellos que por alguna u otra razón deciden pedalear, impulsarse o patinar hasta sus destinos.

Cuando las primeras gotas de lluvia caen sobre el asfalto se identifican algunas situaciones, la más común es que los ciclistas caigan en cuenta que puede ser el momento de detenerse, a menos que deseen empaparse con la lluvia durante el resto de su recorrido, por lo que buscan un lugar que les permita resguardarse de la lluvia mientras esta se merma o cesa. Bajo los puentes peatonales y viales, dado que son muy pocos otros espacios cubiertos, los ciclistas encuentran resguardo de la lluvia, descargan su bicicleta y se sientan en el piso o no se apean del vehículo y permanecen bajo el puente. Otra opción sería entrar a una tienda, pero tendrían que consumir y, además, dejar la cicla afuera.

Paulatinamente, bajo los puentes, se van sumando ciclistas para resguardarse de la lluvia, a veces se detienen a ponerse su impermeable y continuar tranquilos su recorrido, otros se detienen para quitar el agua de sus ojos y tomar un respiro que les ayude a continuar hasta su siguiente parada, y también están aquellos que decidieron tomar con calma la situación y quedarse hasta que la lluvia mengüe.

La situación de los ciclistas, ahora bajo el puente, un tanto mojados y acompañados por el sonido de la lluvia y los carros, buses y motocicletas, que los salpican cuando pasan a toda velocidad, no es la más idónea, pero podría ser peor. El intercambio de comentarios respecto al clima posibilita entablar una conversación, diálogo en el cual sale a relucir el elemento que ha puesto a la mayoría en esta situación: su cicla.

27 Psicóloga. Universidad Nacional de Colombia.

En un primer momento, se conversa, entonces, sobre su cicla, se empieza a reconocer un tinte sentimental en los intercambios, pues las bicicletas representan para ellos, en gran parte de los casos, no solo un medio de transporte, sino también un elemento con el cual se han encariñado.

Sea como que sea yo no cambio a mi burrita [...]. Sí, está lloviendo, pero yo no me voy en bus, no me gusta. Sí, me pinché y me pincho tres veces a la semana, pero igual a mí no me gusta andar en bus, yo no cambio a mi burrita, pues burrita es la bicicleta. (Entrevista realizada a un ciclista).

La conversación discurre, poco a poco, hacia otros temas, por ejemplo, las sensaciones y experiencias de montar en bicicleta, sin importar que solo se la utilice como medio de transporte u ocasionalmente para hacer deporte.

Con mayor frecuencia, son ciclistas hombres los que se pueden observar inmersos en los grupos o conversaciones que se dan mientras se resguardan de las lluvias, las mujeres que se ven en la misma situación son pocas y no dan lugar a conversaciones largas o continuas con los demás ciclistas que escampan. No es que se excluyan a las mujeres, sino que, al ser menor el número de mujeres ciclistas, las conversaciones pueden llegar a tomar un tinte un tanto “recochero” y tocar temas subidos de tono, por lo que las mujeres se comportan distantes y reservadas.

Pues claro, generalmente son seis hombres y una mujer pues de pronto dicen no, son demasiados hombres [...], puede ser un poco intimidante. (Entrevista realizada a un ciclista).

Pero si es normal que todo o una buena parte le preguntemos (a una chica): “¡Hey!, ¿cómo estás?”, “¿cómo vienes?”, la intentan tratar de una manera más tranquila. (Entrevista realizada a un ciclista).

Los motociclistas, los que patinan y hacen *skate*, quienes también en ocasiones se resguardan de la lluvia bajo los puentes, participan en las conversaciones; los motociclistas tienden a ser quienes empiecen a hablarle a los ciclistas en el momento en que se están poniendo sus impermeables, o sencillamente esperan que la lluvia merme al no contar con impermeables y querer evitar que la moto se apague en cualquier momento.

Ellos (los motociclistas) empiezan a hacerle la charla a uno. (Entrevista realizada a un ciclista).

Si bien el clima hace a una gran cantidad de ciclistas detenerse, a veces son sus queridas “burritas” las que requieren de aire o tuvieron algún inconveniente, por lo que los ciclistas se ven obligados a buscar en las calles de Bogotá una bicicletería o algún mecánico que les solucione su percance y poder continuar así con su recorrido. Estas difíciles situaciones para los ciclistas las han decidido aprovechar los mecánicos, por lo que ubican sus locales y puestos en puntos que podrían ser considerados estratégicos: vías principales y lugares cubiertos del sol y la lluvia, como lo son los puentes peatonales y viales. Allí, mientras esperan ser atendidos, dos o más ciclistas empiezan a conversar, charlas que empiezan de manera similar a las que se dan bajo los puentes cuando llueve.

No siempre es la misma afluencia de personas las que se pueden ver resguardarse de la lluvia. En ocasiones, en especial en la madrugada, los ciclistas no se detienen como en otras horas del día, pues deben llegar con urgencia a comenzar sus jornadas laborales y/o estudiantiles, y llegar mojado no representa un problema que no se pueda paliar con implementos como bolsas, chaquetas impermeables, carpas impermeables, entre otros. Sin embargo, no deja de formarse uno que otro grupo de ciclistas, *skaters* y patinadores que se resguardan de la lluvia, sobre todo estos dos últimos, pues al ser su medio de transporte tan ligero y fácil de movilizar pueden cambiarse los patines por zapatos o alzar sus patinetas y tomar un bus a sus destinos, opción no tan asequible para los ciclistas.

La noche también es un momento en el que no es común ver personas escamando bajo un puente o algún lugar en el espacio público, debido a que el número de ciclistas se reduce a medida que oscurece. En este sentido, la seguridad es un factor que juega en contra de ellos, que pierden el interés de detenerse así sea por un instante, pues podrían contar con la poca suerte de ser robados y así mismo su bicicleta.

La solidaridad, como ya se había mencionado anteriormente, desempeña un papel importante en varios aspectos de las relaciones de los ciclistas, constituye una forma de seguridad. Por ejemplo, el apoyo cuando se presenta algún accidente en el que un ciclista es herido por un carro o moto; caso en el que son los mismos ciclistas quienes ejercen presión al conductor y procuran la pronta atención al ciclista y su vehículo. Asimismo en ocasiones se acompañan entre los ciclistas hasta un lugar dónde atiendan a la persona, hasta su casa o a una bicicletería, si fue la cicla la que sufrió algún daño.

Son los ciclistas los primeros en ayudar, cuando a mí me sucedió (accidente) fueron unos ciclistas los que me ayudaron a parar y mirar qué le había sucedido a la cicla porque el conductor se hizo el loco. (Entrevista realizada a un ciclista).

Otra situación en la que la solidaridad proporciona una sensación de seguridad entre los ciclistas es cuando surgen sospechas de alguien que está junto a los demás resguardándose de la lluvia bajo un puente. Cuando estas situaciones se presentan, los ciclistas están atentos y un tanto precavidos, salen de su resguardo en el puente en pequeños grupos o en parejas.

Cuando esto sucede intentamos no irnos solos, salir así sea de a dos. (Entrevista realizada a un ciclista).

Esta seguridad proporcionada mutuamente también se presenta cuando empieza a llover, son los mismos ciclistas, desconocidos la mayoría de veces, que, de una manera verbal o no verbal, se animan a resguardarse, ya que la lluvia dificulta la vista, lo cual puede ocasionar accidentes.

A veces tú vas por ahí y empieza a llover y adelante van dos o tres y entre todos nos miramos como “venga paremos, paremos que está lloviendo mucho”, es como un apoyo mutuo, [...] un poco solidario. (Entrevista realizada a un ciclista).

Las conversaciones que se generan en los tres escenarios, resguardándose de la lluvia, en el mecánico o en un accidente, en la mayoría de los casos no llegan a repetirse y las personas pierden el contacto, pues no hay un interés en mantenerlo por lo que las socializaciones son espontáneas. Sin embargo, hay excepciones, a veces puede haber un interés en algo que la otra persona tiene o me puede brindar, por lo que se intercambia información personal; así como puede ocurrir que la conversación y la intuición le permitan a cada persona sentirse cómoda en continuar en contacto.

Uno puede estar hablando con alguien y ve que la conversación es agradable y no se ve peligroso uno puede incluso llegar a tomarse un tinto con la persona e incluso intercambiar números de teléfono. Hay veces que yo necesito un rin y la persona tiene en su casa, entonces intercambiamos números para comprarlos y puede que finalmente no los compre, pero después puede que yo quiera ir a un lugar y no tenga con quién ir y él tenga un grupo e irá a ese lugar, entonces yo puedo ir con ellos. (Entrevista realizada a un ciclista).

Carreras prohibidas

Pablo Páramo

Las carreras prohibidas o “piques” se llevan a cabo en muchas ciudades del mundo. Se trata de competencias entre los propietarios de automóviles o motocicletas que generalmente se reúnen de manera espontánea en alguna vía pública, acordada con antelación, en horas de la noche y sin el permiso de las autoridades del tránsito o movilidad. Los participantes y espectadores se suelen citar a las 9 de la noche en distintos puntos de la ciudad, donde exista una amplia avenida en la que se pueda llevar a cabo la competencia entre pares para ver quién llega primero a una meta que está casi siempre a un cuarto de milla. Es una reunión de personas de diversas edades, aunque predominen los jóvenes, que quieren experimentar la adrenalina que produce participar de la competencia con sus vehículos, o la que produce el hacer parte de un acto de prohibición, no muy grave, que persiguen los agentes de policía de las ciudades.

Hay una motivación reciente por organizar las carreras, estimulada, en buena parte, por algunas películas como *Rápido y furioso* o la ya clásica *Brillantina*. También, el canal de televisión Turbo suele presentar carreras de este tipo entre comunidades de algunas ciudades de los Estados Unidos. Asimismo, videojuegos como Grand Theft Auto, cuentan con esta opción.

Jacobo: “En Bogotá, los encuentros se llevan a cabo los jueves en la noche sobre la avenida Boyacá a la altura de la calle 170. Se dan cita alrededor de cien espectadores dentro de los cuales algunos deciden retar a otro a la competencia y en algunas ocasiones, aunque raras, apostando algún dinero. Quien decide hacer el reto, busca un vehículo con características de motor similar en su cilindraje y le propone la competencia. Si el invitado acepta, enfilan los vehículos cerca del punto de partida esperando que les corresponda el turno y les da la largada uno de los organizadores del encuentro. Los espectadores eligen su favorito y lo animan. Al final, en la meta hay otros más que esperan ver el resultado de las competencias. Las reglas de la carrera incluyen ubicar los vehículos en fila de acuerdo al orden de llegada de quienes van a competir, esperar la señal de largada y cumplir el compromiso del pago en caso de haberse pactado un dinero. De parte de los asistentes al encuentro

está el mantenerse fuera y a cierta distancia prudente de la vía donde se lleva a cabo la competencia, y dar aviso de la presencia de la policía por donde aparezca. Considero que no solo el correr hace parte de la diversión, pues el solo hecho de integrar un grupo de amigos o con la posibilidad de conseguir algún amigo(a) adicional hace que esta experiencia se vuelva más interesante. La música a alto volumen, motos haciendo ‘chillar’ las llantas y ver los carros modificados hace que la noche se vuelva más interesante e incluso la adrenalina de ‘huir’ de la policía completa el plan perfecto de un jueves cuando muchas veces se permanece en la casa sin hacer nada. Pude ver en varias oportunidades accidentes a causa de el mal manejo o la mala combinación de gasolina con alcohol, afortunadamente nunca pasó a mayores, pero sí se llega a correr un riesgo pues no existen las medidas adecuadas de seguridad para este tipo de actividades”.

Sergio: “Vivo muy cerca de uno de los puntos de encuentro en donde se realizan los piques. El ruido que producen los carros y la algarabía de la gente no me deja dormir los días jueves. Sin embargo, cuando era más joven participaba de estos encuentros en compañía de mis primos con quienes tomábamos parte de las carreras. Era una actividad verdaderamente excitante. Es común ver en las noches a padres que van con sus hijos y esposas, también a personas que superan los 50 o 60 años con vehículos deportivos de alta gama en estas competencias, no es algo limitado a cierta etapa de la vida o a determinado estrato socioeconómico. Los límites y las distinciones pierden su valía al momento de iniciar una carrera, las mujeres también son protagonistas de la noche, tampoco importa su edad, compiten igual o mejor que muchos hombres, y a los que pierden contra ellas les suele ir un poco más mal por el típico machismo que caracteriza el medio automovilístico que ha evolucionado y expandido sus fronteras aceptando que es una afición de todos para todos. Recuerdo que en aquella época cuando era uno de los asistentes, había un muchacho con una discapacidad motora en sus piernas, tenía un Renault 21 totalmente adaptado para competir con su discapacidad, y lo hacía muy bien, era común verlo apostar dinero y ganar, era muy hábil con sus manos pues con estas operaba un juego de palancas con todos los mandos del carro,

acelerador, freno, *clutch*, barra de cambios y el timón sencillamente impresionante”.

Nicolás: “Cuando participaba de los piques lo hacía con el carro de mi papá, quien no tenía conocimiento de esta diversión. Nos encontrábamos con algunos amigos en la Séptima a la altura de la calle 200, donde el organizador de las carreras nos indicaba dónde parquearnos para observar las carreras. Los espectadores nos hacíamos al borde la avenida para ver competencias de a dos carros. El sitio de las carreras cambiaba constantemente por la presencia de la policía, por esta razón, rara vez se lograba observar más de 3 o 4 carreras en un mismo sitio. Parte de la emoción, era dirigirnos en grupo hacia el siguiente destino como un grupo de carros de carreras. Normalmente, después de dos intentos en sitios distintos y luego de haber sido dispersados por la policía, cada quien se separaba a sus propios destinos”.

Aunque algunas personas pueden participar de estas carreras en pistas especializadas para ello de manera legal, no generan la excitación de la prohibición y tampoco ocurren de noche. Además, el riesgo en las prohibidas es mucho mayor por cuanto los vehículos no están condicionados para ello y los conductores están muchas veces bajo efectos del alcohol. También, a diferencia de los autódromos, no hay ninguna ambulancia cerca o lugar donde se pueda recibir atención médica cerca.

La adrenalina aumenta cuando alguien da aviso de la presencia de la policía en sus motocicletas, quienes inician la persecución de algunos de los individuos presentes en el escenario y más aún cuando se avizora la presencia del helicóptero de la policía iluminando toda la zona. Es en este momento, cuando los espectadores se suben a sus vehículos y comienza una carrera desenfrenada por salir del lugar tomando distintas vías por donde no esté la policía.

Sociolugares públicos en Villavicencio y Pereira

El culebrero o propagandista

Néstor Saúl Saray Leguízamo²⁸

La ciudad de Villavicencio, en el departamento del Meta, se conoce como la Puerta Grande al Llano colombiano, y su historia en gran medida gira alrededor del parque central como sitio de concurrencia para muchas de las generaciones que han habitado y habitan en ella. Por ello, el centro de la ciudad desde sus inicios opera como la antigua ágora en la ciudad de Grecia en el siglo VII, es un lugar en el cual confluyen actividades comerciales, culturales y constituye el centro político de la ciudad, por tener alrededor de la misma los poderes políticos y religiosos.

Poderes que trascienden dinámicas comerciales desde lo formal a lo informal como mecanismos generadores de vida y atrayentes sociales para muchos ciudadanos, en homogeneidad de ocupaciones no formales que, de igual manera, son importantes para la vida cotidiana de la ciudad. Como ejemplo de lo dicho, se puede mencionar a la señora que vende jugos para refrescar una tarde calurosa que supera los 28 °C de temperatura, el grupo de señores que se reúnen a diario a jugar una partida de ajedrez sentados sobre uno de los muros que integran el diseño urbano del parque central, los vendedores de minutos que gritan a viva voz “a cien pesos, a cien pesos, minutos a todo operador”, variedad de atrayentes visuales generadores de vida en el espacio público que reúnen multiplicidad de formas de vida y, sobre todo, del trabajo de rebusque diario de aquellas personas que no cuentan con un trabajo formal para el sustento de sus familias.

El parque central de la ciudad posee un diseño urbano, conformado por el concepto moderno de espacio abierto como integrador de la ciudad con pisos de adoquín; un gran árbol “Samán” en el centro del parque, ubicado a un nivel superior de un poco más de un metro; escalinatas sobre la calle 38 que dan acceso al parque; la Gobernación del Meta sobre la carrera 33; la catedral

²⁸ Magíster en Gestión Urbana, Universidad Piloto de Colombia. Profesor Corporación Universitaria del Meta.

principal sobre la calle 39 y una gran fuente de agua, que refresca una parte del recorrido dentro del parque y se constituye como atractivo para niños, jóvenes y adultos sin que pueda faltar la toma de la foto para mantener el recuerdo de este espacio en nuestros corazones que se roba la sonrisa de cualquier ciudadano. Este es un recorrido que realizo a diario para llegar a mi sitio de trabajo, el cual se ve interrumpido por visualizar un grupo de aproximadamente unas treinta personas entre jóvenes y adultos que se integran alrededor de alguna actividad o persona, no lo sé. Intrigado, desvió el rumbo de mi recorrido y me detengo a observar entre la muchedumbre... ¿qué está pasando?, ¿por qué tantas personas en pro de algo o alguien?, y ahí mismo, donde se encuentran todas estas personas, resuelvo mi curiosidad.

La respuesta a mi curiosidad evidencia la gran necesidad de nuestras ciudades colombianas, un sentir o el deseo de una persona guerreando su sustento bajo un trabajo informal que llama la atención de muchos que acuden a observar dicha actividad; trabajo informal que no es permitido por las autoridades policiales de la ciudad debido a que es ocasión de invasión del espacio público. Independientemente de si es permitido o no, observo un hombre de aproximadamente unos 45 años de edad, con un maletín negro sostenido en su mano derecha y una planta de color verde en su mano izquierda, ayudado por una mujer de estatura baja con una blusa azul claro y un pantalón estilo *jean* ya desgastado. El hombre dispone de una pequeña mesa en madera, en la que instala unos equipos de sonido, unas cajas doradas totalmente herméticas que sacan de aquel maletín negro, unos catálogos y la planta, conocida como sábila, ambos personajes trabajan mancomunadamente, mientras el hombre con un micrófono portátil se presenta como “Carlos”.

Carlos, en un tono de voz fuerte en el que se evidencia criterio y conocimiento, invita a todos los que están alrededor del parque a que se queden y a los que pasan observando que se detengan y conozcan las bondades de la naturaleza ofrecidas por la planta de sábila. En menos de diez minutos, crea una atmósfera dentro del espacio público totalmente ajena a lo que es el parque central de la ciudad; ayudado por su acompañante, que supongo ha de ser su esposa, inicia lo que él llama una conferencia que ayudará a todos los presentes a entender los poderes regeneradores de belleza y salud que posee la sábila. El orador especifica que la sábila ayuda a bajar el colesterol, reduce los tumores, previene cálculos renales, baja la presión arterial alta y previene las enfermedades cardiovasculares, entre

muchos otros beneficios, como el contenido de vitaminas A, C, E y B1, B2, B3, B6 y B12, y su riqueza en ácido fólico y en minerales, que incluyen calcio, magnesio, zinc, cromo, potasio, entre otros; asimismo, afirma que se puede consumir como refresco ayudando a desintoxicar el cuerpo de todos los residuos intestinales, beneficios que, como lo demuestra Carlos, están plasmados en aquel folleto sacado del maletín negro y puesto sobre la mesa de madera y cuyo costo es de \$ 2000 mda/cte.

Iniciada su conferencia y ya transcurridos unos cuantos minutos, he perdido la noción del tiempo y olvidado la congestión auditiva que generan la calle 38 y la carrera 32 por ser vías principales alrededor del parque central, niños jugando, personas vendiendo mecato y minutos, todo ello queda relegado en un solo espacio y es en el espacio temporal de Carlos. Soy cautivado por el discurso, no solo yo, sino también todos aquellos ciudadanos que observamos y rodeamos a este personaje que vende un producto cuyos beneficios desconocíamos; me sorprende la magnífica forma de como este hombre sin estudios en salud, en las ramas médica o alternativa, se apropia de un producto y lo presenta con todo el criterio académico que muchos profesionales en salud, quizás, no podrían emular.

El número de personas que calculé antes ha aumentado, se ven jóvenes que se van murmurando sobre la actuación de Carlos, le pregunto a uno de ellos la razón y su respuesta es “pura carreta habla ese *man*”. Carreta o no, se observa en Carlos una cualidad oratoria inigualable con la que logra acaparar las miradas y relacionarse con otros. Un gran número de personas se integra en un mismo espacio a escuchar, no importa si estás en bermuda o pantalón, si posees dinero en los bolsillos o no, todos los participantes confluyen y están en un mismo espacio, están dentro del espacio de Carlos, el hombre que llegó a promocionar y vender un producto natural que beneficia y regenera tu sistema digestivo y contribuye a tu belleza.

La conferencia se extiende durante ya más de una hora. Estella, una mujer dentro del grupo de espectadores, pregunta si la sábila le ayuda a mejorar el acné de su hijo de dieciséis años, a lo que Carlos, responde:

Claro, mi señora, la sábila contiene minerales ricos en lactato de magnesio, que es un inhibidor de la picazón por lo que es comúnmente utilizado como producto para aliviar picaduras de insectos, acné, quemadas de sol, alergias y otras condiciones tóxicas

de la piel, ayuda en el proceso de sanación de heridas, a proteger, humectar, nutrir y regenerar los tejidos a nivel celular.

Después, Carlos insiste en el gran poder de la planta sábila y recalca la importancia de tener en cada hogar ese folleto donde se especifican todos los beneficios de la planta: “A tan solo la única suma de dos mil pesitos señores y señoras, llévenlo y mejoren su calidad de vida”, muchas personas se acercaron y decidieron comprar el folleto de la sábila, podría decir que alrededor de doce a quince personas lo adquirieron. Pensé que era el fin de la admirable cátedra impartida por un vendedor informal en un pequeño lugar del espacio público del parque principal de la ciudad de Villavicencio, pero no fue así.

Ese hombre, que reunió un gran grupo de personas a su alrededor para vender un folleto, no se detuvo ahí, continuó exponiendo los beneficios de la sábila, pero ahora promocionaba un producto en polvo elaborado por un laboratorio coreano, que integra todos esos beneficios de consumir la sábila natural, y, además, es eficaz en mejorar la calidad de vida sexual en hombres y mujeres, pues actúa como afrodisiaco o regulador del deseo sexual en la pareja. Me impresionó ver que mucha gente que ya retomaba su recorrido regresó para escuchar a Carlos hablar sobre ese nuevo producto. Esas cajas doradas herméticas, puestas en la mesa de madera antes de iniciar su conferencia, ahora eran el motivo de su oratoria, extrajo de ellas unos sobrecitos pequeños con el contenido del producto ESTHELs, cuyo significado aún no lo entiendo, pero, según Carlos, se refiere a estimulación. El expositor recibe de manos de su ayudante dos afiches con los sistemas reproductores femeninos y masculinos para explicar el efecto del polvo y el accionar del mismo para mayor placer.

En los observadores se experimenta una cierta expectativa por conocer y encontrar en este nuevo producto quizás una solución a sus problemas sexuales, tema que causa mayor atracción y se evidencia porque el grupo se reduce a menos participantes quedando en su mayoría parejas y adultos mayores interesados en escuchar.

La socialización se aleja ya de todos aquellos beneficios de la sábila e inicia la interacción de Carlos con los asistentes, facilita la degustación del producto, quita de la mesa de madera la planta de sábila y posiciona en este lugar un botellón de agua que se encuentra sellado y con unos vasos desechables y escoge entre el público a cinco personas que deseen degustar el producto. Son cinco personas, cinco sobres dorados de ESTHELs

y cinco degustaciones que da a los observadores, sin antes mencionar que el producto es de reacciones inmediatas y que, por lo tanto, es mejor que se gusten entre hombres y mujeres, porque si hay hombres que le gustan otros hombres es mejor que no participen porque corren el riesgo de que “aflojen”, expresión a la que todos responden con risas.

Carlos apresura su exposición sobre el producto afrodisíaco ante la presencia de agentes de la policía:

Lleven este producto por un valor económico, totalmente económico, vaya a una tienda naturista y usted lo consigue en veinticinco mil pesos, cinco sobres para que usted se haga el tratamiento en un tiempo de quince días, pero yo aquí se los traigo por la suma de cinco papeletas a un valor de diez mil pesos o tres en cinco mil para que obtenga resultados en una semana y compruebe que su relación va a ser más efectiva.

Muchos señores adultos empiezan a sacar sus billeteras, pero no solo adultos ni hombres, también mujeres y jóvenes, es grande el interés en muchos que adquieren el producto, algunos compran las cinco papeletas por diez mil y otros no más tres por cinco mil, Carlos solicita la ayuda de su ayudante para recibir y dar el cambio, mientras él entrega las papeletas a los compradores.

Muchos compradores empiezan a hacer preguntas sobre cómo consumirlo, a lo cual Carlos responde: “Déjeme termino aquí y ya a cada uno los atiendo por separado. Llegó la policía”. Es evidente que en dicho espacio se generó una dinámica de confusión, pero de espera también por la explicación de cómo utilizar dicho producto. La ganancia del producto es superior a la obtenida con los folletos. Al final, sorprende cómo el expositor armó su plataforma en menos de diez minutos y cambió la atmósfera del lugar, además de lograr reunir a muchas personas durante un periodo de tiempo de dos horas, aproximadamente, en un pequeño espacio dentro de la plaza del parque principal. Los espectadores interactúan unos con otros a través de miradas, como diciendo “¿miremos a ver con qué sale este tipo?”, otros logran relacionarse temporalmente a través de un diálogo corto en el que se interrogan por lo que están visualizando dentro del espacio público que recorren a diario.

Dos horas durante las que se reunieron un promedio de entre quince a cincuenta personas, que interrumpieron sus actividades cotidianas intrigadas por saber qué iba a pasar en ese espacio.

Recogida toda la estructura móvil (mesas, sonido, afiches) del trabajo informal de Carlos y su ayudante, por la presencia de la autoridad policial, también es notoria la deserción rápida de todos los observadores. Carlos termina su actividad con tres palabras y atendiendo a los compradores del producto personalmente, como cuando se asiste a una consulta médica dentro de un consultorio, pero en este caso el consultorio es el espacio público y al aire libre. Tres palabras “Gracias a todos”.

Yo pues me someto a vender productos naturales, en la actualidad estoy promocionando unos libros de la sábila, donde los libritos le explican a mí y a la persona que lo lleve cómo se utiliza la planta, pero no solamente la sábila, si no muchas plantas que hay sobre la faz de la tierra, cómo se utilizan, para qué les sirven, qué cantidad deben de utilizar, todas esas cuestiones de que mucha gente desconoce y no lo hace porque no tiene idea. Hoy día lo persigue mucho a uno las enfermedades degenerativas, que como la misma palabra lo dice es degenero muchas veces de uno como ser humano, cuando ya se acuerda uno de la salud es cuando ya está enfermo. A eso me dedico yo a promocionar, en la actualidad estoy promocionando unos libritos de la sábila, en donde vienen otra cantidad de cosas como el cómo utilizar el ajo, la cebolla cabezona, limón, lo que es la planta, el arambu, la caléndula, la yerbabuena. Yo trabajo aquí en el parque de lunes a viernes, siempre y cuando me dejen, usted sabe, como saben que en el espacio público hoy día molestan mucho por lo mismo, porque ocupan mucho el espacio público, la policía pone mucho inconveniente. Yo comienzo a dialogar sobre lo que es la planta entonces la gente que se interesa se para y me pone su atención.

Compro los libros en una parte donde los venden y vengo a venderlos acá. El costo del libro es de dos mil pesos, trabajo de diez a doce del día.

El producto coreano es para ayudar a prevenir el cáncer y ayudar a estimular la vida reproductiva tanto en el hombre como en la mujer. Yo me capacito leyendo libros, tengo una enciclopedia de plantas medicinales.

La gente recibe normal el producto, la gente me conoce que este es mi trabajo y me pregunta sobre el producto cuando me ven en la calle y no estoy trabajando.

El Gobierno, la ley debería de organizarlo a uno, deberían de organizarnos y ubicarnos donde uno pueda laborar y hacer su día, uno vive del día a día. Según la autoridad, uno les mama gallo ocupando el espacio público, pero no es eso, yo vivo del trabajo en el espacio público.

Para mí el espacio público, es donde el peatón tiene derecho a circular, a no hacer ciertas cosas, no hacer estorbo, pero eso es dentro de un parque. (Entrevista realizada a Carlos).

Significado de la plaza de Bolívar de Pereira

Orlando Bedoya Giraldo²⁹

La plaza de Bolívar de Pereira es el nodo más importante de la ciudad, posee las condiciones para serlo. Tiene el valor histórico de ser el lugar de fundación y alrededor de ella creció la Villa de Cañarte y las funciones principales se dieron y se siguen dando a su alrededor. Está ubicada en el centro tradicional (no hay centro histórico), es el centro de los corredores comerciales de las carreras 7.^a y 8.^a, desde los parques el Lago y la Libertad, así como el eje de la calle 19, es decir, es el centro del centro. En esta plaza está el Bolívar desnudo del maestro Rodrigo Arenas Betancourt, símbolo de la ciudad y su imagen de libertad e independencia por encima de uniformes y tradiciones. A su alrededor está la alcaldía, la catedral, bancos, oficinas y viviendas de prestantes miembros de la sociedad pereirana. Esta plaza es el elemento arquitectónico más significativo para los pereiranos.

En la década del noventa, cambió de parque a plaza, perdió las zonas verdes y se convirtió en zona dura como centro de encuentro cívico, solo conservó los frondosos árboles de mango que vienen con la historia de la plaza y sirven de protección para las inclemencias del clima, que pasa de sol intenso a aguacero en el transcurso de un día. En esta remodelación se le dio mayor importancia al monumento de Bolívar, se construyó una columnata de palmeras y un arco de banderas que le da respaldo al libertador; también, en aras de dar mayor altura al monumento y trazar un ágora, se deprimió el centro de la plaza generando una escalinata periférica que se usa como sitio de descanso y encuentro debajo de la sombra de los mangos.

29 Magíster en Gestión Urbana, Universidad Piloto de Colombia. Curador urbano n.º 1 de Pereira.

En esta plaza, en su esquina nororiental (calle 19 con carrera 7.^a), está la “oficina”, al frente de la alcaldía “para que no tenga pierde”. Esta esquina lleva más de 20 años recibiendo de lunes a viernes y de 8 a 12 y de 2 a 6 al grupo de personas de la tercera edad, algunos jubilados, que con rigurosidad llegan para cumplir con sus funciones, negocios y a sentir que siguen vivos, que son útiles, que todavía producen y encontrar un lugar donde no estorben.

A esta edad no nos van a dar trabajo, acá venimos es a recochar y hacer negocios, por ejemplo, la gente que vive de negocios está de buenas, compra y vende unas cosas baratas, pero uno que es pensionado gana muy poquito y a veces pierde, a veces uno viene con relojes y los vende. Aquí está la gallada, la vieja guardia, venimos a hablar mierda aquí. (Entrevista realizada a Martín).

Esta esquina es estratégica, queda al frente de la alcaldía y en el eje hacia la gobernación, todo el que va a Pereira a hacer negocios pasará por esta esquina, todo el que quiera conocer el Bolívar desnudo o ir a la catedral, pasará por acá. No existe mejor esquina para hacer un negocio. Este sitio ha sido de tradición, en el imaginario popular existe dos visiones, el de un grupo de asesores que saben cómo se mueve el negocio inmobiliario o el del lugar donde los jubilados se van a recibir sol.

Para los residentes es la “oficina”, el lugar donde trabajan y sociabilizan, allí es donde tienen la oportunidad de que cualquier comprador o vendedor encuentre el intermediario indicado:

Pues la verdad comenzó con gente que ya están muertos, mucho comisionista, gracias a Dios a mí me ha ido muy bien con las comisiones, porque venía mucha gente de España y de Estados Unidos a comprar, pero ahora ya no se consigue tan fácil. Hasta ahora cuatro o cinco años era bueno, pero hoy en día, ay, ay, ay, uno se demora de uno a tres meses en hacer el negocio, solo viene a vender, no comprar. Es que incluso a los de España les está yendo duro. (Entrevista realizada a José).

Esta narrativa identificó la localización en diferentes sectores de la ciudad de lugares similares, pero que son mercados fragmentados, en la peatonal de la 18 se comercializa cachivaches y hasta mercancía robada, en el parque Olaya, vehículos y motos, pero la oficina es la única claramente identificada por la población en general.

No, no, no, llevo seis meses sin ganarme un peso, cuando uno hace una comisioncita de uno o dos millones, ya debe esa plata, y guarde un poquito para pasar los otros 6 meses. Yo por ejemplo no tengo pensión. Afortunadamente tengo ya mi casa, pero uno se siente ya como un arrimado. (Entrevista realizada a Benjamín).

El grupo de residentes son homogenizados por la edad, pero, realmente no son todos iguales: hay pensionados, desempleados, con recursos o los que viven al día. El elemento en común que genera la cohesión entre ellos es la falta de un lugar donde se sientan valorados, allí se sienten importantes y reconocidos por su conocimiento. A pesar de que son conocidos como comisionistas, no todos manejan los mismos tipos de negocios ni del mismo nivel. Están los que manejan casas de menos de 100 millones de pesos, los que venden relojes, los que venden casas de alto valor, los que manejan fincas y hasta minería y manejo de metales.

Si no nos fuera bien no nos mantendríamos acá, pero la verdad si quiere adelgazar, véngase a comisionar, a aguantar hambre. Muchas veces no se tiene para tomarse un verraco tinto, teniendo que irse a Dosquebradas a pie porque no tiene para el bus, yo me vengo a pie y me voy a pie. (Entrevista realizada a Benjamín).

A que es que viene, a invertir plata a comprar barato a hacer negocios cambiar un reloj y perder tiempo y a charlar, y todo el día a hablar. Aquí se viene porque a esta edad ya no hay trabajo y acá uno se entretiene se junta aquí, con los negocios que hay alrededor, esa es la labor de uno, la mayoría de ellos si está en su comisión yo no entre en los negocios de los comisionistas. (Entrevista realizada a Rafael).

Sí claro, mucha gente leal firme para los negocios y gente que es trabajadora. Como en todo, hay gente que se esmera en hacer clientes, o que es gente educada y que está en un medio en el que conocen gente buena, preparada, etcétera. ¿Cierto? (Entrevista realizada a James).

El tipo de relación que se genera en este lugar es circunstancial, a pesar de compartir un espacio reducido y con una alta frecuencia no se generan fuertes vínculos de amistad ni se reconocen jerarquías. El vínculo más importante es el sentirse acompañados y encontrar a quién hablarle y escuchar, pero

para los que están en los negocios todo vecino es competencia y se genera mucha desconfianza, ante un posible negocio se guarda la mayor prudencia por seguridad y para que el cliente no se lo “baje” otro comisionista.

Pues muchas veces hay gente con la que nos llevamos bien, pero otros que la envidia los mata, si usted hace un negocio, se llenan de envidia lo dañan lo tuercen, mira la propiedad la venden y uno queda por fuera. Al principio uno llega y ya lo miran a uno raro porque como esta nuevo, creen que les va a quitar uno la comida y eso es suerte [...]. (Entrevista realizada a Benjamín).

Seguridad

Ahora, usted me hizo una pregunta muy importante anteriormente, y es sobre la seguridad, si esto era seguro. Vea, siendo sincero debemos decirnos esto. Desafortunadamente existe un alto grado, falta de sinceridad y honradez de los que están trabajando acá. (Entrevista realizada a James).

Para ellos, el tema de la seguridad es recurrente e importante, sienten que manejan información confidencial que en malas manos podría ser peligrosa, como es el caso de ubicar propietarios para extorsionarlos. Igualmente, los que negocian relojes y joyas mantienen sumas importantes de dinero en efectivo para comprar, por lo cual desconfían hasta de los amigos. A pesar de ser un lugar público, tienen identificados a los comisionistas permanentes y al ver personas extrañas se genera una alerta, pero no recurren a la fuerza pública.

No es que exista mucha seguridad, pero solo hasta las seis p. m. pasadas pasa gente bien con su familia, pero después de las siete esto se convierte y solo se ven marihuaneros y ratas y ladrones. Ve, por ahí hay un amigo mío que se llama Miguelito, aquí le dieron escopolamina, la verdad no sé cómo paso la cosa, eso paso la semana pasada, él es comisionista. Esta semana llegó una muchacha y un tipo que buscaban un comisionista para la compra de una casa, Miguelito les dijo que claro, que él tenía una casa así. Entonces, se fueron por allá, por el parque industrial, y le dieron escopolamina, le robaron el reloj los anillos de oro, y 10 millones de pesos. Pues ya hay una información general, algún sospechoso y la gente lo reporta, incluso en este gremio, con esta gente me cuida a ratos, no

soy comisionista, sí trabaje un tiempo en eso, pero es un suelo de mucha competencia. (Entrevista realizada a Edilio).

Sí, eso es lo que nos ha dañado a nosotros la propiedad raíz, por que como ya nosotros no sabemos manejar un computador, como no estamos actualizados. Por ahí, hace cuatro o cinco años que cogió eso fuerza y a nosotros se nos rebajó mucho la comisión, porque si usted necesita una propiedad usted la busca por internet, y, por ejemplo, usted necesita una casa y yo se la mando a usted por internet y usted la ve y todo, en cambio aquí, uno hay veces ando un mes con las propiedades, entonces eso sí ha dañado mucho, por las nuevas tecnologías y como nosotros no sabemos manejar... es difícil, por eso se nos ha dañado la comisión, porque todo mundo hoy se entra a internet. (Entrevista realizada a Carlos).

La fortaleza de este lugar es la interacción directa, el cara a cara, para hacer negocios confían en la lectura que hacen de la cara del otro y sus gestos, esa ha sido la tradición y seguridad que brindan a los clientes. Existen revistas especializadas de reciente aparición de los gremios de la construcción o una muy particular que se llama *El Acierto*, la cual concentra toda la oferta de vivienda popular, con lo que logran manejar y entender la dinámica del mercado inmobiliario. Pero, la virtualidad generó un mundo que no conocen y no creen tener posibilidad de acceder, hoy en día existen páginas especializadas que muestran a nivel local, nacional e internacional ofertas de bien raíz, por lo cual el usuario no requiere ir a la plaza de Bolívar y ellos, dada la disminución de posibles clientes, saben que ante esto están destinados a desaparecer de la actividad.

Pero ni así, yo tengo avisos en internet, y tengo incluso avisos en la revista *El Acierto*, hay público, tengo incluso un amigo que publica en el *Diario del Otún* y de vez en cuando le pido que me busque un buen espacio para ofertar, pero incluso así es muy difícil, porque viene la persona con plata y ofrece menos, aprovechándose de la crisis, quieren las cosas muy barato. (Entrevista realizada a José).

Futuro

Se llama la esquina del “tuvo”. Porque él tuvo finca, él tuvo carro, él tuvo de todo, y ya no tiene ni un culo. (Entrevista realizada al Metido).

Este grupo de habitantes tienen un futuro incierto, no por la falta de clientes y su migración al internet, es incierta la necesidad de su presencia

en esta esquina. Si no se tiene una disculpa para ir a la esquina, tendrán que permanecer en sus casas, donde son parte del mobiliario, donde no tendrán aliciente porque no son escuchados, no tendrán con quién compartir las maneras como se arregla el país y cómo es que antes se hacía mejor.

A ratos que me da una desilusión tan verraca que una vez me quise ir. Se fueron todos me dejaron solo, de dos mujeres ya no tengo ni una, los hijos grandes, las niñas grandes, bien aburrido porque no acabo ya con esto, así que cogí un collar, de una perra labradora, en el patio, lo puse, coloqué la banquita, me iba a ahorcar y en ese momento me acordé de Dios, y me dije, Dios perdóname. Bajé de la banca y me fui a la iglesia a orar. Un día de estos vamos a hacer un paro de jubilados y vamos a joder este país. (Entrevista realizada a Benjamín).

Sociolugares públicos de Guadalajara

Parque canino La Calma

Ignacio Torres³⁰

En el mundo hay varias ciudades a las que se les dice la perla. En México, tenemos una Perla de Occidente, que con cariño llamamos la Perla Tapatía: Guadalajara. Es la capital del estado de Jalisco y pertenece a una conurbación, la zona metropolitana de Guadalajara (ZMG) junto con otros siete municipios, sumando en total 4 641 511 habitantes, casi dos terceras partes de la población del estado, donde seis de cada diez personas tienen mascota.

Este último dato es importante, porque el espacio abordado como sociolugar espontáneo fue pensado para este sector de la población. El lugar se llama parque canino y pertenece a una red de espacios destinados especialmente para perros (ocho en total), que el Gobierno junto con empresas privadas y en coordinación con vecinos comenzó a instalar en distintos parques de la ZMG. El parque estudiado es el parque canino La Calma, se encuentra en el municipio de Zapopan, al sur de la ciudad, y se inauguró el 22 de junio del año 2014.

30 Psicólogo de la Universidad de Guadalajara.

El Gobierno municipal de Zapopan aportó el terreno con una superficie de aproximadamente 100 metros cuadrados con capacidad para setenta mascotas y sus dueños. El área se delimita por una cerca de malla ciclónica. Dentro se instalaron juegos para los perros, las instrucciones de uso, bancas para las personas, el reglamento del espacio, botes de basura y bolsas especiales para que los dueños recojan los desechos de sus perros. Como medida de seguridad, hay una entrada de doble puerta, una de las cuales debe permanecer cerrada cuando la otra está abierta. El espacio para caninos se encuentra dentro del parque La Calma que se caracteriza por su amplitud y gran cantidad de árboles. La gente suele ir a hacer deporte, visitar el área de juegos para niños o sencillamente pasar un tiempo relajándose en el pasto.

El acceso y uso del parque canino es completamente gratuito. El espacio es sede de servicios como campañas de vacunación y esterilización que están a cargo de los gobiernos municipal y estatal, junto con el mantenimiento y rehabilitación del espacio. Las asociaciones civiles y empresas privadas aportan con campañas de adiestramiento, adopción y concientización sobre el maltrato animal y su denuncia.

El parque canino se visita toda la semana, de lunes a viernes la hora de más afluencia es entre 7:30 p. m. y 9:00 p. m., después de que la mayoría de la gente ha salido del trabajo; mientras que los sábados y domingos hay actividad desde las 10:00 a. m., pues los domingos es cuando hay más usuarios.

Es un viernes a las 6:30 de la tarde. Un señor y sus dos hijos, de entre siete y doce años, están dentro del parque canino, su perro pastor alemán corretea con un perro blanco del mismo tamaño. De repente, otro perro entra en escena. Llega corriendo sin correa perseguido por su humano. Los perros se acercan y olfatean, y sus dueños intercambian un gesto a manera de saludo.

Comienza a caer un poco de lluvia, pero debajo del espeso follaje de los árboles no se siente tanto como en la calle. Las personas permanecen como si nada, hasta que la lluvia se pone realmente intensa. Todos se van. Pasa la lluvia. Una chica pasea un perro pitbull con correa. Trae consigo una bolsa para los desechos del perro. Llega a la entrada del parque canino, y mientras quita el seguro de la primera puerta saluda a un par de jóvenes que se acercan a la misma entrada. “Hola” —dice ella—, “hola, ¿cómo estás?” —le responden—. Pasando la segunda puerta, la joven libera al perro de su correa y este pega carrera dando una vuelta de reconocimiento a toda el área. Corre con mucha velocidad y fuerza, ignorando las rampas

y los juegos. Regresa a la entrada, los jóvenes llegaron y se encuentran en el espacio entre la primer y segunda puerta. Su perro parece husky. Los perros se miran a través de la puerta, es un momento usual cuando se trae a un perro, hay que tener paciencia mientras ellos se reconocen. Ladran, saltan y luego se calman. Los dueños están cerca, atentos a ellos y sus reacciones. Comienza a llover y, de nuevo, parece no afectar a nadie, aunque ninguna de las tres personas trae chamarra o algo con qué cubrirse. Permanecen ahí hasta que la lluvia cae con mucha intensidad. Casi en el mismo momento que se van del parque, la lluvia cesa.

Muchos perros traen correa, y se nota una explosión de libertad en cuanto los sueltan una vez dentro del parque canino. Por ejemplo, tres perros de raza pequeña que trajo una señora, cuando le quitó las correas, los tres salen disparados a recorrer el área. Desde fuera se acerca un señor con su hija y la levanta en brazos para mirar a los tres perros, como si estuvieran en un zoológico.

La señora que tiene los tres perros pequeños y que entró al parque canino estuvo unos minutos sola. Después de un rato se acercó por fuera del parque una pareja, como de alrededor de los sesenta años, que traían a un perro con correa. El señor se quedó en la parte de atrás del parque y la señora se dirigió a la entrada con el perro, ahí se les acercaron los tres pequeños. La dueña de los tres también se acercó a la puerta y las dos señoras comenzaron a platicar, pero no más de cinco minutos. La señora que no entró al parque siguió caminando llevando a su perro de la correa, y justo pasando el parque canino se encontró con otro perro, también pequeño y con correa, que paseaba un chavo. Se empezaron a olfatear, empezaron a jalar. Al principio, el chavo estaba escribiendo en su celular, como si la interacción estuviera reservada a los perros. Pero cuando comenzaron a jalar más fuerte, la señora le quitó la correa a su perro y el chavo soltó la del suyo y echaron a correr, al hacerlo la señora y el chavo comenzaron a platicar. Conversaban y de vez en cuando dedicaban una mirada sincronizada hacia los perros que seguían corriendo juntos. Estos se acercaron a la reja del parque canino y atrajeron a los tres que estaban adentro, junto con ellos se acercó su dueña, que seguía adentro, y el señor de la pareja que se había mantenido a distancia.

Comenzó otra conversación, la señora dentro del área para perros y el señor por fuera. Después de unos minutos el chavo y la señora se acercaron a la reja y los cuatro empezaron a platicar. Se alcanza a distinguir la pregunta “¿qué perro era...?”. Los tres perros que están dentro se alejan de la reja, les

llamó la atención un perro que acaba de entrar con su dueño. La dueña de los tres perros los sigue desprendiéndose así de la conversación. Pero comienza otra con el chavo que trajo al nuevo perro al área. Conversan poco tiempo, la señora pone la correa a sus tres perros y salen del parque canino. Las tres personas que estaban junto a la reja continúan con la conversación.

La señora con los tres perros, aunque salió del parque canino, no se fue del parque. Comenzó a platicar con el chavo que llegó al área de perros. Ella afuera y él adentro. El contacto se mantiene por más de diez minutos, aunque la conversación es intermitente, pues el joven dentro de la reja por momentos se aleja, pero la señora permanece ahí, junto a la reja, sujetando a sus tres perros por la correa. Cuando al fin se va, el joven se queda dentro viendo como sus perros corren y juegan con unos niños. Los niños se suben a las bancas que están dentro del área, como resguardándose de los perros, y en cuanto los perros se distraen, los niños corren a otra banca y se suben entre gritos de emoción y ladridos. Son dos niños y una niña, ninguno de más de siete años. Tal vez no tienen perro en su casa, y aquí pueden jugar con los que visitan el parque.

A las 8:30 p. m. se encienden las luces. Hay una lámpara especial que ilumina el área del parque canino y, aunque la noche cambia el escenario, no se percibe alguna sensación de inseguridad. La gente permanece con sus perros, algunos por su cuenta y otros conversando en grupo.

Adela, una joven a principios de sus treinta, comparte que es muy fácil iniciar una conversación con los dueños de los perros, al menos el saludo nunca se niega. Ella viene casi todas las tardes entre 7:00 y 8:30, después de trabajar. Comenta que son casi las mismas personas las que vienen a esa hora. Traen a sus perros y comienzan a platicar. Al principio, cuando recién conocen a alguien, el principal tema del que se platica es sobre los perros, y conforme se va conociendo a las personas se va platicando de cosas más personales, como por dónde viven o en qué trabajan. Pero Adela insiste en que es fácil comenzar una conversación.

El objetivo de las personas que van al parque canino es encontrar un lugar seguro donde puedan soltar la correa de sus perros para que corran y jueguen sin preocupaciones, sin embargo, surgen interacciones con personas que se encontraron sin planearlo. Bien pueden ser efímeras, como un saludo, o tan impredecibles, como ayudar a detener a un perro que se escapa, un contacto a edad temprana con los animales que puede resultar en el juego de los niños con perros ajenos, y con suerte hasta conversaciones donde se conoce un poco más sobre la persona con quién se comparte el lugar.

Gimnasia y tercera edad en el parque de La Estancia

Bernardo Jiménez³¹



Imagen 3.9. Grupo gimnasia tercera edad.
Fuente: Bernardo Jiménez.

En la zona metropolitana de Guadalajara, el municipio con mayor población es Zapopan y es, a su vez, el segundo más poblado del Estado de Jalisco. Sin embargo, está integrado geográficamente y transitando por sus calles es difícil reconocer los límites con Guadalajara como municipio. Se habla del poniente de Guadalajara para referirse a lo que es el municipio de Zapopan. Del total de su territorio,

tres cuartas partes se dedican a la agricultura y 15 % es bosque, el resto forma parte de la zona urbana. Zapopan era conocido como la “villa maicera de México”; pero, ahora, muchas de las tierras en las que se cultivaba el maíz están urbanizadas y forman parte de la mancha urbana, de la ciudad extensa. Se dice que cuenta con las mejores zonas residenciales de Guadalajara y cuenta con un gran número de centros comerciales y también industrias.

En una de las zonas con varios centros comerciales y colindando con el parque metropolitano, cuyo plan inicial pretendía imitar al Central Park (sin que se haya construido desde 1989 más del 30 % de dicho plan original), se encuentra la colonia residencial La Estancia, que gozaba hasta hace unos diez años de la fama de ser una colonia tranquila, bien urbanizada y con una buena organización vecinal. Con el proceso de urbanización acelerada y la irrupción de centros comerciales y supermercados en un gran espacio concentrador y la generación consecuente de comercios sobre las principales avenidas, así como de oficinas de muy diverso tipo, aprovechando el cambio de uso del suelo previo a la construcción del principal centro comercial, La Estancia dejó de ser solo habitacional, se fracturó el espacio y los trayectos

31 Doctor en Psicología Social. Profesor investigador en el Centro de Estudios Urbanos de la Universidad de Guadalajara.

peatonales, se alteró la imagen y se intensificó exageradamente el tráfico automotor por todos los rumbos. Esto a su vez propició la invasión de andenes peatonales o su supresión, aumentó el ruido, las congestiones y en especial la inseguridad, tal como ha sucedido en casi toda la zona metropolitana de Guadalajara en los últimos años.

Un contrapeso a estos procesos urbanos desordenados y unilaterales son los abundantes parques vecinales con los que cuenta la colonia, el principal y el más grande, y sede de la asociación de vecinos, es el que nos ocupa en esta narración. Está situado en la calle Johannes Brahms entre Liszt y Berlioz, en un rectángulo que abarca 8 cuadras. Tiene más de 30 años de construido sobre terrenos que con anterioridad eran agrícolas y por los cuales cruzaban arroyos, donde ahora no existen, pero así se sigue nombrando.

El parque era conocido con el nombre de El Pulpo por los juegos infantiles que se ubicaban detrás de la oficina de la asociación vecinal. Esos juegos se fueron deteriorando por falta de mantenimiento y en parte fueron vandalizados por los visitantes nocturnos. Hace poco fueron reemplazados por unos diferentes, de tal forma que el pulpo famoso ya no existe. Estaba rodeado al principio solo de pinos y eucaliptos, que en el presente han crecido mucho, pero están enfermos con la plaga de muérdago, en especial los eucaliptos, uno de los cuales se cayó hace unos años sobre la calle Brahms, justo antes de una poda radical para intervenirlos. A partir de entonces, se han plantado otras especies más adecuadas alrededor del parque y el andador que lo rodea.

Hubo una intervención polémica hace unos quince años, cuando un político impuso por encima de la opinión de los vecinos, que tenían por las consecuencias, dos canchas de básquet y fútbol, justo en el centro del parque (esto a pesar de la cercanía del parque metropolitano que tiene espacios para tal fin) y que se han prestado con el tiempo para que el parque de La Estancia se use como si fuera más un espacio deportivo abierto que un parque vecinal tranquilo. Esto porque no hay control horario en los espacios de las canchas deportivas impuestas, con el consiguiente ruido, a veces hasta después de media noche y los fines de semana desde temprana hora, la invasión por grupos que vienen a consumir licores o drogas en la noche y una actividad permanente que acabó en parte con la tranquilidad de la que tanto presumían los vecinos. El aviso que se puso por acuerdo vecinal, que prohibía el uso de las canchas después de las 11 p. m., una hora muy razonable, no solo no fue atendido, sino que el aviso mismo fue vandalizado.

En las tardes y alrededor de los juegos infantiles renovados, al igual que en las bancas sobre los andadores, se concentran las madres en grupos para cuidar a sus niños mientras juegan e interactúan con las vecinas. También asisten personas de la tercera edad que se sientan en las bancas disponibles.

Con el tiempo, un grupo de señoras de la tercera edad, alrededor de diez, todas mujeres, que solían salir a caminar varios días a la semana, algunas con sus esposos mayores y ya enfermos, otras incluso con andadoras, y tal como hace cada vez más gente a diferentes horas del día en el parque, en especial en las mañanas y en las tardes, se reunían espontáneamente a convivir en la misma esquina que las madres y sus niños.

A partir de ello, y aprovechando que una de las señoras había tomado un curso como instructora de gimnasia, comenzaron a reunirse para ejercitarse en las mañanas, primero de manera informal y luego se pusieron de acuerdo en hacerlo martes y jueves a las 9:30 a. m., horario en el que el parque está más tranquilo y hay poca gente. Entre los de mayor edad está una señora de 90 años que iba al inicio con un señor que ahora tendría 94, y que ya murió. Hay una lista de hasta quince mujeres de la tercera edad, que, a partir de su interacción en el parque, comenzaron también a reunirse en la asociación de vecinos desde hace unos tres años, su promedio de edad está entre los 60 y los 75 años. Con el tiempo, y por solicitud del grupo, se comenzaron a desarrollar actividades diversas gestionadas con el apoyo de la asociación en su sede del parque y también lograron que una camioneta del Sistema del desarrollo Integral de la Familia (DIF) pasara por ellas y las llevara para asistir a las actividades que ahí se desarrollan. Reciben pláticas sobre alimentación, salud y otros temas y desarrollan también actividades recreativas.

Casi todas las vecinas son de la calle Liszt y otras de la calle Mozart, situadas en las cercanías del parque, se siguen reuniendo de forma esporádica en el mismo lugar. Celebran los cumpleaños, se reúnen a tejer, hablan de sus enfermedades y de las familias, comparten recetas de cocina. La mayoría ya no tiene hijos en casa, hay dos viudas, pero la mayoría tienen a sus maridos. Cuando alguna se enferma las otras van a la iglesia y rezan. Hay otros grupos de mujeres más jóvenes con las que a veces conviven, pero ellas van al parque con sus niños y básicamente para cuidarlos, porque se considera peligroso dejarlos solos. Las señoras del grupo de la tercera edad a veces llevan platillos y los comparten ahí mismo en el parque. Porque no se acostumbra hacerlo ni verse en las casas a pesar de la cercanía.

Según una de ellas con la que charlamos:

Hacemos ejercicios para relajar el cuerpo y nos rotamos la coordinación. Comenzamos a las nueve y media y después de hacer ejercicio conversamos un rato y nos vamos caminando a nuestras casas. Celebramos los cumpleaños también en ocasiones nos vamos a desayunar a un restaurante cercano. Hablamos de enfermedades, de las novedades en la familia, somos mayores y ya no tenemos hijos en las casas, algunas somos viudas. Compartimos también recetas de cocina.

Al grupo, que es variable, se lo ve llegar al parque y dirigirse a un espacio sobre el andador, al lado de una banca y de la cancha de fútbol, casi frente a la calle Wagner. Algunas señoras ya están caminando en el parque antes de que se junten, incluso una de ellas lo hace con andadera para ayudarse. Se saludan y conversan informalmente hasta que la que coordina la sesión inicia con las instrucciones. El ambiente durante la sesión de gimnasia es relajado pero disciplinado, siguen la instrucción de quien esté a cargo ese día, pero también ríen sin problema y hacen comentarios. Algunas cuentan cosas mientras hacen los ejercicios, otras se concentran en los ejercicios tratando de hacerlos de la mejor manera. Se trata de hacer una rutina en la que ejerciten todas las partes del cuerpo. Al finalizar, conversan un rato y lo siguen haciendo mientras se van caminando hacia sus casas, algunas permanecen más tiempo conversando paradas en una esquina antes de irse dispersando.

El grupo varía en cada sesión en número y asistentes lo cual, y dado que es una actividad espontánea, no es problema, quienes llegan se ponen de acuerdo, a veces se informan entre ellas que alguna otra no puede venir o que vendrá a la siguiente sesión. Cuando estaba tomando fotos, guardando alguna distancia, una de ellas me dijo que no tomara más, esto a pesar de que quienes ya me reconocían le contaron que no había problema. Yo le dije que tomaba las fotos a distancia y no personalizadas, pero ella, seria y desconfiada, insistía en que en todo caso ahora había medios para aumentarlas e identificarlas y que se podían usar para ubicarlas y que, con tanta inseguridad y secuestros, nunca se sabía. Las demás la calmaron e incluso hicieron algunas bromas al respecto. Comentaban que por eso era una gran ventaja conocerse y realizar actividades en grupo cuando asistían al parque, porque pasan muchas cosas en ese parque y han aumentado los asaltos a las viviendas y también en la calle, y cada una cuenta diferentes casos, por eso tienen sus teléfonos para llamarse cuando pase algo.

Me dijeron que no hacen ejercicios acostadas en el piso por lo que están en el andador y porque el pasto no está bien cuidado por falta de personal en el parque, además, alguna gente no recoge los desechos de sus perros cuando los saca a pasear, o más bien a hacer sus necesidades, según algunas de ellas, a pesar de que hay muchos avisos que piden recoger lo que hacen los perros. Algunas comentaban, sin embargo, que eso está cambiando porque hay más gente que lleva sus perros y sí llevan bolsas plásticas, pero que sigue pasando que a veces dejan sueltos a los perros mientras se dedican a otras actividades. Lo que caracteriza al grupo y lo mantiene espontáneo es que, a pesar de los inconvenientes, no usan los espacios de la casa sede de la asociación, en la que, sí se realizan actividades más formales, como clases de yoga y de artes marciales. El grupo no tiene una instructora o coordinadora externa, sino que autogestionan sus encuentros y actividades cuando se ven y de acuerdo con las que lleguen.

Lo que hay que resaltar en este caso es cómo un grupo se va quedando solo en un ambiente cada vez más hostil e inseguro, un parque que ha sido su lugar de reunión y esparcimiento, pero que ha cambiado para convertirse en algo más parecido a una unidad deportiva, parque canino, lugar ruidoso. Ellas, en lugar de alienarse o aislarse, se han adaptado: se ejercitan en una esquina de lo que se convirtió en cancha de fútbol, forzadas por el estado del césped que suelen ensuciar los perros; encuentran la forma de relacionarse y convivir en el espacio abierto, con base en una actividad doblemente saludable, tanto física como psicosocialmente. Alrededor de ello se autoorganizan y gestionan su actividad colectivamente, iniciativa que se extiende a otras actividades en el marco vecinal.

Por otro lado, el espacio y ambiente del parque y la cercanía de sus casas ha posibilitado estas interacciones y convivencia, y su surgimiento espontáneo. Estos espacios públicos abiertos, que existen aún en algunas zonas, están cada vez más ausentes en los procesos de urbanización extensa o están muy descuidados y, aparte, resultan inseguros. De ahí, la ventaja de los espacios públicos abiertos activos en la generación de convivencia, identidad y ciudadanía en nuestras ciudades.

El parque amarillo

Olga Becerra³²



Imagen 3.10. Parque amarillo.
Fuente: Olga Becerra.

Las cuatro funciones básicas de la ciudad moderna: habitar, circular, trabajar y recrearse, han sido los preceptos que han seguido los planificadores de las ciudades desde el siglo xx. En ese tenor, el diseño de los espacios de ocio y recreación fueron implementados como elementos reguladores del medio ambiente, con ello se quería incidir favorablemente en el espíritu humano y facilitar las

relaciones sociales, al constituirse en áreas de encuentro y promoción de distintas actividades de recreo.

El parque Amarillo, ubicado en la colonia Jardines Alcalde, municipio de Guadalajara, tiene su origen a fines de los años sesenta, con el nacimiento de la colonia. Su diseño cumple con las funciones que ofrece su categoría de parque de barrio: el paseo, la recreación y el descanso. El parque cuenta con un elemento de identidad entre vecinos y visitantes por el que es reconocido en la ciudad: una escultura urbana denominada oficialmente por su creador (el reconocido arquitecto tapatío González Gortázar) *La gran puerta*, la cual ocupa un lugar importante en el espacio del parque. Es un elemento monumental al que sus usuarios le han adjudicado una serie de nombres, como “monumento amarillo”, “puerta amarilla”, o “parque amarillo”. El color no ha cambiado a través de las diversas intervenciones de mantenimiento, reafirmando, si se puede, la voluntad entre los habitantes de mantener este hito urbano. En su diseño se integra un elemento a manera de talud, que tradicionalmente ha sido usado por niños y jóvenes como resbaladilla, por lo

32 Maestra en Investigación Arquitectónica. Profesor investigador titular A en la Universidad de Guadalajara.

general, en las tardes y noches. En esos momentos, este espacio se convierte en un sociolugar público con horas específicas de encuentro y reunión. Un elemento ya apropiado por los usuarios y unido a su vida cotidiana.

Existen distintas áreas en el parque, en el cual se realizan actividades para personas de todas las edades. Hay, por ejemplo, áreas de juegos infantiles fijos que incluyen columpios y resbaladillas; también, en estos espacios todas las tardes se instala un brincolín de plástico en el extremo oriente del terreno, para deleite de los infantes; así, mediante una módica cuota, por media hora los niños suben y bajan, brincan y se resbalan, mientras que los padres esperan en las sillas que inteligentemente los dueños del artefacto disponen para ellos, ahí pueden platicar con los otros padres e intercambiar comentarios sobre distintos temas. El entretenimiento de los infantes es, entonces, el pretexto para entrar en una dinámica de socialización, que abruptamente puede ser interrumpida por la caída de algún niño; lo cual vuelve a los padres a la realidad de su papel de vigías.

Las extensas áreas ajardinadas del parque se encuentran bien atendidas; se observa frecuentemente a cuadrillas de jardineros que mantienen en buenas condiciones el lugar, lo cual contribuye al uso de este espacio de encuentro y reunión; ahí descansan a sus anchas parejas y jóvenes adolescentes los cuales no extrañan una banca de material. Se les ve acostados, relajados, sin que nadie interrumpa su estado de ocio, hablando y compartiendo temas de interés común.

El área del parque no tiene desperdicio, debajo de un árbol (ficus), junto a una pequeña concha acústica, Rosa aprovecha para impartir clases de *zumba* a una veintena de mujeres de edad madura que habitualmente acuden de lunes a viernes a las 9:30 en punto para que la maestra comience con su clase; es ese el momento de liberar el estrés producido por sus responsabilidades como esposas, madres y abuelas, y no lo sacrifican. Antes ya han cumplido con algunas tareas como llevar a sus nietos a la escuela, dar de desayunar, realizar sus compras para la hora de la comida y otros pendientes, algunas veces deben acudir acompañadas de algún nieto. Mientras la abuela se mueve al compás de salsa, merengue y otros ritmos, el nieto se puede entretener con cuadernos de dibujo o juguetes, como es el caso de Daniel, que hoy no tuvo clases y acompaña a su abuela Sandra.

Desde hace ya más de tres años y medio, Rosa, de manera independiente, decidió impartir clases de *zumba*, ella recibe una cooperación de 25 pesos por

clase, de los cuales debe pagar cinco pesos al Ayuntamiento, que recoge el encargado del salón de usos múltiples. Rosa manifiesta una gran vitalidad, no considera su quehacer un trabajo, sino una rutina agradable, que en principio la beneficia a ella porque es una actividad que goza y quiere compartir con sus alumnas, que en su mayoría rebasan los cincuenta años. Rosa comenta: “Cuando tenga ochenta años, continuaré dando clases como hasta ahora, a mi ritmo, pero sin dejar de mover e invitar a mis alumnas a seguirse moviendo”.

El carácter de Rosa es colaborativo y no impositivo, lo cual complace a sus alumnas. La maestra al frente del grupo les marca los pasos, luego camina entre ellas para ayudarles, les dice: “Cada quien haga lo que pueda de acuerdo a su capacidad”, y comenta: “Que se esfuercen, pero no se lastimen”. Ella misma tiene problemas de articulaciones, en especial en una rodilla, por lo que debe tener cuidado al realizar algunos pasos. En este grupo los roles están bien definidos, maestra y alumnas; sin embargo, existe la oportunidad de realizar intercambios distintos, como las conversaciones espontáneas de un grupo que no es extraño, sino que está unido por la empatía, por las ganas de encontrarse día a día, lo que genera una socialización no forzada sino natural.

El parque, además de los espacios y actividades anteriormente descritas, cuenta con tres áreas destinadas para la estancia de dueños y mascotas. Se les observa agrupados en las distintas áreas, puede ser en la parte alta del parque, donde se ha formado una pequeña colina. Otros se reúnen en la zona poniente del parque, donde los perros juegan, mientras que entre sus dueños se generan el contacto y la interacción social. Ahí congregados, ellos se comunican las cualidades de sus mascotas, las bondades de tal o cual raza, las hazañas, las enfermedades y hábitos, o simplemente se fomenta la actitud contemplativa de las gracias del animal entre los usuarios del parque que no cuentan en ese momento con alguna mascota.

La presencia de perros en el parque es constante, se les ve a distinta hora del día. Por las mañanas, las mascotas y sus dueños se ejercitan corriendo alrededor de las sendas que lo circundan, aunque es por la tarde que se aprecia una mayor cantidad de dueños de perros dirigiéndose orgullosamente a su paseo cotidiano. Estos llegan al parque por las distintas calles de la colonia que convergen en él; ya sea trayendo a su perro de raza pequeña, chihuahua, french poodle, etc., o razas más grandes, como pastor alemán, pastor inglés o pitbull, el orgullo es el mismo. A diferencia de las mañanas, las tardes parece ser el momento para socializar de dueños y

mascotas, pues poco se observa a los dueños corriendo o caminando con su perro, sino más bien, se reúnen para charlar con otros dueños, sean conocidos o desconocidos; el pretexto es la mascota.

En las tardes, a pesar de que los perros están libres, siempre permanecen a buena distancia de sus propietarios. Las especies que ahí conviven son distintas y en algunos casos se puede decir exóticas, como Xolo, el xoloitzcuintle de Laura que corretea libremente con otras razas más ordinarias, sin darse cuenta de su estirpe de especie mexicana de más de 3000 años de antigüedad. Jorge trae todas las tardes, menos el domingo, a Capitán, un french poodle de ocho meses de edad, que en ese momento juega con Soni, una perra bóxer de apenas cuatro meses.

Jorge se turna con su hija de veinte años para pasear a la mascota familiar. Él acude desde las cinco de la tarde y se instala con el grupo de la colina, ahí permanece por aproximadamente una hora y media platicando con los demás dueños, sin considerar si son jóvenes o viejos. De repente, Jorge pierde de vista a Capitán, y mediante un “con permiso” va a buscarlo; a su regreso comenta que lo ha llevado a los parques especiales de perros, como el Extremo y el Hundido, pero, por la cercanía a su casa, se le facilita traerlo al parque Amarillo, considera que es un espacio amplio, tranquilo y limpio. Los dueños fomentan la limpieza de los deshechos de los perros: “Algunas veces, cuando veo que alguien no recoge lo que deja su perro, le pregunto si necesitan una bolsa de plástico y se las obsequio” (entrevista realizada a Jorge, usuario del parque). Existe la camaradería y la cooperación entre los dueños, algunos traen agua, que en un momento dado reparten entre los animales que lo necesitan.

El parque cuenta con bancas en varias zonas, sin embargo, algunos asiduos visitantes portan desde su casa su propia silla plegable con la intención de ubicarse según sea su necesidad, ya sea sobre las mismas sendas de cemento que conectan las distintas áreas del parque, o se instalan en las zonas de mascotas, manteniéndose en actitud vigilante. Una mascota cansada de jugar se recoge a los pies de su dueño, imagen evocativa del hogar. Se puede decir, entonces, que el parque se convierte en una extensión de un ambiente seguro y descansado en el que se logra la interacción social, y la apropiación tanto física como simbólica del espacio público.

Aun cuando el parque Amarillo no está diseñado y destinado solamente como parque de perros, la junta de colonos ha intentado cercar un área para

reubicar a las mascotas. Sin embargo, Oscar el dueño de Judas, otro bóxer de cuatro años, parece muy enterado de las dimensiones de los parques especiales para perros y opina que tendrían que darles un área de 1200 metros cuadrados, “es lo ideal, de ahí para arriba”. Oscar no está de acuerdo con que en algún momento el parque fuera exclusivamente para perros, pues al oficializarse, por su carácter público, “se abriría demasiado vendría gente de otros lados, incluso de colonias lejanas”, “yo vivo solo y trabajo en Oblatos (colonia popular de Guadalajara) y un día aquí llegó un cliente, y dije: ‘no puede ser, ¿qué está haciendo aquí?’”. Oscar asiste con Judas a otros lugares especiales para mascotas como el Metrocan, que se encuentra dentro de las instalaciones del parque metropolitano ubicado en el poniente de la ciudad, donde dice que hay muy buenas instalaciones para los perros. También se ejercita junto con Judas en el parque lineal de Normalistas, sin embargo, le gusta asistir al parque Amarillo para encontrarse con los otros dueños de perros, “en mi WhatsApp, tengo solamente 22 personas que vienen al parque con sus mascotas son hombres y mujeres de todas las edades”.

Rubén es otro dueño de mascotas que asiste con Tequila, un beagle de cinco años con el que diariamente permanece una hora y siempre después de las siete, él no vive en la colonia, pero le agrada el parque, comenta que le gustan también los parques para perros, como el Hundido y el Extremo, “son fabulosos, las mascotas tienen derecho a un lugar”. Rubén de sesenta años afirma conocer a “muchas personas” que vienen al parque, aunque confiesa que reconoce más a los perros por su nombre y menciona a Xolo, Judas y a Bairo, comenta que al asistir al parque habla con otros dueños de distintos temas, lo que además le permite conocer mujeres, “porque hay confianza”; está consciente de que, si no asistiera al parque con su mascota, no entraría en contacto con ellas tan fácilmente. Sin embargo, fuera del parque no se continúa con la amistad. Este parece ser el lugar de encuentro donde tienen el interés común de interactuar socialmente con personas de distinto sexo teniendo como pretexto a las mascotas.

Andrea, de dieciocho años de edad, es dueña de Soni y se encuentra sentada en la colina con un grupo de amigos, aunque solo ella trae mascota, refiere que “hace como tres o cuatro años, aquí nos juntábamos y ahora de nuevo venimos casi diario y nos quedamos como cinco horas” (entrevista realizada a Andrea, usuaria del parque). Ella prefiere traer a su perro al parque que ejercitarlo por la calle, Andrea señala que todos están al

pendiente de sus mascotas, así no tienen mucha oportunidad de agredirse y, respecto a los visitantes al parque que no tienen perro: “Pues ellos ya saben que si están en las zonas para los perros se pueden exponer a que, jugando, el animal les tire su nieve o que el perro en su entusiasmo derribe a algún niño” (entrevista realizada con Andrea, usuaria del parque). En ese momento, Capitán y Soni corren persiguiéndose, sin tomar en cuenta si, en una de esas, sacuden en su carrera a las personas que los observan, pero no pasa a mayores y todos los presentes los festejan y animan.

Para concluir, podemos decir, con base en la observación a distintas horas del día y el registro de las narrativas de los usuarios del parque Amarillo, que, en este lugar de concurrencia colectiva, el diseño del entorno físico ha contribuido al aprovechamiento de todas sus áreas por la comunidad, que las ha organizado a partir de sus intereses; de tal forma que su uso se encuentra definido por rutinas que involucran a distintos actores, actividades y variados tiempos de uso del espacio. El comportamiento de los usuarios del parque Amarillo se encuentra mediado por las acciones que se permiten en este lugar. En las áreas de uso libre existen acuerdos intersubjetivos que permiten la interacción social, ya que las personas tienen la oportunidad de establecer contacto con otras, de comunicarse y compartir intereses. De esta manera, los que ahí se congregan se sienten con la libertad de usar y apropiarse de las distintas áreas que el lugar ofrece de manera natural, sin mediar conflictos de ningún tipo entre los usuarios. Las reuniones y los encuentros en el parque Amarillo funcionan a pesar de que se localiza en una colonia de clase media, que ofrece la oportunidad de una interacción amena y agradable entre residentes y visitantes de otros lugares de la ciudad, que pertenecen a estratos socioeconómicos diversos y que son atraídos por su oferta de actividades y de espacios de convivencia. El parque Amarillo se convierte entonces en un sociolugar espontáneo, donde los que ahí se congregan practican habilidades de socialización.

Paseo Chapultepec

Tania Flores³³



Imagen 3.11. Paseo Chapultepec.
Fuente: Tania Flores.

El paseo Chapultepec comienza desde su cruce con av. México hasta av. Niños Héroes. Antiguamente, se le conocía como av. Lafayette y desde 1908, cuando se hizo esta avenida para el público que salía del centro de la ciudad, sirvió sitio de recreo y de paseo. Desde entonces, se caracterizó por ser arbolada con tabachines, jacarandas, ceibas, fresnos y hules entre otras especies. En los últi-

mos años, el paseo forma parte de la vía recre-activa los domingos, día en que se cierra la calle a los automóviles y queda para el uso de ciclistas y peatones. La zona tiene actividad constante ya que se ha llenado de restaurantes y bares. Asimismo, está el museo de arte moderno Raúl Anguiano en uno de los extremos del paseo Chapultepec. Alrededor de la zona hay otras obras arquitectónicas valiosas como las casas del arquitecto Luis Barragán Morfín, en sus inicios, por los años 1928-1929, y la casa Guadalupe Zuno, que es una construcción hecha con piedra volcánica y fue donada por un exgobernador de Jalisco a la Universidad de Guadalajara.

El paseo fue remodelado, de manera que se puede caminar por él, cuenta con un camellón que pasa por toda la avenida y tiene jardineras, bancas, fuentes y mamparas para exponer fotos y esculturas. El espacio se utiliza para la recreación, caminatas, es apto para el encuentro, el descanso y la convivencia. Los símbolos que se pueden encontrar son sobre todo de vialidad, semáforos, esculturas, bancas y banquetas.

Se pueden encontrar personas de ambos sexos, desde niños, adolescentes, jóvenes, adultos, adultos mayores y perros. El estatus socioeconómico de la gente que visita este lugar es medio bajo y medio alto. Entre

33 Maestra en Psicología Social. Trabaja en la Unidad de Apoyo a Comunidades Indígenas de la Universidad de Guadalajara.

los grupos que se encuentran hay familias, amigos, grupos que realizan actividades específicas, estudiantes y parejas. Se les puede ver interactuando de diversas formas, algunas colaborativas: jugando ajedrez, montando alguna coreografía, patinando con patines o en patineta, en bicicleta, otros corriendo, escuchando música o tocando algún instrumento y algunos descansando. Se pueden ver niños que van en su bicicleta con su mochila escolar saliendo de la escuela y otros adultos que van de paso.

Se encuentran policías en bicicleta y en vehículos motorizados; vendedores de los negocios que invitan a la gente a consumir, comprar; los domingos hay voluntarios y prestadores de servicios de adopción canina con algunos perros en jaulas improvisadas; estudiantes en servicio social que regulan la circulación y varios niños con sus padres o abuelos. Cualquier día de la semana se encuentran fotógrafos y fotografiados, padres de familia e hijos, estudiantes, novios, deportistas y paseantes.

Las actividades que se realizan en la semana varían: los lunes son días para bailar salsa, se llena de gente de todas las edades que se reúnen a bailar; los miércoles y jueves por las noches pasan grupos que realizan paseos en bicicletas; los fines de semana hay tianguis y exposiciones de artesanías. Los sábados durante el paseo y mercado nocturno se juntan casi todos los grupos a mostrar diversas prácticas, desde *capoeira*, *jazz* en vivo, pintura y artesanías entre otros. Los domingos es ciclista y peatonal, hay clases de yoga y adopción de perros. Cualquier día de la semana, sobre todo por las tardes y noches, se puede encontrar gente que camina sobre el camellón para ligar, patinar, pasear con hijos, pasear al perro, jugar ajedrez, ensayar porras, *break dance*, escuchar música, descansar y conversar. Hay varios grupos de jóvenes que ensayan teatro.

Este paseo es un lugar para ver y ser visto, compartir el espacio, disfrutar del ambiente, practicar un pasatiempo o actividad al aire libre, difundir una causa o actividad, convivir con la familia, los amigos y las mascotas. Las parejas homo y heterosexuales comparten en bancas y caminan. Padres de familia con niños, bebés en carriolas, hombres y mujeres corriendo por las tardes de manera individual y en grupo, gente mayor leyendo el periódico, fumando, tomando una nieve, vendedores exhiben sus productos en fines de semana y algunos encuestadores se acercan para saber sobre el mejor café.

Las reglas urbanas de vialidad, tanto para peatones, ciclistas y vehículos son las predominantes en este sociolugar. La gente sale al paseo buscando la convivencia, compartir actividades grupales y familiares.

Por las mañanas, la gente sale a hacer ejercicio, va a desayunar o a tomar café sobre todo quienes trabajan o realizan actividades por la zona. A mediodía, igualmente, la gente sale a hacer una pausa y comer ahí y socializar, la gente viste más formal, con uniformes y trajes. Por la tarde, se comienza a llenar de grupos de estudiantes que realizan alguna actividad y gente que hace ejercicio y practica algún pasatiempo, otros se detienen a observar lo que los grupos hacen, baile, patinaje; por la tarde la gente viste más casual, la música es más alta. Las parejas pasean, corren, andan en bici, se sientan en las jardineras o bancas y se abrazan, besan, conversan o comen o juegan algún juego de mesa. Padres van con sus hijos a caminar, generalmente bebés o niños pequeños.

Algunas personas se sientan a leer en las bancas o escuchar música, conectarse a su celular, pasear a sus perros. Otros se ponen de acuerdo a través de alguna red social (hay internet gratis en algunos puntos) para verse con alguien ya conocido o quedan de verse con otras personas que acaban de conocer por internet y de ahí para después platicar o desplazarse a algún café, bar, departamento cercano. Hay quienes de manera espontánea interactúan con otros, se ponen a platicar brevemente, y otros más tocan algún instrumento como la batería o la guitarra; grupos de jóvenes se juntan a patinar y aprender a andar en patineta.

Este paseo permite diferentes tipos de interacción entre distintas identidades, ya sea de edad, género y clases sociales, tal vez porque siempre hay múltiples actividades posibles. Asimismo, hay confluencia de varios tipos de establecimientos y lugares de paso y otros sitios emblemáticos, por ejemplo, los negocios de restaurante, bares, librerías; además, supermercados, tiendas de ropa casual, alta costura y telas, puestos callejeros, es punto de reunión de marchas (que generalmente parten de la glorieta Niños Héroe). Pasan varias rutas de camión, hay estaciones de bicicletas públicas por la zona, así como también edificios de oficinas de educación, bancos, entre otros. En el paseo Chapultepec ha pasado la marcha de la Diversidad (30 de mayo), la marcha del Día del Trabajador, (1 de mayo), las distintas marchas que se han hecho por los 43 desaparecidos de Ayotzinapa (día 26 de cada mes). También se realizan caminatas para visitar las casas de valor arquitectónico (principalmente del arquitecto Luis Barragán), entre otros paseos.

Cuando se camina por el paseo en una tarde común, disfrutando de la sombra de los árboles que refrescan un poco las calurosas tardes de

Guadalajara, es común toparse con los jóvenes que andan en patineta. Por lo general, andan en pequeños grupos, usando las jardineras para saltar y hacer trucos. Hay un grupo de aproximadamente cinco (a veces son ocho o diez) que se reúnen con bicicletas y patinetas, con edades entre los 17 y 25 años, no parecen estudiantes, andan con ropa desgastada, algunos más que otros, uno lleva el pelo debajo de las orejas, otro esta rapado, otros dos tienen el pelo más bien alborotado; usan camisas con cuadros, camisetas y tenis, aunque predominan los hombres, hay también algunas mujeres que andan en patineta o solo acompañan a alguno de ellos, también hay uno que trae un *piercing* en la nariz, ceja o expansor en la oreja.

Se sientan algunos en las bancas mientras observan a los otros hacer trucos, colocan una de las patinetas o bicicletas y las saltan de un lado a otro. Se sientan junto a los músicos y los artesanos. Sacan botellas de plástico con bebidas alcohólicas. Algunos van y vienen en las bicicletas rumbo a las tiendas de autoservicio (Oxxo) y reportan sus pequeños robos de paletas o dulces. Pasan las tardes ensayando nuevos trucos. Algunos de los transeúntes se acercan y los saludan, intercambian teléfonos o platican un rato, casi siempre jóvenes de su edad o un poco mayores. Son amables con las demás personas, las esquivan y se disculpan si su patineta topa con alguien más.

Algunos de los que pasan a saludarlos a ellos luego se acercan y te ofrecen algún producto casero como chocolates o galletas. También puede verse cómo cambian los papeles, alguna vez vi unas niñas que pidieron a un chico cuidarles su canastita de chicles y dulces para tomar su patineta y pasearse entre ellas. Una iba sentada y la otra la empujaba gritando ambas de la emoción de verse esquivando tanto a corredores, perros, bicicletas, patinetas y personas. Las quinceañeras con amplios vestidos son rodeadas con todo y sus fotógrafos, y estos, en respuesta, incorporan los saltos de los patinadores y los cachorros que van pasando como parte de las fotografías. Las demás personas que nos sentamos en alguna jardinera con un pan o café de alguno de los negocios cercanos, nos volteamos a ver y reímos o nos asombramos de lo que está sucediendo.

Algunos son más intrépidos para los saltos mientras los otros los motivan. A veces saltan por las jardineras, otras usando una misma patineta cruzada, una bicicleta, algún señalamiento de tránsito acostado, un casco, uno de ellos que se ha caído, cualquier cosa. Constantemente se caen y ruedan. Voltean a ver quién los ha visto, se ríen y parecen disfrutar el hecho

de tener público. Algunos continúan patinando como si no hubiera nadie a su alrededor, otros se quitan su camisa y hacen más brincos y ruedan, como haciendo más espectáculo. Los que descansan beben algo (tal vez agua tal vez, bebida alcohólica) trasvasado en botella de Gatorade, en ocasiones mientras platican. Las patinetas, a veces, topan con los pies de quienes estamos sentados viendo el espectáculo. Aplaudimos cuando logran sus hazañas, o reímos y comentamos cuando se caen y ruedan o esquivan a alguien.

Entre un grupo y otro de “patinetos”, están los que patinan en patines, ponen conos separados en hilera y van esquivándolos. Cuando crees que ya es demasiado intrépido y caminas un poco para cambiar de escenario, te sientas en una banca a descansar junto a los DJ’S que ya están tocando ambientándose con las luces de colores que hay en el camellón, vienen y se instalan frente a ti los patinadores. Estos hacen varios trucos, hay incluso un equipo que se reúne a practicar, tanto de hombres como mujeres. Uno de ellos me da su tarjeta y me invita a participar. Mientras la gente que pasa los anima y felicita por su habilidad. Algunos se agachan y acomodan algún cono que se ha desacomodado.

Aunque los patinadores son generalmente jóvenes, los que nos reunimos a presenciar somos mujeres y hombres, de todas las edades, niños y niñas, hay parejas de hombres jóvenes y mayores, parejas de hombres y mujeres jóvenes y mayores, parejas de mujeres jóvenes y mayores, algunas personas solitarias, personas con perros, grupos de corredores que pasan, grupos de gente que viene a tomarse fotos muy arreglados (desde el tipo quinceañera hasta los que son más del tipo “buchón”, como vestidos para ir a bailar y con mucho brillo en su ropa aunque aún sean las siete de la tarde). Todos estamos viendo el espectáculo o estamos dentro de él.

***Skaters, rollers y bikers* en la unidad deportiva de la antigua Penal de Oblatos**

Tonatzin Casillas³⁴

El parque de la Penal de Oblatos se encuentra en la parte oriente de la ciudad, frente a la estación del tren ligero Cristóbal de Oñate. Antes era

34 Psicóloga de la Universidad de Guadalajara.

una cárcel que se inauguró en 1932, cuentan que el diseñador declaró que si se le permitía realizar su sueño (el diseño del lugar) voluntariamente sería carcelero, esto se le concedió, el interior más que una cárcel parecía una bella ciudad. A partir de las guerrillas que se formaron en Guadalajara en los años setenta, la penitenciaría comenzó a sufrir sobrepoblación por la gran cantidad de presos políticos que había, las personas que vivían en las cercanías aseguran que los presos muchas veces lograban escapar, esto fue señal de alarma para los encargados de la seguridad, ya que también comenzó a aumentar la cantidad de viviendas alrededor. Por ello se reubicó, y a finales de 1980 comenzó el proceso de demolición para construir allí mismo lo que es ahora una unidad deportiva. Al lugar lo rondan gran cantidad de historias de terror, dicen que se pueden ver los fantasmas de los guerrilleros que encarcelaron injustamente, torturaron y asesinaron.

Actualmente, esta colonia se sigue conociendo como “La penal”. La unidad deportiva ha sufrido bastantes modificaciones y el abandono del Ayuntamiento; abundan drogadictos y los asaltos, debidos en parte a la presencia de un centro de ayuda a personas con adicciones, pues este permanece abierto para que los solicitantes del servicio puedan entrar y salir a su gusto, y algunos de ellos acudían a las canchas deportivas de la unidad a consumir drogas o alcohol y hacer deporte.

Este foco de inseguridad dio lugar a un gran número de quejas por parte de los vecinos porque además hay una escuela primaria cerca. La unidad deportiva, entonces, se rodeó con alambrado para que las personas pudieran tener acceso solamente por la entrada principal con un costo de dos o tres pesos por persona. Pero con tal de no pagar tumbaron poco a poco el alambrado que tenía alrededor. Después entró en vigor otro programa con el que colocaron aparatos de parque, organizaron eventos, cuidado de las áreas verdes y se incorporó vigilancia para atraer así a más gente. Gracias a estas medidas y a los cuidados por parte de los vecinos, el lugar se recuperó y ahora es un lugar para convivir en familia y punto de reunión para adolescentes y jóvenes, quienes se adueñaron con patinetas y bicicletas de uno de los monumentos que está frente a la unidad, lo que llevó a las autoridades a construir un lugar adecuado para las actividades *bike*, *roller* y *skate*.

El lugar destinado para *skaters*, *rollers* y *bikers* por fuera se ve como un bol con bardas de concreto, unos tubos de metal que forman barandales

de protección en la parte superior, en el interior hay una pirámide en medio con punta plana, diferentes rampas de concreto que son asimétricas y facilitan hacer trucos en un espacio reducido, está rodeado por tierra, una gran cantidad de árboles altos, a un costado hay juegos para niños pequeños y algunas mesas redondas de metal para los paseantes.

El tipo de personas que acuden a este lugar son adolescentes y jóvenes, lo cual puede estar relacionado con que hay una secundaria y una preparatoria en las cercanías, además de que hay pocos lugares que propician el deporte en la colonia. En las rampas hay mayor cantidad de hombres practicando que mujeres, algunas de las mujeres más bien se sientan o se recargan en los barandales a platicar con sus amigos y amigas mientras ven el espectáculo. A pesar de que quienes acuden a practicar estas actividades no cuentan con buen recurso económico, sus patinetas o patines son de buena calidad.

Actualmente, a los amantes de las bicicletas y patines se les considera una cultura urbana, hay distintos estilos, si una persona no familiarizada con este ambiente observa las interacciones podría percibir los grupos como exclusivistas.

Antes de continuar quiero aclarar algunos términos, no son lo mismo los *skatos* que los *skaters*. *Skatos* es la denominación que se le da a las personas que escuchan un género musical llamado *ska*. Los *rollers* son fanáticos de los patines, los *bikers*, obsesionados con las bicicletas, mientras que los *skaters* son aquellos cuyas mejores amigas son las patinetas. Estos deportistas se distinguen por la peligrosidad con la que usan sus instrumentos para lograr trucos que muchas veces les causan lesiones, desde las más sencillas como raspones hasta las graves como fracturas o contusiones.

Cuando estas actividades se practican en lugares como parques acondicionados (como esta unidad deportiva) se les suele conocer como *streetpark*. Respecto a la forma de vestir, puede ser muy variada: algunos se visten de manera muy sencilla, una camisa larga, pantalón de mezclilla y unos tenis (sea hombre o mujer), otros con pantalones ajustados estilo *skinny*, camisas y tenis de marca; algunas mujeres utilizan ropa muy ajustada con colores y combinaciones llamativas, todo depende del tipo de actividad que practiquen.

Como hay tantas variantes sobre ruedas se ha extendido una cierta disputa por ocupar los espacios para practicar, pues los espacios requieren características diferentes para poder realizar trucos, por ejemplo, el peso de una persona en patineta o en patines no es el mismo de una que va

en bicicleta; si esto no se tiene en cuenta se pueden provocar daños a las instalaciones. Las autoridades al construir los espacios suelen desconocer cómo se lleva a cabo la actividad, por ello ocurren accidentes que podrían prevenirse. Si el lugar presenta abolladuras en las rampas, los que tienen patines o patinetas pueden perder el equilibrio al atorarse sus instrumentos. Por fortuna no es recurrente esta pelea por el espacio en esta unidad deportiva, además, abundan los *bikers* en comparación con los otros dos grupos, sobre todo los domingos, cuando se dispone una vía recre-activa en la avenida Javier Mina, que se encuentra muy cerca.

Cuando están dentro del bol de concreto pareciera que se turnan, todo depende de quién llega primero y parece que también la edad-experiencia influye. Por ejemplo, uno de los días que fui me tocó ver cómo estaban dos grupos de *bikers* de entre dieciséis y diecinueve años practicando, estaban vestidos con colores oscuros y pantalón de mezclilla gris o negro; a pesar de que aparentemente no se conocían, los dos se las arreglaban de tal manera que ambos podían estar sin chocar entre ellos. Esto se lograba turnándose: se lanzaba uno del primer grupo y después otro del segundo grupo, así sucesivamente, mientras varios espectadores disfrutaban del espectáculo. Hubo un momento en el que ambos pararon; estaban rondando el lugar desde hace bastante rato unos jóvenes de trece a quince años de edad, dos muchachos y dos muchachas, luego de estar caminando alrededor del bol se subieron a las gradas para “ver” a los otros dos grupos, que permanecían inactivos. Uno de los muchachos vestido con colores llamativos aprovechó para usar su patineta, pero al poco rato de que él estaba ahí (sin hacer trucos llamativos, era aparentemente nuevo en esto) comenzaron nuevamente los *bikers* a practicar, no fue necesario que le dijeran palabra alguna para que el chico se retirara, incluso se salió del bol, igual que sus acompañantes, lo cual muestra el carácter de las interacciones y las demandas en el lugar.

Si de lo que se trata es de mirar, estos grupos parecen encantados, si hay público se dan ánimo para mostrar los trucos más recientes. Recuerdo cuando en una ocasión una pareja en bicicleta que venía de la vía recre-activa se dispuso a descansar, pero el ánimo de los chicos atrajo su mirada, se acercaron a ver cómo practicaban y se veían fascinados. Entonces, se acercó un hombre de unos cuarenta años también a ver, parecía uno de los corredores que suelen acudir a la unidad deportiva, ninguno de los

muchachos que se encontraba ahí dejó de mostrar lo mejor de sí mismo, los que aparentemente eran más jóvenes decidieron no participar, cualquier error era objeto de burla, y si hay público hasta parece que se emocionan más y la burla es peor. El público, sin embargo, prefiere no mencionar nada, solo hacen expresiones de dolor cuando ven a alguno de los participantes caer. Algunos otros (como yo) a veces solamente vamos a dejarnos impactar por las acrobacias y tremendas caídas que se dan.

Hasta este punto, como podemos darnos cuenta, no cualquiera puede estar dentro del bol practicando, pero todos podemos llegar a observar. En otra de mis visitas compré unas palomitas y me dispuse a ver a unos *bikers*, una señora que venía con su niño pequeño se nos acercó a preguntarnos dónde habíamos comprado las palomitas, motivo ideal para entablar conversación, platicábamos de la unidad y de los cambios que había tenido mientras veíamos a los *bikers* en la pista, de pronto, su niño se le acercó y le dice emocionado “mamá ¿puedo ir a las gradas? ¡Vamos!” y la señora le respondió que sí, fue por unas palomitas y alcanzamos a su niño en las gradas, el niño estaba maravillado con lo que estos personajes lograban en sus bicicletas, ¡y quién no!

Lupita (mi prima) tiene más tiempo que yo conociendo este lugar, ella viene aquí desde que estaba pequeña, su padre la traía, le decía que había una pirámide, se decepcionó mucho cuando fue a ver un montón de piedras puestas “en forma de pirámide” no una pirámide de verdad. Al ingresar a la secundaria, comenzó a frecuentar este lugar, la unidad deportiva era punto de encuentro para convivir... y para las peleas entre el colegio al que acudía y la secundaria número ocho, pero sus amigas y ella pasaban un buen rato viendo caer a los *skaters*, cuya aceptación por parte del grupo fue inmediata “tal vez porque éramos mujeres” comenta ella.

Uno de sus novios era *skater*, lo supo un día que él le quitó su celular, le marcó a su primo y le dijo que ahí se lo entregaría, cuando llegó lo vio patinando, el lugar lo describió como un plato como con una minimeseta en medio, así, al llegar a la cima se pueden detener; luego, le entregó su celular y le explicó lo mucho que le gustaba patinar, aunque tiempo después su relación terminó, tuvo otros novios que conoció en ese lugar. Lupita me platicó las cosas que ahí se permiten y las que no: “Puedes llegar a ver, pero no patinar, así como si nada, tienes que llegar y conocer a alguien de ahí, si no te sacan”.

No suelen hacer concursos, casi siempre se enseñan entre ellos mismos o están ahí para presumir sus trucos, no es que esté prohibido llegar y meterse al lugar, pero sobre todo por los asaltos, no permitían gente extraña, al menos a mí no me ha tocado ver a alguno tomando o fumando, pero algunas personas dicen que ven gente que sí lo hace, no dentro del bol, pero sí fuera de él.

En este lugar conocí a un muchacho llamado Joshua, me contó que algunos de sus vecinos practicaban con sus patinetas y nunca se los encontró aquí en la unidad. Aprendió a base de muchas caídas y moretones, practicaba casi tres horas diarias y ahora no deja su patineta, a pesar de que estuvo en varios deportes, este es el que más se le ha complicado porque se necesita equilibrio y autoconocimiento para poder maniobrar bien, él pensaba que iba a ser más sencillo. Mientras platicábamos me percaté de que había un muchacho que estaba practicando y otro chico lo estaba ayudando, los demás no les dijeron nada, era principiante, se caía constantemente, estuve ahí dos horas y al menos hasta que me fui él siguió practicando.

Aquí viene una chica con regularidad, su nombre es Tere, viene a acompañar a su hermano. Ella aún no se anima a maniobrar la patineta, porque le da miedo, su hermano la quiere enseñar, pero se ha caído tantas veces que prefiere no hacerlo, lo acompaña porque prefiere estar aquí que en su casa, además ha conocido a más amigos, ella viene aquí a distraerse y a veces burlarse de las caídas de su hermano. Realmente son pocas las chicas que vienen y practican, solo he conocido una. Ella vestía una camisa larga color negro, una sudadera con gorro gris, bermudas negras y unos *converse* de bota, es muy buena haciendo los trucos, cuando llegó estaban unos chicos en bicicleta, ella esperó y después de un rato comenzó a usar el bol, para esto, los otros muchachos se retiraron, estuvo poco rato ahí.

En los meses de lluvias aumenta el riesgo para hacer trucos con la patineta, bici o patines. En una ocasión fueron tres muchachos con sus bicicletas, pero no estaban haciendo trucos, simplemente se quedaron a platicar dentro del bol (en cuya base se hace una minialberca). Creo que alguno de los domingos que vine vi a uno de ellos, comenzaron platicando de un video juego y terminaron burlándose de uno de sus amigos porque la novia se enteró de que a él le gustaba otra muchacha, este es uno de los temas recurrentes cuando vienen aquí, a veces solo se sientan y no practican, entre los temas más comunes está la escuela, problemas familiares, amor y desamor.

Para poder disfrutar de las maravillas que logran con sus instrumentos sobre ruedas cualquiera puede venir, pero si alguien quiere practicar tiene que comenzar conociendo a los actores más recurrentes o tener un grupo más o menos grande de amigos, para evitar ser echados del lugar; una vez dentro, es fácil, incluso, que los más experimentados enseñen los principiantes nuevos trucos. También hay que revisar los horarios, suele verse gente a casi todas horas y días, pero, sobre todo, después de las seis de la tarde entre semana, los sábados y los domingos por la vía recre-activa. Este tipo de actividades ha ayudado a disminuir la delincuencia en el lugar, porque promueve que se acerquen personas a convivir y pasar un buen rato sanamente, ojalá se invirtiera más en estos espacios que unen a la gente, aunque sea un breve instante.

Paseo de los filósofos

Verónica Barrios³⁵

Paseo de los Filósofos es una calle en el norte de la ciudad, una de las pocas calles de Guadalajara que cuenta con servidumbres (áreas verdes amplias entre la banqueta y la calle). Conforme creció la colonia Colinas de la Normal, junto al Templo de San Judas (famoso en la ciudad por los milagros que concede, lo conocen como el santo de los imposibles), el área que abarca aproximadamente tres cuadras, y que originalmente eran servidumbres, se transformó en explanadas de concreto con jardineras-bancas, algunos convirtieron sus casas en departamentos y locales y otros más vendieron y se construyeron locales populares como tiendas de abarrotes, carnicerías, pescaderías, neverías, panaderías, cafés, tortillerías, tiendas de ropa, estéticas, etc. Sobre todo, se caracterizan por la calidad en alimentos, hay personas que de otras colonias de la ciudad programan sus compras en esa zona, se encuentra buena carne, buen pan, buen yogurt, buenos jugos (jugo terapia), tortillas 100 % maíz, etc.

Dado que este espacio cuenta con bancas-jardineras, y estas a su vez cuentan con árboles que dan sombra, es un lugar en el que las personas que van a comprar lo de la comida del día, generalmente señoras que pasan de

35 Maestra en Psicología Social. Profesora de asignatura en la Universidad de Guadalajara.

los 50 años, algunas en sillas de ruedas o con bastones, hacen de la ida al mandado un paseo. Las señoras suelen ir arregladas, maquilladas, peinadas y es porque pueden encontrarse en el camino a alguna vecina o amiga, y así se van sentando en las jardineras y bancas con sombra para descansar del camino, del peso de sus compras o simplemente a tomar un helado o jugo. Se sientan y esperan ver a alguien conocido, cuando lo encuentran lo llaman, lo saludan y el otro generalmente se acerca, responde el saludo y si trae prisa se mantiene de pie, cruza unas palabras y sigue su camino, cuando traen un poco más de tiempo se detienen, se sientan y se quedan conversando mientras descansan un poco y se refrescan. Platican sobre qué van a hacer de comer, sobre el clima y sobre casi cualquier cosa: “¿Qué va a hacer de comer? —Hoy una sopita y bistec”; “¿dónde hay otra farmacia? —Acá a dos cuadras, ¿cómo siguió su esposa? —Bien, ya está en la casa”. Luego se van acercando conocidos que, a fuerza de pasar por el mismo lugar, se reconocen y comienzan a saludarse; que te digan buenos días o buenas tardes es el primer signo de que ya te reconocieron como persona que frecuenta la zona y es también el primer paso para la interacción, en ese día o en los siguientes, “no hay prisa, no hay presión, si gustas saludas y te sientas cerca, conversas o no, o saludas y sigues”.

En la mañana-mediódía, en el lugar abundan las amas de casa y los adultos mayores, aunque también se dejan ver jóvenes, niños y adolescentes. En la tarde, el espacio se llena más de niños y padres de familia y, cuando oscurece, llegan los adolescentes y jóvenes, pero también las familias que salen por un antojito y pasean por la zona.

El templo que se encuentra a un lado hace que cada domingo después de misa el lugar se llene por completo, y desde diferentes puntos de la ciudad asisten personas. Los días de fiesta, los autos de los visitantes llenan básicamente toda la colonia.

Esta avenida se encuentra entre dos avenidas recientemente intervenidas con proyectos de parques lineales; la primera es la avenida Normalistas, que de ser un camellón baldío con hierbas crecidas secas, árboles sin mantenimiento y en total abandono, sin alumbrado público y sin tránsito de personas, cambia a un parque en el que los árboles originales se respetan en su gran mayoría y se integran césped, plantas ornamentales y un camino para correr o caminar, con áreas de descanso a lo largo de 600 metros, las cuales son muy útiles porque muchos de sus usuarios son de la tercera edad

o madres con niños pequeños. Esta remodelación atrajo el tránsito de los transeúntes y con el alumbrado y el diseño, así como el arbolado, lo hacen un camino agradable a todas horas.

Del otro lado se encuentra la avenida Circunvalación que es más grande y con mayor tránsito. También tiene una intervención a modo de parque lineal, sin embargo, los resultados no son muy buenos, dado que el transeúnte queda más expuesto a los autos y al sol. El parque de Normalistas, en cambio, también conecta con las servidumbres de Filósofos, lo que hace que se tome como una continuidad del parque o del paseo, y se pase del parque lineal a la avenida arbolada en cualquier momento y seguir por esta hasta llegar al lugar del templo, donde abundan las personas que salen por un antojito, a comprar algo a las tiendas, ir por el pan, la leche, lo que se consume ordinariamente, o los tacos y puestos de comida que hay alrededor.

Llama la atención que el espacio que dejó de ser servidumbre y se convierte en un andador con bancas-jardineras es donde suceden más los encuentros espontáneos, las personas se encuentran y se saludan, conocidos y desconocidos, en el tránsito de una zona concurrida por los colonos, que salen a caminar, a pasear al perro, a comprar víveres, a misa, o a simplemente pasar un rato sentados o caminando por ahí.

Al principio consideré que lo que más encontraría en términos de socialización serían señoras conversando, dado que es la población que más se ve, pero, ajustando un poco el lente, quienes realmente socializan y pasan tiempo, como escribió Cortázar en *Rayuela*: “Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”, eran los hombres, cerca de los sesenta años. Ellos son quienes buscan mayormente la conversación y están atentos al momento de interactuar, por lo general, no integran a las mujeres y las mujeres se mantienen al margen o socializan solo con quienes les resultan conocidas. En el caso de los varones se nota una actitud más a la expectativa de encontrar a otro en su misma situación, en medio de un entorno en que abundan las amas de casa que buscan los suministros para la comida del día; se distinguen de inmediato en medio de tanta señora, y se identifican entre ellos con facilidad, como buscando un cómplice, un aliado en medio del trajín de las señoras, se identifican y buscan cruzar palabra, algunas veces el saludo, pero otras tantas el saludo prolongado que responde a comentar temas ligeros sobre el clima, dónde encontrar cosas, salud, etc.

Las mujeres son más dadas a sentarse, ellos no, ellos permanecen de pie la mayoría de las veces y es así como conversan, dos o tres, no más, rara vez cuatro, pero casi siempre dos, conversan por unos minutos, siempre bajo la sombra de algún árbol que les proteja del fuerte sol (en la ciudad la temperatura suele estar entre los 31°C-35 °C con sensación de 40 °C bajo el sol y en un clima seco en primavera y con horas de sol intenso en todas las estaciones, incluido el invierno): “Está buena la sombrita. —Sí, apenas en la sombrita se puede estar a gusto”; “¿qué tal el solecito? —Está fuerte, lo bueno que aquí hay un arbolito”; “¡que calor! —¡ni me diga que todavía me falta la regresada!”.

También es notorio que los señores no suelen llevar las típicas bolsas de mandado que las señoras sí llevan, se les ve ligeros, a veces sin nada de carga, a veces solo la bolsa en que compraron un pan o las tortillas, o nada, no cargan nada, por lo que quizá también eso facilite que se predispongan a conversar de pie por más tiempo.

Esta ciudad, donde el sol es bastante intenso, la sombra de los árboles resulta un determinante clave para que las personas conocidas y desconocidas, se agrupen en los espacios sombreados y ello propicia la socialización. La cercanía, un tanto obligada por la sombra que proporcionan los árboles, delimita los espacios para socializar, de otra manera, bajo el sol solo se saludan algunos y siguen su camino, aun cuando no se sientan bajo la sombra, si están de pie y hay sombra es más probable que se detengan y el saludo se prolongue.

El Paseo de los Filósofos hace honor a su nombre en cuanto que salir por las tortillas o la leche, gracias al espacio arbolado y las bancas así como la interacción espontánea que surge entre los transeúntes, sí resulta ser una experiencia de paseo en medio de las actividades cotidianas en la vida de los colonos, vecinos y visitantes, con una dinámica parecida a la del parque, ya que las personas pueden permanecer tranquilas y relajadas por momentos cortos o prolongados, tomar una nieve o caminar, o simplemente sentarse a ver quién pasa, contemplando, “filosofando”, compartiendo sus pensamientos como parte de las actividades, pero también, y sobre todo, como espacio de tránsito en las actividades del día a día de los vecinos de la colonia.

Pareciera un cuento de hadas, pero no hay que ignorar que también es una colonia donde es común el robo a las viviendas y los asaltos (aprovechándose de que la mayoría son adultos mayores) y, en últimas fechas, persecuciones en autos y lesionados con armas de fuego en los alrededores, sobre todo en la parte norte, donde Filósofos cruza con la avenida Circunvalación,

que es de alto flujo vehicular y una arteria importante de la ciudad. Aunque esto ocurre generalmente por la tarde y noche, cuando los adultos mayores no suelen estar en el sociolugar, es un riesgo bastante alto para los peatones y paseantes de la zona que, confiados por lo agradable del paseo, no se imaginan o no contemplan que autos con exceso de velocidad puedan de un momento a otro volcar contra un árbol o contra una vivienda. Una avenida grande de tránsito veloz que conecta con la calle Paseo de los Filósofos, que es de flujo lento, genera un contraste que altera la armonía del paseante poniendo en peligro a cualquiera que pase por ahí en el momento en que irrumpen este tipo de situaciones.

Así, el recorrido cotidiano propio de los vecinos que salen de sus casas a conseguir algunos faltantes y que se convierte en un paseo entre árboles y jardineras, buscando con calma la sombra protectora del sol, de un momento a otro, también puede cambiar radicalmente y transformar el espacio en escena de crimen. Es una pena que suceda esto en una de las pocas zonas arboladas de la ciudad, que por sí mismas invitan a ser caminadas.

Capítulo 4

Las cualidades de los sociolugares
públicos y su valor para la recuperación
del espacio público como escenario
de encuentros sociales

A partir de la síntesis histórica de la evolución de la socialización en las ciudades latinoamericanas, se hizo ver la importancia de los espacios públicos como facilitadores de la vida social. Sin embargo, de los encuentros sociales en la plaza y en las principales calles de la ciudad durante el periodo colonial y los primeros años de la República, se pasó a una transformación urbana del modernismo durante el siglo xx, que privilegió al automóvil y no solo excluyó al peatón y al ciclista como agentes de la movilidad, sino que relegó la vida social a los lugares privados de la casa y a los sociolugares.

No obstante, desde los inicios del presente siglo, se ha visto un renovado interés por recuperar la vida en los espacios públicos, convirtiéndolos en escenarios para el peatón y el encuentro social a la manera que propone el nuevo urbanismo en varias ciudades europeas y norteamericanas (Congress for the New Urbanism, CNU, s. f.), lo que facilita el contacto de las personas con distintas expresiones culturales.

A pesar de algunos esfuerzos importantes en Latinoamérica por seguir estos modelos, por ejemplo, la normativa que exige zonas de cesión a los constructores para dar lugar a espacios públicos, como ocurre en Bogotá, Buenos Aires, Santiago y Guadalajara, entre otras; al parecer no sucede lo mismo en ciudades como Lima, en donde se eliminan las aceras, se privatizan las playas y los parques públicos se circunscriben a áreas recreativas (Ludeña, 2011), y donde el entramado de redes viales tienen por único fin la conectividad de los ciudadanos mediante los medios de transporte que tengan disponibles o les sean accesibles.

El vínculo entre el espacio público con los lugares de vivienda, en buena parte de las ciudades latinoamericanas, tiende a construirse sobre criterios de paisaje antes que de uso; los espacios públicos no son diseñados pensando en los usos que puedan hacer de estos los ciudadanos, aparte de la movilidad y su componente estético. Pese a la importancia que cumple el espacio público para propiciar la necesidad humana de socializar, pareciera que a los Gobiernos que gestionan la ciudad no les interesara. Los espacios se privatizan cada vez más y el control del territorio se ha dejado en manos de la explotación económica de los agentes privados, de las ventas ambulantes, fuera de cualquier normatividad, y de la delincuencia. La vida en público está en riesgo.

Pero, la exploración de lugares de socialización que se identificaron en los espacios públicos formales, a partir de la observación y las entrevistas con las que se adelantó este trabajo, permiten ver que las personas no se

resignan a los diseños de la planeación urbana, sino que producen el espacio y se apropian de este para conseguir la satisfacción de ciertos propósitos para los cuales no fueron creados originalmente, como es el caso de la socialización. El orden que pretende imponerse en las plazas, parques, escaleras de acceso a los edificios, y demás elementos arquitectónicos obedece a un determinismo que los ciudadanos transgreden. Las personas transforman los espacios públicos para socializar, descansar, divertirse, reflejando de manera indirecta, claro está, la negligencia de quienes planifican el espacio público. Es a este fenómeno al que se ha querido caracterizar en este trabajo como *sociolugares públicos*.

Algunas cualidades de los sociolugares públicos derivadas del estudio son:

La interacción social: Como se pudo observar en las caracterizaciones de los sociolugares explorados, las personas hacen uso de distintas propiedades del espacio público para socializar, independientemente de la función inicial con que fueron diseñados. El cruce de avenidas, el punto de ingreso a un centro comercial, una zona de estacionamiento, un paradero de bus, un punto en el continuo de la acera, se constituye en lugar de encuentro donde extraños inician una conversación informal a propósito del clima, sus mascotas, tomar un café caliente, comer algo en el camino a la casa, distraerse con un acto artístico o cultural, o el intercambio de figuras de jugadores del mundial de fútbol. Algunos de estos sociolugares públicos pueden tener una connotación económica, como en los espectáculos con animales o las estatuas humanas, aunque no de carácter obligatorio, como sí ocurre en los sociolugares (Páramo, 2011). De este modo, las personas le dan sentido al lugar o lo resignifican para satisfacer la necesidad y aprender la socialización.

La apropiación para la transformación de los espacios: La información recogida en el capítulo anterior da cuenta de la capacidad que tienen las personas para crear y transformar el espacio resolviendo sus necesidades de socialización. Plazoletas son transformadas en pistas para patinar con sus monopatines; las vías de la ciudad se utilizan para hacer deporte, principalmente en bicicleta; zonas verdes de parques son usadas como lugares para el encuentro de los dueños de perros que los sacan a pasear; para un emocionante partido de fútbol de los obreros de la construcción cercana; un cruce de avenidas se transforma en un lugar de encuentro para

el intercambio de las figuras del mundial de fútbol; un punto cualquiera de una zona peatonal diseñada para la movilidad se convierte en un escenario de magia, de contemplación de una estatua humana o de una presentación musical, mecanismos de transformación o apropiación de los espacios que fueron diseñados para funciones diferentes con las que son usados.

Las personas que no circulan de noche en la ciudad no imaginarían que por los lugares por donde se movilizan en el día cobran vida en las noches: artistas que se reúnen a hacer sus grafitis en los muros y puentes de la ciudad, jóvenes que organizan su encuentro alrededor del equipo de sonido de sus automóviles en cualquier lugar y tomando algún licor, indigentes que se dan lugar para compartir y pasar la noche o consumir sus estimulantes. En este sentido son contestatarios; las personas muestran resistencia a las normas de planificación y gestión urbana que ha orientado el diseño urbano contemporáneo.

Su carácter efímero o pasajero: Una propiedad muy característica de los sociolugares públicos es su temporalidad. Son efímeros, tienen una breve duración; las personas que hacen parte de este, por lo general, desconocidas, se encuentran para observar el espectáculo, intercambiar las figuras, escampar de un aguacero, tomar el café mientras hacen algunos comentarios breves sobre trivialidades o de lo que observan, y, rápidamente desaparecen. Los sociolugares públicos no dejan mayores huellas, como surgen, se desvanecen sin transformar la infraestructura del lugar, aparte de algunos grafitis o basura. El tiempo de permanencia de las personas en muchos de los sociolugares públicos caracterizados en este libro no pasa de 15 minutos, sin embargo, contribuyen a la cohesión social en los espacios públicos donde la mayor parte de las personas que vemos son extraños. Algunos son más durables: el consumo de perros calientes en una esquina se convierte por un tiempo en el lugar de moda de la ciudad, o la discoteca que se organiza en un parqueadero público; se ponen de moda, pero también pasan de moda. En este sentido, los sociolugares públicos son cambiantes e inestables.

Espontáneo: Buena parte de estos encuentros surgen de forma casual, no están determinados espacialmente, no son convocados, no hay una hora ni un lugar fijo y surgen por la propia iniciativa de los ciudadanos, tal es el

caso de los encuentros de los amos de los perros, de quienes intercambian figuras del álbum del mundial o de quienes deciden organizar un partido de fútbol o basquetbol entre desconocidos para divertirse por un rato.

Abierto: Por definición, los sociolugares públicos a los que las personas tienen libre acceso son abiertos, lo que permite configurar distintos sociolugares públicos que abarcan gran cantidad de personas. Al ocurrir a cielo abierto, están expuestos a los cambios de clima y son percibidos sin claros límites espaciales por los individuos.

Flexibilidad de las reglas de uso: A diferencia de los sociolugares y los centros comerciales o *malls*, los sociolugares públicos ponen a las personas en igualdad de condiciones. Aquí no hay roles definidos para las personas, y las reglas, aunque existen, son mucho más flexibles en comparación a las que regulan el comportamiento de los individuos, por ejemplo, en un centro comercial o en un bar. Las reglas se van construyendo por parte de los mismos integrantes del sociolugar público, no son impuestas. Quienes conforman el intercambio de figuras del mundial hacen pactos entre ellos, cambian unas por otras, deciden el valor de las figuras, acuerdan cuántas se pueden intercambiar por una figura que es difícil de conseguir, etc.

La generización: Si bien la sociedad contemporánea ha llevado a una mayor igualdad de condiciones para las mujeres frente a los hombres en la ocupación del espacio, al parecer, el espacio público sigue constituyéndose en un espacio vedado para ellas. El registro fotográfico llevado a cabo, del cual por razones de espacio solo se presentan algunas imágenes de cada uno de los sociolugares públicos, evidencia una menor participación de las mujeres en estos encuentros. Se hace notoria la mayor concurrencia masculina en las actividades deportivas, el juego de ajedrez, en la entrada de las tiendas o esquinas del barrio en las que los adolescentes suelen pasar el tiempo, y en los espectáculos callejeros, en donde, si bien aparecen mujeres, casi siempre están acompañadas por otras mujeres, por hombres o por sus hijos.

Esta situación refleja una condición de inequidad sobre la apropiación del espacio, acentuada por la ausencia de las condiciones propicias de accesibilidad, que no solo se refieren a los atributos físico-espaciales, sino a las barreras sociales, lo cual trae consigo efectos en las prácticas sociales de

encuentro mediante las que buscan las mujeres transgredir los límites de lo doméstico (Burbano, 2014). El temor a las agresiones físicas o verbales, al crimen, en particular en la noche, hace que las mujeres se refugien en los centros comerciales y en los sociolugares que tienen mayor vigilancia y son más estructurados en su funcionamiento. Y en el peor de los casos, afirma la autora terminan siendo exiliadas en su propio hogar.

Aunque buena parte de los mencionados efectos son producto de los condicionamientos sociales que restringen el tránsito de las mujeres en el espacio público (Burbano, 2015), la configuración urbana de la ciudad ha conllevado en gran medida a la segregación de género, al responder al modelo urbano latinoamericano moderno, que privilegia los ambientes sobrezonificados, lo que acentúa el fenómeno social de exclusión mediante el acceso desigual a los espacios y equipamientos de la ciudad (Burbano, 2016).

Los oferentes: Indudablemente las condiciones físicas del espacio favorecen o inhiben los encuentros sociales. El espacio de acceso a un centro comercial, la puerta de una tienda de barrio, las escaleras de acceso a una biblioteca pública, las bancas de un parque en la noche, se constituyen en facilitadores de distintos tipos de encuentros sociales. Un espacio abierto, sin relieve, sin fuentes de agua, llano y adoquinado y con varias luminarias podría verse estético, pero es sociófugo, las personas huyen de estos lugares. Como pudo observarse en los distintos sociolugares públicos explorados, las personas prefieren las esquinas, no el centro de la plaza o el parque, y puntos desde donde se pueda observar a otros sin llamar la atención. Por esto mismo, se observa también que las personas evitan lugares donde haya cámaras de vigilancia; aunque estando en un espacio público se prefiere la privacidad.

Nada garantiza que el diseño espacial por sí solo origine los comportamientos esperados, prueba de ello es que muchos lugares del espacio público sirven más bien como contexto para lugares encontrados, festivos, o burbujas sociales, que, como se ha hecho ver en este trabajo, para los propósitos que fueron creados. No obstante, algunos elementos espaciales, como los que se han señalado aquí, pueden cumplir la función de oferentes para propiciar la habitabilidad del espacio público. En últimas, el espacio público es para la gente, aunque parezca una verdad evidente, las ciudades están llenas de ejemplos que muestran que los gestores y diseñadores urbanos no tienen esto presente.

Importancia de la recuperación del espacio público para la cohesión social

Resulta evidente que los sociolugares públicos enriquecen la vida en las ciudades ante la carencia de espacios de encuentro, sobre todo para aquellos con limitaciones económicas para el consumo. Estos espacios creados y apropiados permiten a las personas relajarse y socializar, distraerse de la rutina diaria de la ciudad buscando una alternativa de ocupar el tiempo y salir del aburrimiento; es una forma de entrar en contacto con desconocidos, apreciar exhibiciones culturales a las que no pueden acceder, ya sea por la distancia, los problemas de movilidad o los costos. Las personas en los sociolugares públicos aprenden a socializar, a reconocer la diferencia, a apropiarse de los espacios formales y a resignificarlos a partir de los nuevos usos que se les puede dar, lo que no aprenden en la televisión y mucho menos en los centros comerciales.

El espacio público puede contribuir al restablecimiento de los símbolos significativos y recrear las oportunidades que aumentan los vínculos de las personas con el ambiente de la ciudad, reforzando la identidad de lugar (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983). Al respecto, recuperar el pasado de la ciudad y facilitar la interacción entre los ciudadanos con este es aún más efectivo en la medida en que esas interacciones proveen de un mejor contexto para fortalecer la identidad, el apego y la apropiación de los individuos con su ciudad.

Con el avance de las nuevas tecnologías, la aparición de los teléfonos inteligentes, la televisión por cable, los juegos en línea, sumado al miedo a salir a la calle y en consecuencia la preocupación por la seguridad personal, se pone en riesgo los encuentros sociales en los espacios públicos. Las ciudades en consecuencia deberán afrontar el reto de hacer de sus espacios más seguros y reducir la percepción de temor —las cámaras de seguridad en espacios públicos hacen una contribución importante al respecto hoy día— y competir con las nuevas tecnologías creando espacios más atractivos, con mayores posibilidades para la recreación y el aprendizaje, al igual que con espacios con oferentes que permitan la flexibilidad de usos y mayores elementos naturales. El contacto con la naturaleza es la cualidad del espacio público que, de acuerdo con las investigaciones adelantadas sobre el tema, convoca mayor deseo por salir de la casa.

Por consiguiente, se hace necesario la revitalización del espacio público de tal manera que facilite la socialización, sea inclusivo, flexible, que tenga oferentes de diversas actividades, como las de lugares encontrados o burbujas sociales, para incentivar la cohesión social y el sentido de comunidad. Para disuadir a los criminales, resulta más útil tener a la gente en la calle cuidándose entre sí, con lo que se hace de los espacios un dominio público.

Es importante garantizar la posibilidad de transformación del espacio, lo que resulta muchas veces difícil por la cantidad de regulaciones que se crean y que buscan mantener la seguridad, la neutralidad y, con esta, el derecho a un espacio público para todos, sin embargo, un espacio muy ordenado ahuyenta a la gente imposibilitando su apropiación, limitando posibilidades para su uso o apropiación. Este orden que se trata de imponer en los espacios públicos no necesariamente es físico, como construir bolaros para impedir que los vehículos se estacionen sobre las aceras o se cercan los parques, sino que puede ser simbólico, como cuando se colocan cámaras de vigilancia, avisos prohibitivos o se diseñan los espacios de tal manera que las personas no puedan caminar por él o sentarse a descansar. La acción que imposibilita muchas veces la creación de sociolugares públicos no viene solamente del Gobierno, sino de los comerciantes formales e informales que se apropian de los espacios públicos mediante la colocación de avisos publicitarios, exhibición de sus productos sobre las aceras o ventas ambulantes en exceso, lo cual impide su posible uso como sociolugar público.

El reto del diseño del espacio público está en propiciar las condiciones para que el ciudadano aprenda a vivir con la diferencia, con aquel que pertenece a grupos culturales distintos, viene de otros países, corresponde a una condición socioeconómica diferente, razón por la que es en este escenario donde se aprende realmente a vivir en comunidad. Es más ciudadano quien aprende a convivir en un espacio público que en un centro comercial. Por consiguiente, la ciudad debe constituirse en un espacio de formación del ciudadano en el que se aprenda de observar la diferencia, de la contemplación del paisaje natural y urbano, se transmita la cultura y donde se aprenda la urbanidad, las reglas que hacen posible la convivencia entre desconocidos. Si la ciudad ha de ser educadora, deberá propiciar la cohesión social.

La cohesión social establece los vínculos o enlaces que mantiene a las personas integradas, compartiendo prácticas culturales sobre la moral y las leyes, lo que les da confianza a unos y otros (Larsen, 2013), y que en cierta

medida contribuye a crear una dependencia entre los individuos para sostener la cultura, aun tratándose de personas que no necesariamente se conocen entre sí. El aspecto más importante, para Larsen, no es la creencia en que los ciudadanos comparten una misma religión, valores familiares, la igualdad de género o las actitudes hacia la homosexualidad; lo central en la cohesión social está en que los ciudadanos compartan la norma de no engañarse entre sí, la confianza. De aquí la demostración que se hace mediante el dilema del prisionero, en la que aquellos jugadores sin confianza mutua escogen una solución no óptima (Axelrod, 1986; Brown y Rachlin, 1999).

Pero, más que la confianza, es el resultado que produce confiar en el otro lo que conducirá a que los individuos no pretendan engañarse; si el comportamiento del individuo que confía se ve recompensado con mayores beneficios, que actuando de manera egoísta o engañando al otro, entonces encontrará que confiar resulta ventajoso. De este modo, para la situación de compartir un lugar común, como lo es la ciudad, convendrá acoger las reglas de convivencia que hacen posible un proyecto de cohesión social en acuerdos fundamentales como el respeto, la tolerancia, la equidad, el desarrollo y la búsqueda del bienestar para todos los miembros de una comunidad en la medida en que estos acuerdos nos benefician, ya sea de manera directa o indirecta.

Finalmente, al revisar la literatura de carácter académico sobre el tema del espacio público y su relación con la socialización se hace notorio las pocas investigaciones que exploran esta conexión en Latinoamérica. No hay muchos trabajos, en nuestro medio, que muestren la importancia de planificar y gestionar el entorno físico hacia la satisfacción de las necesidades de ocio, socialización, encuentro con la naturaleza, aprendizaje de la cultura, y la convivencia entre extraños. Esto se puede atribuir no solo a que no se ha hecho visible su importancia para los científicos sociales y quizás esta sea la razón por la cual la administración de las ciudades, alcaldes y concejos, no se hayan interesado en crear los espacios públicos pensando en la socialización. La ciudad debe ser estudiada desde la mirada del peatón, del turista que la visita por primera vez, de aquellos que han sido excluidos y de quienes con su participación en sociolugares públicos le sacan provecho.

Referencias

- Acevedo de Gómez, J. (1848). *Tratado sobre economía domestica para el uso de las madres de familia i de las amas de casa*. Bogotá: José A. Cualla.
- Alcock, J. (2001). *The triumph of sociobiology*. New York: Oxford University Press.
- Axelrod, R. (1986). *La evolución de la cooperación. El dilema del prisionero y la teoría de juegos*. Madrid: Alianza.
- Arnett, J. J. (2007). Socialization in emerging adulthood: from the family to the wider world, from socialization to self-socialization. En J. Grusec y P. Hastings (Eds.), *Handbook of socialization* (pp. 208-231). New York: Guilford.
- Bandura, A. (1977). Self-efficacy: toward a unifying theory of behavioral change. *Psychological review*, 84(2), 191-205.
- Barker, R. G. (1968). *Ecological psychology: concepts and methods for studying the environment of human behavior*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Barnes, J., Katz, I. B., Korbin, J. E., y O'Brien, M. (2006). *Children and families in communities: Theory, research, policy and practice* (Vol. 10). New York: John Wiley y Sons.
- Brown, J., y Rachlin, H. (1999). Self-control and social cooperation. *Behavioral Processes*, 47, 65-72.
- Burbano, A. M. (2014). El espacio público urbano situado en la ciudad latinoamericana contemporánea: una aproximación a su estudio desde la perspectiva del género. En E. Licona. E. (Ed.), *Espacio y espacio público. Contribuciones para su estudio* (pp. 151-167) . Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Burbano, A. M. (2015). Mujer y transporte público. En: M. C. Aguilar, *Avances de la Psicología ambiental ante la promoción de la salud, el bienestar y la calidad de vida* (pp. 100-101). Granada, España: Universidad de Granada.
- Burbano, A. M. (2016). *Modelo territorial para el estudio del espacio público urbano con perspectiva de género: el caso de una ciudad de Latinoamérica contemporánea (Bogotá, 1991-2012)* (Tesis de Doctorado). Manizales: Universidad de Caldas.

- Burns, M. K., Warmbold-Brann, K., y Zaslofsky, A. E. (2015). Ecological systems theory. *School Psychology Review*, 4(3), 249-253.
- Bronfenbrenner, U., y Crouter, A. C. (1983). The evolution of environmental models in developmental research. En P. H. Mussen (Ed. de la serie) y W. Kessen (Ed. del volumen), *Handbook of child psychology, vol. 1: History, theory, methods* (pp. 357-414). New York: Wiley.
- Bronfenbrenner, U., y Morris, P. A. (1998). The ecology of developmental processes. En W. Damon y R. M. Lerner (Eds.), *Handbook of child psychology, vol. 1: Theoretical models of human development* (pp. 993-1023). New York: John Wiley and Sons, Inc.
- Campos, G. I. (Mayo/Agosto, 2011). El origen de la plaza pública en México: usos y funciones sociales. *Argumentos*, 24(66), 38-45.
- Cané, M. (1884). *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*. Buenos Aires: Editorial Elefante Blanco.
- Carr, S., Francis, M., Rivlin, L., y Stone, A. (1992). *Public space*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carrasquilla, F. (1886). *Tipos de Bogotá*. Bogotá: Imprenta a cargo de Fernando Pontón.
- Cochrane, C. S. (1825). *Journal of a residence and travels in Colombia, during the years 1823 and 1824* (Vol. 1) London: Ams Press Inc.
- Cordovez Moure J. M. (1997). *Reminiscencias de Santa Fé de Bogotá*. Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura. (FICA).
- De la Rosa, M. (1988). *Calles de Santa Fé de Bogotá*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- Evans, G. W. (2006). Child development and the physical environment. *Annual Review of Psychology*, 57, 423-451.
- Fariña, F., Arce, R., y Novo, M. (2008). Neighborhood and community factors: Effects on deviant behavior and social competence. *The Spanish Journal of Psychology*, 11(01), 78-84.
- Fernando, N. A. (2007). Open-ended space. En K. A. Franck y Q. Stevens, *Loose space* (pp. 54-72). New York: Routledge.
- Franck, K., y Stevens, Q. (Eds.) (2013). *Loose space: possibility and diversity in urban life*. New York: Routledge.

- Fried, M. (1963). Grieving for a lost home. En L. Duyl (Ed.), *The urban condition* (pp. 151-171). New York: Basic Books.
- Gans, H. J. (1962). *The urban villagers: group and class in the life of italian-americans*. New York: The Free Press of Glencoe.
- Gauvain, M. (1998). Cognitive development in social and cultural context. *Current Directions in Psychological Science*, 7, 188-192.
- Gehl, J. (2014). *Ciudades para la gente*. Buenos Aires: Infinito.
- Ghel, J. y Svarre, B (2013). *How to study public life*. Washington, D.C.: Island Press.
- Gifford, R. (2016). *Research methods for environmental psychology*. Sussex, UK: Wiley & Sons.
- Goffman, E. (1971). *Relations in public*. Nueva York: Basic Books.
- Grupo de Investigación Arquitectura y Sociedad (GIAS). (2012). *San Cristóbal: Una mirada en sus 450 años*. San Cristóbal: Fondo Editorial UNET.
- Grusec, J. E., y Hastings, P. D. (2007). *Handbook of socialization*. New York: The Guilford Press.
- Harrison, T. R., y Morgan, S. E. (2005). Hanging out among teenagers: resistance; gender, and personal relationships. En C. Morril, D. A. Snow y C. White, *Together alone: personal relationships in public places* (pp. 91-110). Los Angeles: University of California Press.
- Jacobs, J (1961). *The death and life of great american cities*. New York: Vintage Books.
- Jiménez-Domínguez, B. (2007). Urban appropriation and loose spaces in the Guadalajara cityscape. En K. A. Franck y Q. Stevens, *Loose space* (pp. 97-112). New York: Routledge.
- Jiménez-Domínguez, B., Olivera, A. R., y López, R. M. (2014). Espacios públicos sustitutos por apropiación espacial juvenil en centros comerciales de Guadalajara y Puerto Vallarta. En A. Burbano y P. Páramo, *La ciudad habitable: espacio público y sociedad* (pp. 163-180). Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- Kahatt, S. S. (2014). In/Formal. Encuentros urbanos para los próximos 100. *Arkinka: Revista de Arquitectura, Diseño y Construcción*, 18(225), 32-57. Recuperado de: <http://arkinka.net/>

- Larsen, C. A. (2013). *The rise and fall of social cohesion: the construction and deconstruction of social trust in the US, UK, Sweden and Denmark*. Oxford: Oxford University Press.
- Leventhal, T., y Brooks-Gunn, J. (2004). A randomized study of neighborhood effects on low-income children's educational outcomes. *Developmental psychology*, 40(4), 488.
- Licona, E. (2007). *El zócalo de la ciudad de Puebla. Actores y apropiación social del espacio*. México: BUAP.
- Licona, E., y Martínez, B. (Julio, 2005). El zócalo de la ciudad de Puebla como espacio público de protesta social. *México. Diario de Campo*, 34, 20-34
- Low, S. M. (2000). *On the plaza*. Austin: University of Texas press.
- Ludeña, W. (2011). Lima: transformaciones urbanas y reestructuración morfológica. Urbanismo, vivienda y centro histórico. Período 1990-2007. En C. De Mattos; L. Wiley Ludeña y L. Fuentes (Eds.), *Lima-Santiago. Reestructuración y cambio metropolitano* (pp. 181-208). Lima: Centro de Investigación de la Arquitectura y la Ciudad, Pontificia Universidad Católica del Perú / Santiago: Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Marcuse, P. (1985). Gentrification, abandonment, and displacement: conexions, causes, and policy responses in New York City. *Journal of Urban and Contemporary Law*, 28, 195-240.
- Marín, F. (2014). *Las batallas por la Alameda*. Santiago de Chile: Ceibo Ediciones.
- Mejía, G. (2002). *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Mendoza, E. (1965). *Alabanza y crítica de la aldea*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Morrill, C., Snow, D. A., y White, C. H. (2005). *Together alone: personal relationships in public places*. Los Angeles: University of California Press.
- Oldenburg, R. (1989). *The great good place: café, coffee shops, community centers, beauty parlors, general stores, bars, hangouts, and how they get you through the day*. Saint Paul (MN): Paragon House Publishers.
- Olson, R (2013). The Human Science. En R. Porter, *The Cambridge History of Science. Volume 4: Eighteenth-Century Science* (pp. 436-462). Cambridge: Cambridge University Press.

- Ortega, D. (1990). *Las cosas de Santa Fé de Bogotá*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Páramo, P. (2011). *Sociolugares*. Bogotá: Ediciones Universidad Piloto de Colombia.
- Páramo, P., y Cuervo, M. (2014). *Historia social situada en el espacio público de Bogotá*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Páramo, P., y Cuervo, M. (2009). *La experiencia urbana en el espacio público de Bogotá*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional-Universidad Santo Tomás-Universidad Piloto de Colombia.
- Pérgolis, J. C. (2002). *La plaza: el centro de la ciudad*. Bogotá: Universidad Nacional-Universidad Católica de Colombia.
- Parke, R. D., y Buriel, R. (2006). Socialization in the family: Ethnic and ecological perspectives. En: W. Damon (Ed.), *Handbook of child psychology* (pp. 324-345). New York, NY: Wiley.
- Pol, E., y Varela, S. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la psicología social y la psicología ambiental. *Anuario de psicología*, 62, 5-24.
- Proshansky, H. M., Fabian, A. K., y Kaminoff, R. (1983). Place identity: physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology*, 3, 57-83.
- Rivlin, L. G. (2007). Found spaces: freedom of choice in public life. En K. A. Franck y S. Tevens, *Possibility and diversity in urban life* (pp. 38-53). New York: Routledge.
- Salazar, R. (2003). *Del espacio público en la Caracas del siglo XVIII*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Arquitectura y Urbanismo.
- Sampson, R. J., Morenoff, J. D., y Gannon-Rowley, T. (2002). Assessing neighborhood effects: Social processes and new directions in research. *Annual review of sociology*, 443-478.
- Secombe, K. (2000). Families in poverty in the 1990s: trends, causes, consequences, and lessons learned. *Journal of Marriage and Family*, 62, 1094-1113. doi:10.1111/j.1741-3737.2000.01094.x
- Shaffer, D. R. y Kipp, K. (2009). *Social and personality development*. Belmont, CA: Cengage.
- Shaftoe, H. (2008). *Convivial Urban Spaces*. London: Earthscan.

- Valera, S., y Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la psicología social y la psicología ambiental. *Anuario de psicología/The UB Journal of psychology*, (62), 5-24.
- Whyte, W. H. (1980). *The social life of small urban spaces*. Washington, D.C.: The Conservation Foundation.
- Wilson, E. O. (1980). *Sociobiology: la nueva síntesis*. Barcelona: Omega.
- Yasnitsky, A., van der Veer, R., Aguilar, E., y García, L. N. (Eds.) (2016). *Vygotsky revisitado: una historia crítica de su contexto y legado*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Congress for the New Urbanism (CNU) (s. f.). *What is New Urbanism?*
Recuperado de <https://www.cnu.org/resources/what-new-urbanism>.

Autor

Pablo Páramo, Ph.D

Pablo Páramo obtuvo su título de doctor en psicología (Ph.D) del Centro de Graduados de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Se desempeña, actualmente, como profesor del Doctorado Interinstitucional en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional y como coordinador del grupo Pedagogía Urbana y Ambiental, desde el cual ha publicado ampliamente en las áreas de psicología y educación ambiental, filosofía de la ciencia y metodología de la investigación. Entre sus libros más recientes se encuentran: *Historia social situada en el espacio público de Bogotá* (2014) y *La experiencia urbana en el espacio público de Bogotá* (2009), ambos en coautoría con Mónica Cuervo (UPN-USTA-UPC, 2009), y *Sociolugares* (UPC, 2011). Es, igualmente, el compilador de la serie La investigación en ciencias sociales: *la recolección de información en ciencias sociales* (Lemoine, 2107); *La investigación en ciencias sociales: estrategias de investigación* y *La investigación en ciencias sociales: discusiones epistemológicas* (UPC, 2013).

Índice temático

A

Alameda,	31, 34–37
Alamedas,	27, 36, 38–39, 98
Ambiente,	15, 18–19, 21, 30, 49, 52, 64, 137–139, 142, 146, 151, 168
Apropiación,	12, 22–23, 29, 34, 59, 105, 142, 164–166, 168–169
Artistas,	58, 60, 62–63, 65, 68–70, 76, 78, 81–82, 165

B

Barrio,	19–20, 47, 49–54, 57, 71–73, 75, 92, 100–102, 139, 166–167
Bogotá,	4, 29–31, 34, 36, 38, 44–45, 47, 51–53, 55, 58, 61–63, 66, 68, 71, 73, 76–77, 81, 83, 87–90, 92–93, 100, 102, 106–107, 112, 114, 116, 163, 177

C

Calle,	11–12, 21, 33–37, 39, 43, 47, 49–50, 52–53, 57–59, 62–63, 68, 70–71, 74–77, 81, 83–84, 87, 91, 93, 96–97, 102–103, 107–108, 116, 118–121, 124–126, 131, 135–137, 143, 145, 155, 159, 168–169
Calles,	18, 23, 27–28, 30, 33–36, 38, 58, 61, 68–69, 71, 75, 92, 97, 107, 112, 114, 134, 141, 155, 163
Callejero,	36, 44, 59, 67–68, 78, 80
Callejera,	61
Carrera Séptima,	58–59, 61–62, 65, 68–69, 76–77, 82, 107
Centro comercial,	23, 49, 76, 134, 164, 166–167, 169
Ciudad,	9, 11–12, 17–23, 27–39, 43, 45, 47, 50–53, 58–63, 66, 68–69, 71, 74, 77–79, 81, 83, 87, 89–91, 93, 100, 102, 106–107, 112, 116, 119–120, 122, 125–126, 130, 134, 139, 143–145, 149–150, 155–156, 158–159, 163–165, 167–170, 177
Cohesión social,	12, 43, 165, 168–170
Cultura,	4, 19, 21, 29, 61–62, 75, 83, 151, 169–170
Cultural,	22, 29, 39–40, 43, 59, 61, 69, 107, 164

E

- Espacio, 4, 9, 11–13, 18–23, 27–30, 32, 35, 40, 43, 46–47, 49, 52, 56–59, 61–63, 65, 68, 70–79, 83–85, 87, 91–92, 94–96, 98–100, 102–106, 109, 111, 114, 119–125, 127, 129–132, 134–135, 137–140, 142, 144–146, 151–152, 155–159, 161, 163–164, 166–170, 177
- Espacios, 4, 9, 11–13, 17–18, 20–23, 27, 29–30, 33, 38, 40, 44–45, 57–58, 68, 70–71, 94, 98, 107–109, 112, 130, 135, 138–141, 144, 151–152, 155, 158, 163–165, 167–170
- Espacio público, 4, 9, 11–13, 18, 20–23, 27, 29, 40, 47, 49, 57–59, 61, 71–76, 79, 83, 87, 92, 96, 98–99, 104–105, 114, 119–120, 122–125, 142, 161, 163–164, 166–170, 177

H

- Historia, 25, 29, 33, 39–40, 62–63, 66–67, 69, 119, 125, 177

I

- Identidad, 11, 19–20, 22, 28, 62, 138–139, 168

P

- Parque, 12, 29, 44, 46, 62–63, 68, 70–71, 73, 77, 93–101, 106–111, 119–126, 128, 130–144, 149–150, 156–158, 167
- Paseo, 30–32, 35–37, 44, 139, 141, 145–147, 155–159
- Personas, 12–13, 17–19, 21–23, 28, 30, 35–36, 38, 40, 43–44, 46–69, 71, 73, 75–83, 88, 91, 94–96, 98, 100–112, 114–123, 126, 128, 130–133, 136, 140, 143–145, 147–151, 154–158, 163–170
- Plaza, 12, 27–34, 38–39, 58, 62, 77, 81, 107, 123, 125–126, 129, 163, 167
- Plazas, 11, 21–22, 27–28, 30, 32–33, 39, 44, 60, 67, 70, 82, 106, 111, 164
- Privado, 11, 18, 52, 76, 90, 104
- Privada, 11, 19, 55, 57

- Público, 4, 9, 11–13, 17–18, 20–23, 27–31, 34, 40, 43, 46–49, 57–59, 61, 65–66, 68, 70–76, 78–79, 81, 83, 87–88, 90, 92–93, 96, 98–99, 104–105, 114, 119–120, 122–125, 128–129, 140, 142–143, 145, 149, 152–153, 156, 161, 163–170, 177
- Pública, 9, 11, 18, 21–22, 28–29, 31, 57, 82, 98, 108, 116, 128, 167

R

- Reglas, 19, 44, 46, 56, 68, 70, 74, 85, 92, 96, 106, 116, 146, 166, 169–170

S

- Símbolo, 39, 125
- Skater*, 109, 153
- Social, 12–13, 18–21, 27–29, 35, 38–40, 43, 46, 52, 70–71, 81, 83, 85, 87, 100, 134, 141–142, 144–147, 155, 163–165, 167–170, 177
- Sociolugares, 4, 9, 12–13, 17–19, 25, 41, 43–45, 119, 130, 161, 163–170, 177
- Sociolugares públicos, 4, 12, 18–19, 25, 41, 43–45, 119, 130, 161, 164–170

T

- Tercer lugar, 12, 18–19

U

- Urbano, 13, 15, 21, 23, 30, 58, 70, 98, 107–108, 119, 125, 139, 165, 167, 169
- Urbana, 4, 9, 11–12, 20–21, 23, 27, 29, 40, 47, 79, 98, 100, 102, 119, 125, 134, 139, 151, 163–165, 167, 177

Índice onomástico

A

Acevedo de Gómez, J.,	36
Aguilar, E.,	9, 17, 93, 97, 112
Alcock, J.,	17
Arnett, R.,	17
Axelrod, R.,	170

B

Bandura, A.,	17
Barker, R. G.,	39
Barnes, J.,	20
Bronfenbrenner, U.,	17
Brooks-Gunn, J.,	20
Brown, J.,	170
Burbano, A. M.,	167
Burns, M. K.,	17

C

Campos, G. I.,	28–29, 99
Cané, M.,	31
Carr, S.,	21
Carrasquilla, F.,	31–32
Cochrane, C. S.,	35–36
Cuervo, M.,	33, 53, 177

D

De la Rosa, M.,	30
-----------------	----

E

Evans, G. W., 20

F

Fariña, F., 20
Fernando, N. A., 22, 72-76
Francis, M., 21
Franck, K., 22
Fried, M., 20

G

Gans, H. J., 20
García, L. N., 17
Gauvain, M., 17
Gehl, J., 22, 43
Gifford, R., 43
Goffman, E., 17
Grusec, J. E., 18

H

Harrison, T. R., 22
Hastings, P. D., 18

J

Jacobs, J., 20
Jiménez-Domínguez, B., 9, 13, 23

K

Kahatt, S. S., 39
Katz, I. B., 20
Korbin, J. E., 20

L

Larsen, C. A.,	169–170
Leventhal, T.,	20
Licona, E.,	27, 30
López, R. M.,	23

M

Mendoza, E.,	4, 29, 37
Morgan, S. E.,	22
Morris, P. A.,	17

N

Novo, M.,	20
-----------	----

O

O'Brien, M.,	20
Olivera, A. R.,	23
Olson, R.,	39
Ortega, D.,	30, 36

P

Páramo, P.,	4, 17–19, 33, 45, 116, 164, 177
Pol, E.,	19–20

R

Rachlin, H.,	170
Rivlin, L.,	21–22

S

Salazar, R.,	30, 33, 36
Seccombe, K.,	20
Shaffer, D. R.,	17

Sociolugares públicos

Stevens, Q., 22
Stone, A., 21

V

van der Veer, R., 17


W

Whyte, W. H., 21
Wilson, E. O., 17, 53

Y

Yasnitsky, A., 17

Este libro se imprimió
en los talleres de Javegraf
con un tiraje de 200 ejemplares.



Este libro se refiere a aquellos lugares que se crean por coyunturas particulares en periodos cortos de tiempo y, en buena medida, de manera espontánea, en los espacios públicos urbanos a cielo abierto, en los que se manifiestan distintas formas de sociabilidad. Además de recoger diversas narrativas que caracterizan estas experiencias en distintos grupos de población, se identifican algunas condiciones que contribuyen a que se den estos encuentros sociales y se reflexiona acerca de su importancia para recuperar la vida en público, y en general para mejorar la calidad de vida de las personas en la ciudad. El trabajo ha sido desarrollado como un pequeño homenaje a todos aquellos habitantes anónimos de la ciudad que le dan vida a los espacios públicos y que se resisten a aislarse en sus hogares o a tener vida pública únicamente en lugares mediados por el consumo económico a cambio de seguridad.

ISBN: 978-958-5416-13-0



9 789585 416130

Colección
Educación, cultura y política